

HARLEQUIN®

JAZMIN®

370 ptas. / 2,22 € - Argentina: $2,70 - México: $12.00

Un príncipe en el tren

Elizabeth Harbison

Elizabeth Harbison

Un príncipe en el tren

Jazmín (Novias al estilo Cenicienta 3) [1533]

Annie Barimer llevaba toda la vida haciendo lo que debía hacer, y el resultado no era para tirar cohetes. Así que, cuando surgió la oportunidad de ocuparse de dos niñas en Europa, no dudó en hacer las maletas. Allí descubrió que las dos niñas eran dos princesitas, que iba a vivir en un castillo de cuento, ¡y que estaba enamorándose de un auténtico príncipe!

El príncipe Johann era todo lo que ella había soñado… y más. Guapo, altivo y al mismo tiempo tierno. Era prácticamente perfecto, pero nadie sabía si estaría dispuesto a participar en los sueños de Annie…

Un príncipe en el tren (2000)
Título Original: Annie and the prince
Serie: 3º Novias al estilo Cenicienta
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1533

Género: Contemporáneo
Protagonistas: Johann y Annie Barimer

ePub base r1.2

Prólogo

—¡Ay, Annie! ¡No me puedo creer que te vas de verdad! ¿Tú estás segura de lo que vas a hacer? ¿Dejar tu trabajo y marcharte a Europa, por las buenas?

La así interpelada, Annie Barimer. se volvió hacia Joy Simon, su amiga y compañera de trabajo en el colegio de niñas Pendleton durante los últimos cinco años.

—Sí, Joy, estoy segura —le contestó, sin rastro de la melancolía con la que la contemplaba la otra—. Y, además, no me voy a Europa «por las buenas». Voy a estar de vacaciones una semanita —a Annie Barimer, hasta esa misma mañana encargada de la biblioteca del colegio, le costaba contener su exaltación, al pensar que iba por fin a ver Francia o Alemania, países con los que había soñado tanto tiempo—, y, después, a Kublenstein, a incorporarme a mi nuevo trabajo.

—Con gente desconocida —observó Joy, en un tono melodramático—. ¿Quién sabe cómo serán? —prosiguió la auxiliar de secretaría del colegio, a la vez que se servía más pasteles de la fiesta de despedida de Annie en su plato de papel—. A lo mejor son una familia de mafiosos.

—Estamos hablando de las niñas de Marie De la Fuenza —la corrigió Annie. —Eso, ¿y qué sabemos de ellos?

—Sabemos que Marie asistió a este mismo colegio hace veinte años, y que aprobó aquí los cuatro cursos de la enseñanza secundaria, y, por si fuera poco, que también su madre era antigua alumna. Y, aún más, que la biblioteca del centro es prácticamente regalo de la familia De la Fuenza —Annie miró a su amiga con fingida severidad—. Yo creo que sí que podemos fiarnos de ellos.

—Reconocerás —le contestó la otra, sin dar su brazo a torcer—,

que no han dado muchos detalles del puesto. Las hijas de Marie De la Fuenza por aquí, y Marie De la Fuenza por allá. Nada más. ¿Es que no tienen padre esas niñas? ¿Por qué se encarga la embajada de los Estados Unidos en Kublenstein de todos los trámites? Y, ya puestos, ¿dónde cae Kublenstein?

—Está en los Alpes —se limitó a responder Annie. Lo que Joy decía estaba bastante puesto en razón, pero ella no pensaba dejarse amargar la fiesta—, y el marido de la señora De la Fuenza debe de tener una alta responsabilidad en el gobierno de allí, o algo por el estilo, y por eso son tan formalistas en todo.

—Pues no sé por qué no te quedas en Pendleton —refunfuñó Joy, abandonando el plato con la mitad de los pasteles.

—Porque llevo toda mi vida deseando ir a Europa, y esta es la primera vez que tengo la oportunidad de viajar allí, ¡y encima me pagan por hacerlo! —Annie tenía la cabeza llena de imágenes de la torre Eiffel, Notre Dame, el Partenón, la Selva Negra, y otro millón más de vistas de Europa. La diminuta ciudad de Pendleborough no tenía comparación posible—. No me lo perdería por nada. ¿No te alegras por mí?

Joy la miró directamente a la cara.

—Claro que sí. Si a mí lo que me preocupa no es cómo te vaya a ir a ti en Europa, que seguro que te lo pasarás bien. La que me preocupa soy yo, que moriré de aburrimiento cuando tú no estés.

—Te escribiré —le dijo Annie, dispuesta a cumplirlo.

—Sí, eso dices ahora —Joy volvió a meterse otro pastel en la boca, levantó un dedo, para reservar el turno de palabra, y, cuando hubo tragado, siguió—, pero, cuando conozcas a tu príncipe azul, ya me puedo ir despidiendo de que te acuerdes de mí.

—Ah, con que es allí donde está mi príncipe azul. Con razón no conseguía yo dar con él de este lado del charco. Veinticinco años desperdiciados besando ranas apócrifas.

—Búrlate, si quieres —dijo Joy con mucha dignidad—, pero estoy segura de que allí vas a conocer a alguien muy importante para ti. ¡Es posible que nunca regreses!

—Tienes toda la razón. Voy a conocer a dos «álguienes» muy importantes para mí: las niñas de Marie De la Fuenza. Que, me temo, van a ser prácticamente toda mi vida social durante bastante

tiempo.

—Ten presente lo que te digo, porque ya sabes que no me equivoco en mis premoniciones. Y, si no, acuérdate de cuando te avisé de que Judy Gallagher estaba embarazada.

Annie tuvo que morderse la lengua para no decirle que todo el mundo lo había notado, al ver cada mañana a primera hora a Judy salir de clase corriendo hacia el cuarto de baño. Pero, en lugar de eso, asintió con la cabeza.

—Es verdad. Te diste cuenta.

—Pues en esto también tengo razón —dijo Joy—. Y. además, que te va a venir muy bien conocer a alguien que te pueda mantener dentro de un año, cuando se acabe tu contrato y no tengas nada.

—¿Y tú crees que es más fácil encontrar un novio así que un nuevo trabajo? Joy dio un suspiro un poco teatral y preguntó:

—Bueno, ¿y qué te vas a poner para el viaje?

Annie se echó a reír. El mayor placer de su amiga en la vida, después de los pasteles, eran los trapos. Era una pena que hubiera cierta incompatibilidad entre ambos, porque la verdad era que Joy entendía mucho de moda.

—Ya lo llevo puesto —le contestó, y la otra miró los vaqueros y el amplio jersey de algodón y elevó los ojos al cielo.

—Válgame san Diseño, con ese tipazo que tienes, y parece que estuvieras empeñada en esconderlo. No hay derecho. Yo debería acompañarte, en calidad de asesora.

—Ya lo creo que deberías.

Se oyó un claxon afuera y Annie se asomó a la ventana. Había un taxi parado en el patio, delante de la puerta de la biblioteca.

—Tengo que marcharme ya.

—Eso parece —contestó Joy, apenada.

Pero Annie no podía compadecerse de ella. Se sentía flotar como una nube. Y, al mismo tiempo, le palpitaba el corazón. Estaba segura de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Tomó aire para tranquilizarse un poco y le dio luego un beso a su amiga.

—No estés tan tristona. Te he prometido escribirte, y ya verás cómo lo hago.

—Más te vale. Pero nada de cartas, que tardan mucho. Conéctate en cuanto llegues, y mándame correos electrónicos.

—De acuerdo —dijo Annie, sonriendo, mientras subía al taxi y decía adiós con la mano a los que se habían congregado para verla partir.

—Y, sobre todo, quiero todos, absolutamente todos los detalles «de él» — insistió Joy, después de una pausa cargada de intención.

Y, al arrancar el vehículo, Annie enrojeció, comprendiendo que la gente no tardaría ni un minuto en caer sobre Joy para sonsacarle quién era «él». Bueno, a ella ya le daba igual.

Atrás quedaba Annie, la bibliotecaria sosa, mientras nacía Annie, la mujer de mundo.

Capítulo 1

—¿A qué venía tanta preocupación?

Annie dio un suspiro, con la frente apoyada contra el cristal. Desde la ventanilla de su departamento se veía pasar a toda velocidad el paisaje alpino, mientras se iban acercando a Lassberg, la capital del diminuto principado europeo de Kublenstein.

No le había ido muy bien en París, y Alemania había resultado ser tremendamente cara, pero en ese momento ya estaba en camino, con dos días de antelación, al lugar donde iba a trabajar, y donde, además de gastar menos dinero, podría familiarizarse un poco con las cosas, antes de presentarse a quienes la habían contratado.

Esos dos días le iban a venir bien. La verdad era que la última vez que tuvo vacaciones de verdad tenía seis años, y la habían llevado a pasar el fin de semana a un parque de atracciones que había en una ciudad próxima al pueblo de Maryland en el que se había criado. Llevaba trabajando desde que iba al Instituto, y nunca había conseguido hacer nada más que ir pagando sus deudas.

Pero todo iba a cambiar. Tenía un trabajo estupendo, con lo que parecía ser una familia muy distinguida. Y en Europa, que era lo que siempre había soñado.

Y entonces, ¿qué era lo que la tenía tan nerviosa?

El tren redujo velocidad bruscamente, para tomar una curva, y un muchacho de pelo color lino, que llevaba una enorme mochila a la espalda y un vaso en la mano, chocó con ella y le salpicó la blusa con unas gotitas de café con leche, bastante caliente.

—Discúlpeme, señora —le dijo, en inglés, con un ligero acento escandinavo.

—No pasa nada —le contestó ella, pero él se alejaba ya, sin escuchar su respuesta. Molesta, se subió las gafas, que se había

puesto para leer, y sacó un pañuelo de papel. Mira que llamarla «señora», si no debía de tener más que dos o tres años menos que ella. ¿Y por qué se dirigía a ella en inglés, si estaban en Centroeuropa? ¿Tanto se le notaba que venía de Estados Unidos?

Las manchitas no se quitaban. Annie se resignó, tiró el papelito a la papelera y trató de volver a concentrarse en su libro, pero le costaba. Hacía calor en el tren, y había muchísima humedad. Al cabo de un rato, cerró el libro, se recostó en el asiento y volvió a repasar mentalmente los pasos que la habían llevado donde se encontraba. De no estar en ese tren, a esas horas estaría durmiendo en su pequeño y gélido apartamento, donde sonaría el despertador antes de las siete, para que se levantara y se duchara antes de acudir al trabajo. Que no estaba mal, y a ella le gustaba bastante. Disfrutaba aconsejando a las alumnas formas más originales de hacer los trabajos que les pedían en clase y, por supuesto, recomendándoles libros con personajes con los que pudieran identificarse y que les ayudaran a adquirir valores en la vida.

Por desgracia, esa forma de desempeñar su trabajo en la biblioteca en Pendleton pasaba por «inmiscuirse en las tareas del profesorado», como más de una vez le había comunicado el consejo de dirección del colegio, que era, en general, bastante conservador. No se podía excluir, en absoluto, que, de no haberse despedido ella cuando lo hizo, el consejo hubiera pedido al director, Lawrence Pegrin, que prescindiera de ella el curso siguiente. Aunque el señor Pegrin era quien le había transmitido los reproches del consejo, Annie sospechaba que a él, personalmente, no le parecían tan mal sus métodos. En cualquier caso, al ponerse en contacto con el colegio el marido de Marie De la Fuenza, solicitando una preceptora de habla inglesa para las niñas, Lawrence había recomendado sin vacilación a Annie, y, después, le había dicho particularmente que, si las cosas no le iban bien, tenía las puertas abiertas para regresar a Pendleton, dijera lo que dijese el consejo de dirección.

Capítulo 2

Su Alteza Real Ludwig Johann Ambrose George, Príncipe de Kublenstein, conocido por la prensa y el público en general como el Príncipe Johann, y por un puñado de íntimos como Hans, se recostó contra el respaldo de cuero de su asiento para estudiar a la mujer que acababa de instalarse en su compartimento.

Era muy atractiva, por más que su forma de vestirse y arreglarse pareciera calculada para disimularlo todo lo posible. Llevaba el pelo negro, largo y lustroso, trenzado muy tirante, y él fantaseó con cómo sería soltar esa trenza, e ir deslizando los dedos lentamente entre el cabello. Seguro que era suave, y olía delicadamente a flores. La miró a los ojos, tratando de volver a apreciar el brillo azul que había visto un momento, al perder ella las gafas. Los ojos, y toda su expresión, reflejaban una viva inteligencia, que era precisamente lo que convertía su rostro, hermoso de por sí, en fascinante.

Más difícil era apreciar su figura, puesto que llevaba vaqueros anchos y un jersey amplísimo, pero Hans ya tenía claro que la chica era guapa, aunque ella no lo supiera. Desde luego, no se parecía a las mujeres con las que él salía. No era ostentosa, y la discreción que acompañaba a su belleza le resultaba tan estimulante como la propia belleza.

Otra cuestión, completamente distinta, era su forma de ser. Mucho menos tímida que las mujeres con las que él estaba acostumbrado a tratar. Era agradable, desde luego, pero dejaba adivinar una fuerza, una osadía, que lo desconcertaban. ¿Serían así todas las chicas en Estados Unidos? Eso lo preocupaba, puesto que acababa de contratar a una norteamericana, por referencias, para ocuparse de sus hijas.

Naturalmente, esas referencias eran inmejorables. Anastasia Barimer venía recomendada por el director del colegio femenino al que habían asistido su difunta esposa, y, antes, su suegra. Era uno de los colegios más selectos y de mayor prestigio de Estados Unidos, y el mero hecho de trabajar en él suponía un aval para cualquier educador. Hasta su mujer debía de haberlo valorado así, aunque a él la única petición que le había hecho al morir relacionada con la educación de sus hijitas había sido que, en lugar de enviarlas tan lejos, tan pequeñas, les permitiera seguir su educación en inglés junto a él. Aunque nunca había existido verdadera afinidad de ningún tipo entre ambos, Hans respetaba a Marie lo suficiente para hacer todo lo posible por cumplir ese deseo.

Y no dudaba de que el colegio Pendleton enviaría a la persona adecuada para desempeñar ese puesto. Una vez más, se dijo que contratar a esa persona era lo mejor para sus hijas, y, sin duda, para su país. En un futuro inmediato, Kublenstein necesitaría ampliar al máximo sus relaciones con el exterior. Él, por supuesto, tenía ya varios proyectos en diferentes fases de desarrollo, pero era muy conveniente que sus hijas aprendieran inglés con una nativa. La que hasta la fecha había sido su profesora, Frau Markham, tenía sus limitaciones. A las Princesas les haría falta conocer bien todos los matices y expresiones, incluidas las coloquiales, del idioma, para llegar a conocer la mentalidad de un país en el que algún día tendrían que servir como embajadoras del suyo. Y, la verdad, también a él le vendría bien practicar el idioma, así que tenía pensado que en la casa se hablara exclusivamente en inglés mientras estuviera allí la preceptora.

Claro que esa compatriota suya podía también servir al Príncipe de Kublenstein. Le interesaba oír su opinión sobre el país. Que fuera su primer viaje a Europa, y que, por lo visto, no lo reconociera a él, le daban un punto de vista inmejorable.

Él viajaba de incógnito, como hacía con frecuencia, para entrar en contacto con personas de diferentes ámbitos y clases sociales de su país. Llevaba una semana fuera de Lassberg, y lo que había oído con más frecuencia en todas partes eran quejas por la poca relevancia internacional de Kublenstein. Su pueblo deseaba un mayor reconocimiento internacional, económico y político. Y él compartía esas aspiraciones, así que no podía dejar escapar la

oportunidad de hablar de la imagen de Kublenstein en el mundo con esa extranjera imparcial.

—¿Qué profesión tiene usted en su país? —le preguntó, reafirmándose una vez más en que ese interés patriótico era el que lo había guiado al invitarla a quedarse con él. No podía evitar recoger datos al mismo tiempo, como la curva de sus labios, o de sus pestañas, o el resplandor que parecía emanar de su mirada, pero habría que purgarlos después, como irrelevantes.

—Bibliotecaria. En un colegio.

—Ah —no sabía qué esperaba, pero desde luego no esa respuesta—. Bibliotecaria. ¿Y qué le ha hecho decidirse a viajar a Kublenstein? ¿Estudian el país los alumnos de su colegio?

—Verá —hizo una pausa para reflexionar—, conocen la historia de la joven campesina que detuvo la guerra durante todo un día —Annie se refería a la leyenda de que, durante una batalla de la Primera Guerra Mundial, una jovencita encontró a un soldado herido a la puerta de su casa y salió a atenderlo, desoyendo los ruegos y las advertencias de uno y otro bando para que volviera a encerrarse en su casa, y que, mientras ella estuvo fuera, nadie disparó un solo tiro.

—Eso no es más que un mito.

—Pero, ¿no hay una estatua dedicada a ella en la ciudad? —preguntó Annie, metiendo la mano en el bolso para buscar su guía.

—Sí, pero la historia está bastante exagerada —también Hans parecía exageradamente preocupado por aquello—. ¿Es que en Estados Unidos los alumnos no aprenden nada más respecto a Kublenstein?

—Pues… —Annie no deseaba ofenderlo, así que no le dijo que eran muy pocos los que sabían siquiera eso—. Se trata de un país muy pequeño.

Pero esa opinión, aunque indisputable, era una de las cosas que más irritaban a Hans.

—Sí, es más pequeño que muchos, pero mayor que otros.

—Sí, se puede decir que es un gran desconocido —trató de rectificar ella—. Recuerdo que en una clase de Historia se habló de Kublenstein, en relación con la neutralidad de Suiza. A mí, desde luego, me parece un lugar lleno de encanto.

—Encanto —repitió él, como si no estuviera muy seguro de si

debía ofenderse o alegrarse.

—Sí, por supuesto —dijo ella, mirándolo directamente—. Yo valoro mucho el encanto. No voy a un sitio porque sea más o menos grande, sino por lo que puede ofrecer.

—¿Y qué cree que le puede ofrece Kublenstein? —parecía haber despertado su interés.

—Aún no lo sé —contestó ella, sonriendo—, pero está muy bien encontrar un lugar de Europa que no esté saturado de turistas. Vengo de París, y era algo tremendo. Así que me apetece mucho llegar a Lassberg, que es mucho menos conocido, y probablemente estará vacío.

Al hacerle esa pregunta, él ya sabía, por lo poco que había visto y oído de ella, que era peligroso, porque le contestaría con sinceridad. Así que hizo un esfuerzo por dominarse. Ella no pretendía humillarlo, al decir que los turistas no visitaban Kublenstein.

—Sabrá que la ciudad tiene habitantes —le contestó.

—Naturalmente. Eso es lo que la hace atractiva. Que se puede llegar y mezclarse con los ciudadanos, no con un montón de turistas, iguales que uno —se le había despertado la curiosidad—. ¿No preferirían ustedes limitar el acceso de turistas? A usted, concretamente, ¿no le gustaría más conservar el encanto de su país que explotarlo? —la pregunta de Annie lo tocaba en un punto débil, como antes su respuesta.

—A Kublenstein —le respondió, mirando por la ventanilla, para no dejarle ver su emoción—, como a la mayoría de los países europeos, le hacen falta los ingresos del turismo. Sin ellos, ese encanto del que usted habla se desintegraría.

—Ya. No se me había ocurrido verlo desde ese punto de vista. Es una pena.

—Es como es —no es que estuviera irritado con ella, sino con la justeza de sus observaciones.

—Espero no haberlo ofendido.

—No, por supuesto que no me ofende —contestó él de inmediato, puesto que ella no había hecho más que darle respuestas sinceras, que no le agradaban, pero que le resultaban muy útiles.

—Y, de todos modos —siguió ella—, tengo que insistir en que el tamaño de un sitio no importa nada. Todos nosotros estamos

encerrados en nuestra propia cabeza, donde quiera que nos hallemos. Yo, por ejemplo, metida en este compartimento, en el tren, me siento más libre y con más horizontes de lo que me he sentido en toda mi vida.

Su entusiasmo era contagioso.

—¿Y es una sensación muy agradable, no? —preguntó él, sonriente, deseando poder compartirla.

—Es… —le dedicó una sonrisa tan radiante, que Hans sintió que el corazón se le encogía—. Ya sé que suena raro, pero me siento maravillosamente. Como si estuviera a punto de suceder algo fantástico.

Y, por un momento, él lo creyó, pero enseguida la sensación se esfumó, sustituida por la aplastante soledad que era su compañera habitual, y de la que no se le ocurría quejarse, puesto que le parecía lo normal.

—Qué hermoso paisaje —la oyó comentar, y volvió al presente.

Y él buscó con la vista las colinas en las que se asentaba su palacio. Ya estaba llegando a casa. El comentario aumentó su indulgencia para con ella. Sentía gran aprecio y orgullo por la belleza de su país, y le complacía extraordinariamente ver la admiración reflejada en los ojos de Annie. Hacía mucho que no veía a alguien valorar su país como él pensaba que debía ser valorado.

—No me sorprende que se escribieran tantos cuentos de hadas en lugares como este —siguió ella, con tanto sentimiento, que él se preguntó qué habría en su corazón, y vio satisfecha su curiosidad al momento siguiente, al oírla decir—. Aquí sí que parece posible y verosímil decir que «vivieron felices para siempre».

—Sí —dijo él, por cortesía—. Habrá alguno para quien sea así, me imagino — algún romántico extraviado, era de suponer.

Ella se rió al oírlo, y estiró los brazos un momento por encima de la cabeza.

—Confío en que seamos por lo menos algunos —dijo, con los ojos brillantes de ilusión.

—Estoy seguro de que usted viviría feliz —contestó él, antes de reflexionar—, si se quedara —y, una vez dicho, advirtió que se había dejado arrastrar por la impetuosidad de ella. ¿A qué venía un comentario así, por su parte?

Pero, al mismo tiempo, Annie lo estaba mirando a los ojos, y,

por unos instantes, se produjo una extraña comunión entre ambos.

—Quiero decir —siguió él, tratando de reconducir la situación, de recuperar la autoridad a la que estaba acostumbrado desde pequeño—, que mientras dure su estancia. La verdad es que los pocos turistas que nos visitan se van contentos.

—Yo también —se le escapó un bostezo—. Perdone. Bueno, de todos modos, ya lo estoy. Contenta, quiero decir. Ah, y he cazado la indirecta esa de los «pocos turistas».

Y a él no le quedó más remedio que sonreír. Era una chica inteligente. No hacía ni una hora que la conocía, y ya había despertado todo tipo de emociones en él. No recordaba haber conocido nunca a nadie tan exasperante y fascinante, al mismo tiempo. Si se quedara más tiempo, se sentiría tentado de tratarla más, aunque no fuera más que para llegar a entender por qué lo tenía tan… en vilo.

Menos mal que no se iba a quedar.

—¿Sabe una cosa que me sorprende mucho? —Annie volvió a arrancarle de su ensimismamiento—. Que usted, que parece amante de la soledad, quiera que haya más turismo en su país.

Lo había calado.

—Mis preferencias personales no siempre coinciden con los intereses de mi país. Y, si hay que elegir entre esos intereses y los míos, me debo a mi país —hizo esa declaración con sencillez, pero a ella la dejó pasmada.

—Caray, qué patriotismo. —Es mi obligación.

—Bueno —Annie dio un pequeño resoplido de escepticismo—. La de funcionarios que conozco a los que lo único que les interesa es la nómina.

—El trabajo les producirá entonces escasas satisfacciones.

—¿Y a usted? —volvió a poner el dedo en la llaga, y él tardó unos segundos en responderle.

—No creo que la conozca lo suficiente para contestarle a eso.

—Ah —estaba un poco desconcertada—, sí, por supuesto, no pretendía entrometerme —pero él sospechaba que no se iba a conformar con una respuesta así, y, en efecto, no tardó en añadir—. Pero yo me aventuraría a decir que no, que su trabajo no le da demasiadas satisfacciones.

—¿De verdad?

—Sí, porque, de dárselas, no le importaría reconocerlo. Normalmente, a la gente le cuesta compartir sus sentimientos cuando son negativos, no cuando son positivos.

—Es una observación interesante —Hans procuraba conservar la flema.

—Aunque —se le volvió a escapar un bostezo— no lo conozco lo suficiente para afirmarlo.

—No —se limitó a decir él—. No me conoce —pero, al decirlo, sentía que podría llegar a conocerlo muy rápidamente.

—Por favor, corríjame si le apetece en todo lo que me equivoque. —Ahora habla como si fuera periodista.

—Ah, pero a lo mejor resulta que lo que soy es adivina —dijo ella, con una sonrisa—. ¿No le da miedo?

El tardó en contestarle.

—Mucho más de lo que se figura —dijo al fin, también sonriente, pero muy en serio.

Debió de quedarse dormida unos minutos, porque de repente se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada en la ventanilla, y Hans seguía sentado enfrente de ella, pero iba leyendo el periódico. Menos mal que parecía absorto, porque de lo que se despertaba Annie era de unos sueños bastante inconfesables, en los que Hans y ella estaban muy estrechamente entrelazados. Y, sin embargo, el regusto que le dejaban esas fantasías no era de culminación sexual, sino de culminación emocional. En esos minutos, o quizá segundos, Hans había representado el bálsamo de todos los momentos de abandono y soledad que Annie hubiera experimentado a lo largo de su vida.

Lo cual era tan ilógico como suelen ser los sueños, porque aquel hombre representaba un material de primera para un ensueño sexual, pero no parecía tener ninguna aptitud para la camaradería. Sí, le había ofrecido ayuda, pero más parecía que por sentido del deber que por simpatía.

Y el caso es que Annie estaba segura de que el impulso de compartir debía de existir en él. Seguro que también tenía la capacidad de divertirse, y no solo de atender a sus obligaciones.

—Pero, claro, eso lo harás con tu esposa, ¿a que sí? —dijo en un susurro, y, espantada, lo vio bajar el periódico y mirarla directamente. Se enderezó en el asiento. Menuda metedura de pata.

Pero, ¿cómo había podido oírla? ¿Sería un espía? ¿Llevaría algún aparato de esos?

—Perdone, ¿decía usted?

—Yo… yo… —improvisó como pudo— decía que… esto… que su esposa se hará cargo de los niños cuando usted salga de viaje —era penoso, pero había que sostenerlo una vez dicho—. ¿Ha dicho usted que tenían niños, verdad?

—No, no lo he dicho —contestó él, después de mirarla largamente.

—Ay, perdone, me he equivocado —el tren empezó a reducir la velocidad, al entrar en las afueras de Lassberg, y ella aprovechó para empezar a recoger sus cosas.

—Sí que tengo hijos. Pero mi mujer murió hace unos años. Volvió a mirarlo, sorprendida.

—Cuánto lo siento —él no dijo nada, y ella, con cuidado para no hablar de cuestiones dolorosas, le preguntó—. Al menos, los hermanos se tienen los unos a los otros. Pero será difícil criarlos usted solo.

—Son dos, y cuento con personal adecuado para ayudarme.

—¿Personal adecuado? Qué barbaridad, suena a montones de personas. ¿Es eso frecuente en Kublenstein?

—Más frecuente que en los Estados Unidos, me parece. ¿No hay niñeras e institutrices en su país?

—Es algo muy raro.

—Y entonces, ¿quién se ocupa de los niños si trabajan los dos padres, o si no están?

—Pues hay guarderías, y luego el colegio. La gente se las arregla, aunque, desde luego, a veces es muy difícil. Es un verdadero lujo, el poder quedarse en casa con ellos, o el contar con alguien que se quede.

—Ya veo —y Hans prosiguió—. Me interesa mucho la educación que reciben en su país los niños. O, por lo menos, algunos aspectos —rectificó—. Por ejemplo, esa decisión que muestran los niños americanos, esa confianza en sí mismos. Son cualidades muy valiosas.

—Estoy totalmente de acuerdo. Y, después de bastantes años trabajando con niños, estoy segura de que hay una relación directa entre su grado de autoestima y la participación de las familias.

—¿Cómo? —Hans se removió en el asiento— ¿A qué se refiere, con eso de la participación de las familias?

—Quiero decir —Annie procuraba ir con pies de plomo en este terreno— que, cuando los padres dedican tiempo y atención a sus hijos, esto supone un enorme estímulo para los hijos —y ella sabía por propia experiencia lo muy dañino que podía resultar que no hubiera nadie que dedicara esa atención a un niño.

—A veces no es posible pasar mucho tiempo con los hijos.

—Pues se saca el tiempo de donde sea —al oírla, él miró un momento por la ventanilla, y ella siguió—. Claro que usted está solo. Tiene que ser difícil.

—Pues sí, a veces es muy complicado. Les hace más falta la influencia de una mujer que la mía. Han tenido muchas cuidadoras, y, sin embargo, a veces da la sensación de que les falta… algo. Como si no recibieran lo suficiente.

—Claro, ese es el problema —exclamó Annie, sin pararse a pensar si debía o no debía dar su opinión.

—¿Cómo dice? —era como si un muro se hubiera alzado en la mirada de Hans.

—No, nada —ella se dio cuenta inmediatamente de su equivocación—. No debería haber hablado. Nadie me ha pedido mi opinión.

El estuvo en un tris de darle la razón, pero, teniendo en cuenta que estaban a punto de bajar del tren y que nunca volvería a verla, ni tendría que padecer más sus inferencias, bien podía escucharla un poco más. A fin de cuentas, era compatriota de la cuidadora que acababa de contratar. Le sería útil saber qué podía esperarse de ella.

—No, no, se lo ruego —dijo—, siga. Sí que se la he pedido. De verdad que me interesa cómo ven esto en los Estados Unidos.

—Verá… Ha dicho usted que ha habido «muchas cuidadoras», pero es que lo que los niños necesitan de verdad es a una sola persona que se responsabilice de ellos. Lo mejor es que sea usted, puesto que es su… la persona que lleva viviendo con ellos toda su vida —hizo una pausa—. Puede haber un carencia afectiva, si son muchas las personas que pasan rápidamente por sus vidas.

—¿Carencia afectiva? —el concepto le resultaba, evidentemente, curiosísimo.

—Sí —contestó ella, muy seria—. Unas personas no suplen ni

complementan a otras. Hace falta una sola persona, con la que puedan contar, sea usted o alguien a quien usted contrate. Pero es preferible que sea usted.

Ante aquel requerimiento directo y personal. Hans se cerró en banda. Había preguntado por la situación en los Estados Unidos, no había pedido que juzgaran su caso.

—En mi caso saben que pueden contar con cualquier persona que yo contrate. —Tal vez no les baste.

—Les basta —cortó él.

—Muy bien —le dijo, siempre tratando de no ofenderlo, pero sin poder remediar que la arrastrara un sentimiento de protección hacia aquellas criaturas de las que nada sabía—. De acuerdo, pero déjeme decirle una sola cosa. Los niños necesitan contar con personas en muchos momentos en los que los adultos creemos que no pasa nada. Al salir del colegio, al acostarse, son muchos. Les hace falta saber que esa persona siempre estará ahí, que podrán recurrir a ella si les hace falta. Y no se trata de cualquier persona, sino de alguien a quien quieran, en quien confíen, y que los quiera también —Annie sabía que había sobrepasado los límites de la cortesía, pero en una cuestión así le era imposible guardar silencio.

Él asintió lentamente, mirándola con atención, y luego esbozó una sonrisa. —No tiene hijos, ¿verdad?

—Ya le he dicho que llevo bastantes años trabajando con niños.

—Bien, pero, hasta que los tenga propios, quizá le falte contrastar su experiencia.

—Tal vez tenga usted razón.

Con esa concesión, Hans estaba dispuesto a dar por zanjada la conversación. Empezó a pensar en todo el trabajo que le esperaba en palacio.

—Yo diría —le sorprendió volver a oír la voz de Annie— que, si alguien ha contratado a muchas personas para ocuparse de unos niños, y, para su sorpresa, a los niños les sigue faltando algo, es que esa persona no les ha prestado la debida atención.

—¿Puedo saber por qué la solivianta a usted tanto esta cuestión? —y, al verla ponerse como la grana, Hans prosiguió—. Es una cuestión personal, ¿a que sí? No se trata de los principios generales que le parecen adecuados para la educación de los niños, sino de algo que, como dicen ustedes, la chincha especialmente.

Tardó en contestarle, y al final le dijo:

—No le falta razón, pero eso no quiere decir que yo me equivoque. —¿Y qué es lo que la mueve?

—Carece de interés, se lo aseguro. Olvidémoslo. Perdone que me haya tomado estas libertades con usted.

Él se quedó mirándola un rato, y luego trató de encontrar una nueva conversación, para desconectarse de aquel tema que, al parecer, tanta emoción despertaba en su joven interlocutora.

—Nos hemos detenido. Ya estamos en Lassberg.

Ella se asomó por la ventanilla, y comprobó que, en efecto, el tren estaba parado en la estación, y ya había pasajeros que habían bajado al andén.

—Confío en que no crea que mis comentarios eran críticas contra usted —volvió a disculparse con él.

—Yo le pedí su opinión, y usted me la ha dado.

Al ponerse en pie simultáneamente, sus cabezas chocaron. Annie notó una oleada de calor que saltó entre ambos, pero ya no estaba segura de si se trataba de mutua atracción o mutua frustración.

—Bueno, ha sido un viaje muy interesante —dijo, tratando de relajar la tensión antes de que se separaran.

—Interesante, desde luego —Hans le tendió la mano.

Creyendo que se la iba a estrechar, ella le dio la suya, pero él se la llevó a los labios, y Annie sintió una descarga de placer recorrerle el brazo y entrarle directamente en el corazón. Y también él debió de notar algo, porque inmediatamente se cuadró, o casi, y la miró directamente a los ojos.

—Ha sido un placer conocerla —dijo, recuperando rápidamente la compostura. Salieron juntos y Hans le dio el brazo un momento, para ayudarla a bajar.

Un grupito de señoras, que se encontraban a unos metros, en el andén, empezaron a murmurar entre sí, mirándolos, y Hans se puso aún más rígido. Se apresuró a parar un taxi, y le dio rápidamente instrucciones en alemán al taxista. Luego abrió la puerta y se dirigió a ella.

—Que disfrute mucho de su estancia en Kublenstein —iba a decirle algo más, pero se interrumpió.

—Gracias —le contestó ella, mientras subía al vehículo—. Pienso disfrutar. —Adiós —dijo Hans, cerrándole la puerta. Se dio

la vuelta, y empezó a alejarse.

—Adiós —contestó ella, sin pretensión de que la oyera, pero sin perderlo de vista, hasta que torcieron y desapareció, dejándola increíblemente vacía.

Capítulo 3

El hotel que le habían recomendado a Annie en Lassberg resultó ser una maravilla. Era céntrico, tenía una decoración exquisita, con verdaderas antigüedades, y la habitación de Annie era, con mucho, la más cómoda y amplia que le había tocado en suerte desde que estaba en Europa. Y, por si fuera poco, costaba la mitad que el carísimo cuartito con muebles de formica que había ocupado en Munich.

Sentada en un sillón orejero junto a la ventana, contemplando a la vez la gente que iba y venía por la calle y su inmediato futuro, Annie sintió que Lassberg era un sitio en el que no le importaría quedarse para siempre. Pasaban transeúntes todavía con el bronceado del verano, llevando barras de pan, bolsas con verduras, ramos de flores, tras los que los niños se rezagaban, jugando, vestidos muchos de ellos con jerséis evidentemente tejidos por sus madres o abuelas. Annie sonrió al acordarse de la ropa de diseño que procuraban vestir las alumnas de Pendleton. Hasta ese momento no tenía ni idea de que en el mundo quedara todavía un lugar como Lassberg.

Pero, ¿cómo iba a ser su vida? ¿Podría hacer amigos, fuera de la casa en la que iba a vivir? ¿Tener vida social? ¿Volvería a ver a Hans?

Trató de no demorarse en esta última cuestión. Después de todo, si los dos vivían en aquella pequeña ciudad, ¿cómo no coincidir en algún momento?

Y, si volvían a verse, ¿qué le diría ella? «Hola, Hans. Espero que no me odies, después de pasar una hora encerrado en el tren con mi hermana gemela, la chiflada. Todo el mundo que nos trata dice que no nos parecemos en nada».

Solo que ella no se consideraba chiflada y creía de todo corazón en todo lo que le había dicho en el tren. Quizá sería más fácil comportarse como si no hubieran hablado más que de cosas intrascendentes.

«¡Hans! ¡Qué alegría volver a verte! ¿Quieres tomar un café conmigo?»

Tal vez eso fuera demasiado descaro. Lo mejor sería que, si se volvían a ver, ella se callara, y le dejara hablar a él.

Se oyó dar las campanadas a algún reloj cercano. Las siete. Como si vinieran con hora, empezaron a caer algunos copos de nieve. Annie los miró caer un buen rato. Era precioso, y le habría gustado tener a alguien con quien compartir su emoción, pero, cuando una cabellera oscura y un par de profundos ojos verdes empezaron a llenar su mente, hizo un esfuerzo por sacudirse esas imágenes. Al final, se puso en pie y decidió bajar a cenar. Era algo inaudito, pero el precio de la habitación incluía pensión completa, y, al llegar, le había parecido oler a queso tostado. Solo con pensar en cenar fondue, se le hacía la boca agua.

Efectivamente, había fondue, acompañada de ensalada, y flan de chocolate de postre. Lo devoró todo, porque estaba todo buenísimo, y salió después a dar un largo y tranquilo paseo por la ciudad. Era aún más bonita de lo que creía, llena de rincones curiosos, con muchas tiendas de juguetes y de relojes, que eran dos de las especialidades del principado, tabernas donde se veía gente jugando a los dardos, y casitas con tejados puntiagudos. Era una delicia de paseo, que esperaba dar muchas más veces, después de cenar. Y luego se imaginó a sí misma, cenando enfrente de Hans, o, todavía mejor, sentada delante de la chimenea al lado de Hans, o quizá, mejor aún, tendida en la alfombra, delante de la chimenea, con Hans…

A las diez estaba de vuelta en su habitación, y dormida a las diez y cuarto. Siguió durmiendo unas diez horas, y se despertó hacia las ocho de la mañana. Aún no había mucha gente fuera, y las calles estaban cubiertas de nieve.

Kublenstein seguía siendo bellísimo, y ella cada vez se sentía más sola. A pesar de la diferencia horaria, se decidió a telefonear a Joy.

—¿Ya lo has conocido? —fue lo primero que Joy le preguntó, en

cuanto reconoció su voz.

—¿A quién? —le preguntó ella a su vez, aunque la había entendido perfectamente.

—A quien sea.

Annie sonrió un momento, sin contestar. Le habría gustado conservar a Hans en secreto, solo para sí misma, pero no pudo.

—Pues sí, había un hombre en el tren, pero no sé más que su nombre de pila. No creo que vuelva a verlo.

—¿Y era atractivo? —Hasta decir basta.

—¿Y has dejado que se te escapara?

—Es que me temo que fue eso, literalmente. Para cuando el tren llegó a nuestro destino, creo que estaba deseando perderme de vista.

—¿Qué le hiciste?

—Poca cosa: decirle que su país era pequeño e insignificante, aunque, eso sí, lleno de encanto, y que no estaba educando correctamente a sus hijos.

—Error táctico. —Dímelo a mí.

—Bueno, pues olvídate entonces de él. Oye: he visto en un programa de televisión al Príncipe Johann, que es el que tenéis ahí, y a por ese es a por el que tienes que ir. Es súper guapo.

—Pero qué dices. ¿Qué edad tiene ese hombre? ¿Setenta, ochenta? —Niña, si él tiene setenta, yo estoy a punto para la jubilación.

—Muy bien, abuelita. Oye, que esto sale muy caro. Solo quería oír una voz amiga.

—¿Tienes nostalgia, eh? —dijo Joy, con sentimiento—. Acuérdate de que siempre puedes volver a casa.

—Ya lo sé —le contestó Annie, agradecida, pero sintiendo a la vez, que ya estaba en casa, aunque era algo que Joy no podría entender. Ni siquiera ella acababa de explicárselo.

El tercer día de su estancia en Lassberg, Annie se despertó al oír unos golpecitos en la puerta de su habitación. Se puso la bata y abrió un poco la puerta. Al ver a la dueña del hotel, abrió del todo.

—Ha venido un hombre preguntando por usted —le dijo la señora, en alemán—. Viene de parte de su jefe, a recogerla.

—¿Cómo? Pero si no tenía que llegar hasta las once —Annie se frotó los ojos, tratando de espabilarse, y luego miró el reloj de su

mesilla de noche—. ¡Pero si son casi las once!

—¿Qué hacemos? ¿Qué le digo? —preguntó la señora, nerviosa, y Annie echó un vistazo a la habitación.

—Entreténgalo un ratito, por favor. Bajaré dentro de diez minutos, como máximo —afortunadamente, había dejado las maletas hechas la víspera, y se había duchado antes de irse a la cama.

—No se le ocurra hacerle esperar. Ha venido en un coche muy importante. —No se preocupe, no tardaré nada.

Annie entraba en el vestíbulo del hotel solo ocho minutos más tarde. Había un hombre de uniforme, sentado en uno de los sillones, que se puso en pie al verla.

—¿Señorita Barimer? —Sí.

—Buenos días, señorita Barimer. Puede llamarme Christian. Voy a trasladarla, a usted y su equipaje —señaló con la cabeza sus maletas—. ¿Es eso todo?

—Eso es todo.

—Ya me he ocupado de la factura —dijo Christian, haciendo una señal con la mano a otros dos hombres, para que vinieran a hacerse cargo del equipaje—, así que, en cuanto guste.

Annie se apresuró a despedirse de la propietaria y salió detrás de Christian. A la misma puerta del hotel había aparcado un larguísimo Mercedes plateado, con el escudo real de Kublenstein y el escudo de Lassberg grabados en las puertas.

—Caray —murmuró Annie, y, en voz más alta—. ¿Qué cargo ocupa el señor De la Fuenza?

—No hay ningún señor De la Fuenza —contestó Christian, y ella suspendió su movimiento, y se quedó con un pie dentro y otro fuera del coche.

—¿Cómo? ¿No voy a trabajar para los señores De la Fuenza? —preguntó, pero no obtuvo respuesta alguna de Christian, sino de alguien en quien todavía no había reparado.

—Marie De la Fuenza murió hace algunos años —dijo una voz masculina, con acento americano, y Annie vio que había ya alguien ocupando el asiento trasero del Mercedes—. Para quien va a trabajar usted —siguió, mientras Annie se sentaba a su lado— es para su marido, el Príncipe Johann de Kublenstein.

Teniendo en cuenta el asombro que sentía, Annie no tardó

demasiado en recuperar el habla.

—¿Y usted quién es? —preguntó a su compatriota, tratando de orientarse.

—Disculpe esta situación tan rocambolesca —le contestó él, inclinando un poco su cabeza canosa, y tendiéndole la mano, con una sonrisa tan radiante como la de Santa Claus—. Me llamo Ben Lyman, y soy el embajador de los Estados Unidos ante la corte de Kublenstein. Soy amigo del Príncipe, y antes lo fui de la difunta Princesa, y fue a mí a quien se le ocurrió no revelar su identidad hasta que usted llegara aquí. Era una medida de protección, tanto para usted como para él y sus hijas.

Annie trataba de irlo digiriendo todo.

—Bien —dijo, pero eso no quería decir que lo entendiera. No esperaba nada de aquello, y estaba totalmente desconcertada. Apenas se enteró de la entretenida charla del señor Lyman, que procuró ilustrarla acerca de la ciudad que iban recorriendo, y la historia de la familia real. Ella seguía dándole vueltas a su cambio de expectativas. Iba a trabajar para un príncipe reinante, y, por consiguiente, a vivir durante el próximo año en un palacio, o algo por el estilo. Era fantástico. Y, claro, un poco aterrador. Si hacerse cargo de unos niños siempre suponía una enorme responsabilidad, hacerlo de futuros monarcas era algo tremendo.

Salieron de la ciudad y, al entrar el coche en un amplio patio enlosado, junto al ala de un impresionante palacio, Annie había conseguido volver a poner los pies en la tierra, aunque seguía bajo el impacto de la responsabilidad que iba a asumir.

Ben Lyman la acompañó hasta el interior del palacio. Allí había numerosos sirvientes y empleados, y, por su forma de mirarla, Annie dedujo que esperaban a alguien más impresionante que ella, y de más edad, seguramente.

Estaban empezando a entrarle ganas de salir corriendo, cuando vino a su encuentro una señora mayor, alta, con una sonrisa radiante.

—Usted debe de ser Anastasia Barimer —dijo—. Yo soy Greta Entemain, secretaria personal del Príncipe. Sea bienvenida.

—Muchas gracias. Por favor, llámeme Annie —la cordialidad de aquella mujer estuvo a punto de arrancarle lágrimas de agradecimiento—. Estoy encantada de conocerla —y le tendió la

mano.

—Igualmente —Greta se la estrechó, y, afablemente, le dijo—. Acompáñeme, Annie, Su Alteza la recibirá dentro de unos veinte minutos —le dio una palmadita en el brazo—. Venga conmigo. Le vamos a dar una tacita de chocolate, para que pueda calmar esos nervios antes de reunirse con Su Alteza.

Su Alteza. La verdad era que esas dos palabras bastaban para poner nervioso a cualquiera. Annie se acordó del ceremonial que había visto en la televisión, en las bodas reales, u ocasiones semejantes, y se dijo que en una corte europea todo sería bastante más complicado de lo que ella estaba acostumbrada a presenciar.

Recorrió en pos de Greta un vasto vestíbulo de mármol, con techos que se levantaban por encima de sus cabezas a una altura como de tres pisos. Tanto los techos como las paredes estaban ricamente decorados, con detalles subrayados con pan de oro, y, cada pocos metros, un tapiz magníficamente conservado, o un cuadro antiguo ricamente enmarcado decoraban los muros. Anduvieron como un par de kilómetros hasta llegar a una cocina grande y luminosa.

—Margaret Livens, le presento a Annie Barimer —dijo Greta al entrar, dirigiéndose a una mujer, no muy alta, y rellenita, con el pelo oscuro, recogido, y los ojos risueños. Y luego, a Annie, siempre en su idioma—. Margaret es nuestra jefe de cocina.

—Me alegro mucho de conocerla —dijo Annie, mirando en torno suyo, a los cacharros de cocina, impresionantes en su número y tamaño, a una de las largas paredes de la cocina, completamente cubierta por las puertas cromadas de una serie de frigoríficos industriales—. Parece que tiene usted mucho que cocinar.

—Muchísimo —confirmó Margaret con entusiasmo, y a Annie le sorprendió comprobar que hablaba con acento inglés—. Es una suerte que me encante la cocina, porque, si no, ya me habría vuelto loca.

Greta le puso un momento la mano en el brazo a Annie.

—Si no necesita nada más, me retiro por ahora. Volveré a por usted cuando Su Alteza vaya a recibirla. ¿Quiere esperar aquí, o estaría más cómoda en la biblioteca?

—Aquí estaré bien, gracias.

—Estupendo —y, con una breve sonrisa, Greta se marchó.

Inmediatamente, Margaret se acercó con una bandeja, en la que había puesto dos tazas de chocolate, humeantes. La dejó sobre la mesa, y se sentó, haciendo ademán a Annie para que la imitara.

—Ah, qué bien —dijo, y sirvió crema de una jarrita de plata en una de las tazas, para aclarar el chocolate. Lo removió, y se la entregó a Annie—. ¿Así que has venido a hacerte cargo de las niñas y enseñarles inglés, no?

Annie estaba probando el chocolate, así que asintió con la cabeza. —Eso es —dijo luego. El chocolate estaba delicioso. Tomó otro sorbito.

—Estarás nerviosa, ¿no? —y Margaret siguió, sin esperar su respuesta—. Yo no lo he pasado peor en mi vida que el primer día que entré aquí.

—¿Y como cuánto tarda una en superarlo?

La inglesa dejó su taza en el platillo, y miró su reloj de pulsera, con mucha prosopopeya.

—Verás… llevo hasta ahora… como dos años —y se rió.

—Espero que no me cueste tanto —repuso Annie, refugiándose de nuevo en el calorcito y el sabor del chocolate.

—Ah, no te preocupes. Total, tanto no vas a durar. —¿Ah, no?

—La media de las niñeras e institutrices está en dos semanas.

—¿Cómo que la media? ¿Cuántas ha habido? —Annie no estaba muy segura de que quisiera oír la respuesta. Al ver que Margaret soltaba su taza en el platillo y la miraba más seria, estuvo segura de que no le iba a gustar oírla.

—Pero, ¿es que no te han avisado?

—¿Avisarme de qué? —Annie sentía palpitaciones.

—No sé si llevo bien la cuenta —dijo la cocinera, encogiéndose de hombros—, pero creo que por aquí han desfilado quince mujeres, en lo que llevamos de año.

—¡Quince! ¿Cómo es…? ¿Qué les pasa a estas niñas?

—A las niñas no les pasa nada —respondió Margaret, y luego, en un susurro que obligó a Annie a inclinar la cabeza hacia ella para poder entenderla—. Se van por culpa del padre.

Annie iba considerando si no debería presentar la renuncia, mientras seguía a Greta hacia el despacho del Príncipe. ¿Para qué intentarlo, si ya era casi seguro que fracasaría?

El larguísimo pasillo de mármol era gélido, y ella tenía carne de

gallina. Los pasos resonaban, como si, además de ellas, hubiera toda una corte de fantasmas circulando por él. ¿Cómo sería el Príncipe? Seguramente, tan formal y ceremonioso como el lugar en el que habitaba, pero, ¿y su aspecto físico? Ella esperaba algo así como un príncipe de dibujos animados, solo que con las patillas blancas. Pero un señor así resultaría demasiado jovial. Y Joy le había dicho que era «súper guapo». Ella no siempre coincidía con las apreciaciones de su amiga, pero, evidentemente, no debía de ser un abuelo. ¿Sería un maduro atractivo, como Paul Newman? Pero era difícil admitir que el ogro descrito por Margaret pudiera tener ese aspecto.

Se detuvieron delante de una puerta ricamente decorada, y Greta dio un solo golpe en ella. Se oyó un murmullo ininteligible del otro lado, y la secretaria la abrió y anunció, en voz alta, y esbozando una genuflexión:

—Alteza, está aquí la nueva institutriz de las niñas.

Annie se armó de valor y entró tras de ella. Decidió no tratar de imitar su saludo, pero hizo una inclinación de cabeza.

—Anastasia Barimer —dijo Greta, haciendo un ademán hacia ella—. Anastasia, le presento a la persona para la que va a trabajar, Su Alteza Real el Príncipe Johann de Kublenstein.

—¿Cómo está usted? —empezó Annie, pero, al alzar la vista y ver a quién se estaba dirigiendo, se interrumpió, y estuvo a punto de desmayarse.

Era Hans, el funcionario del tren, el que la contemplaba, con expresión atónita, desde el otro lado del suntuoso escritorio.

—Usted —dijo, suavemente, y, al punto, se enderezó y dijo, con más energía—. No tenía ni idea.

—Ni yo tampoco.

Hubo un silencio casi penoso.

—Tome asiento, por favor —dijo él, al cabo de un momento, y, exactamente igual que había hecho en su compartimento, hacía tres días, Annie se sentó frente a él.

Una vez superada la sorpresa inicial, repasándolo todo, todo encajaba. Era viudo, había hablado de un gran número de cuidadoras diferentes de sus hijas, del numeroso personal que había en su casa.

—Le ruego que disculpe el que las circunstancias de su contrato se hayan mantenido en secreto —empezó él—. Confío en que

comprenda los motivos de mi reticencia, hasta su llegada.

—Los comprendo y los respeto —Annie trató de concentrarse en el trabajo, en lugar del aspecto físico de su patrono, pero era dificilísimo. Era un príncipe. No en el sentido en el que Joy utilizaba la palabra, sino de verdad. Y era, en efecto, súper guapo. ¿Cómo era posible que un hombre tan extraordinariamente atractivo reinara en un país europeo, y ella no hubiera oído jamás hablar de él? Tenía la vaga sensación de que todos los monarcas eran… patriarcales. No, bueno, la mitad por lo menos eran matriarcales. Pero no como él, desde luego.

—Tenemos que tomar ciertas precauciones al contratar a personas, sobre todo extranjeras —siguió él.

—Ya… ya me figuro que habrá quienes no tengan la más mínima vocación por los niños, y en cambio, se presentarían voluntarios para estar junto a las Princesas.

—Exactamente —dijo él, con un leve gesto de desagrado—. No es nada fácil encontrar personas apropiadas, y tengo la esperanza de que esta vez lo hayamos conseguido —a pesar de sus palabras, a Annie le pareció que su expresión era de escepticismo. De profundo escepticismo.

Lo cierto era que a Hans le resultaba imposible ocultar del todo el asombro que le producía descubrir que la mujer que le había recomendado un colegio prestigioso, como intachable, competente y absolutamente apta para una familia real, fuera la misma persona que lo había sacado de quicio a él en el tren. Para empezar, era demasiado joven para hacerse cargo de las Princesas. Y, cosas todas aún más importantes, era terca, porfiadora, muy aficionada a dar su opinión, y bordeaba la insolencia.

Y él no había conseguido quitársela de la cabeza.

Cierto es que él le había pedido su opinión, pero eso fue porque no sabía que tendría que volver a verla. Los dos habían hablado sin la reserva que debería existir entre patrono y empleado. ¡Pero si hasta se había presentado como Hans, simplemente! Todo sería mucho más difícil. Al recordar súbitamente que su secretaria seguía en la habitación, dijo:

—Es todo por ahora; gracias, Greta.

—Muy bien, señor —y, mirándolos a los dos con extrañeza, la mujer salió.

—Cuando haya otras personas presentes —le dijo a Annie en cuanto estuvieron solos—, se dirigirá a mí como Príncipe Johann.

—Muy bien —contestó ella, y echó un vistazo a su alrededor—. ¿Hay alguien más presente ahora?

—No —replicó él, de mala gana—. Ahora estamos solos —esta situación era muy incómoda.

—Y entonces —Annie tenía cara de preocupación—, ¿cómo debo dirigirme a usted ahora?

—En privado, puede llamarme «señor».

—Príncipe Johann en público, «señor» en privado. Enterada.

—Con excepción, claro está, de las ocasiones solemnes en las que esté presente, en las que deberá utilizar mi título al dirigirse a mí: Alteza Real —mientras decía esto, el Príncipe consultó su reloj, y Annie empezó a irritarse.

—¿Y cómo se dirigirá usted a mí? —le preguntó, y él levantó de inmediato la vista hacia ella.

—¿Perdone?

—Decía —repitió Annie, respirando a fondo— que cómo me va a llamar, cuando estemos en una ocasión solemne, y cuando estemos en privado.

—La llamaré señorita Barimer.

—¿En todas las ocasiones? —si este era el verdadero Hans, a lo mejor no le gustaba tanto como le había parecido. El hombre del tren, el que hacía preguntas, había desaparecido, sustituido por una máquina de dar órdenes. Entretanto, él dudaba antes de responderle. Debía de estar valorando si ella trataba de provocarlo.

—Salvo en aquellas en las que me parezca más adecuado otro tratamiento — contestó al fin.

—Ya veo —dijo ella—. Y yo, ¿tengo la misma opción?

Esta vez él la entendió inmediatamente, y respondió a la primera, refrenando las ganas de reír.

—No faltaría quien dijera que resulta usted impertinente.

—Es verdad —oírla le satisfizo, pero su satisfacción solo duró un instante, puesto que Annie añadió en seguida—. Perdóneme, pero creo que no faltaría quien dijera que usted resulta altanero.

Era evidente que no podía esperar de ella el grado de colaboración al que estaba acostumbrado por parte del personal de palacio. Era conflictiva, como le había parecido casi desde el primer

momento de conocerla. Lo que sucedía era que entonces no se daba cuenta de que los conflictos los iba a tener que sufrir él.

—¿Altanero? —repitió, y ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué «señor», si en el tren era «Hans»? —le preguntó directamente. —Porque en el tren no era usted empleada mía.

—Sí que lo era, solo que usted no lo sabía. Y yo tampoco, claro.

—Señorita Barimer, sería prudente que no mencionáramos nuestra conversación del tren. Lo mejor será que empecemos desde cero.

—Pero es que —hizo una pausa—, señor, todo lo que dije en el tren es aquello en lo que creo —y su expresión era muy firme al decirlo. Tenía una expresión parecida en el tren, acompañada de un extraordinario brillo en la mirada, al decir que los niños necesitaban amor y estabilidad. Y a él se le ocurrió entonces que tal vez esa firmeza, y ese fuego, no fueran una mala cosa. Él estaba interesado en alguien capaz de apasionarse con su tarea, aunque no estuviera de acuerdo con el diagnóstico que había hecho de su situación familiar.

—Bien, creo recordar que habló de estabilidad, y le aseguro que mis hijas gozan de ella.

—Pues no se desprendía eso de su descripción —se atrevió ella a disentir.

—En mi opinión, la constante atención a su educación y su bienestar físico, por no hablar de las comodidades materiales de que disponen, garantizan esa estabilidad. Y, por otra parte, la mayoría del personal de palacio lleva en sus puestos desde antes que nacieran las niñas. Las conocen y las sirven desde la cuna —todo eso era cierto. Greta llevaba más de dos lustros como secretaria suya. Leo era su principal consejero desde hacía casi veinte años, aunque la verdad era que Leo resultaba demasiado intimidante para prestar el apoyo que Annie debía de tener en mente. Hasta Christian había sido chófer del padre de Hans, antes de serlo suyo.

—¿Servirlas? —repitió ella—. Eso está muy bien, pero, ¿qué me dice de quererlas?

Vaya, le habían enviado a una genuina representante del pueblo americano. Qué ocurrencia más típica de ellos. Los sentimientos por encima de todo. Él, por cierto, amaba a sus hijas más que a nada en el mundo, pero no estaba en absoluto seguro de que ese sentimiento

fuera ni mucho menos lo más importante para las jóvenes princesas. Los niños de una familia real necesitaban, ante todo, adquirir una disciplina que debería sostenerlos a lo largo de todas sus vidas. Y debían aprender los modales adecuados, y a respetar el protocolo, para mantener su dignidad siempre intacta, dentro y fuera de palacio.

—Señorita Barimer —le dijo, sin acritud, pero con justificada prevención—, ya le he preguntado una vez por qué lleva a cabo esta especie de cruzada. Me dijo entonces que carecía de interés, y me pidió que lo olvidáramos. Pero ahora esa cuestión me parece muy relevante para el trabajo que va a desempeñar aquí, así que le agradecería que me explicara por qué se siente tan afectada.

—No creo que le interese la historia de mi vida.

—Pues sí —contestó él, mirándola directamente a los ojos, y la vio tragar saliva, dudar, como decidiendo qué le iba a contar y qué no.

—De pequeña tuve mucha suerte con mi familia. Crecí con una gran seguridad. Siempre podía contar con mi madre y mi padre; estaban siempre dispuestos a escucharme, si tenía un conflicto, o a echarme una mano con los deberes —se ahogó un poco, e hizo una pausa para poder seguir—. Eso ha sido crucial en mi vida, y —acabó débilmente— me entristece enormemente que haya niños que no reciban esa atención y ese cariño.

Hans estaba seguro de que faltaban detalles en esa historia, pero no deseaba presionarla. Y, solo con oírla contar aquello, ya sentía el ridículo impulso de estrecharla en sus brazos, para consolarla. En lugar de eso, se estiró las bocamangas del traje.

—Ya veo. Muchas gracias por darme esas explicaciones. Ahora entiendo mejor sus sentimientos, pero creo que usted se dará cuenta de que puede haber otras… dinámicas familiares. No hay necesariamente una única forma de relacionarse entre padres e hijos —y, sin aguardar la respuesta de Annie, le preguntó—. Dígame, ¿qué sabe usted de protocolo?

La tomó por sorpresa, pero se rehizo enseguida y le contestó con gran aplomo. —Ni una palabra, señor.

—Pues tendrá que aprender. Greta podrá orientarla. Entienda que forma parte de sus obligaciones el colaborar en la enseñanza de un comportamiento correcto y gentil a las Princesas.

—Muy bien.

Esa respuesta lo animó. Tal vez se la pudiera persuadir para que desempeñara las obligaciones para las que se la había contratado, por muy terca y muy americana que fuese. Era evidente que había gozado de una buena educación, aunque quizá también de demasiada libertad. Procedía de una buena familia, según sus informes, y no le habían faltado ocasiones de participar en la vida social de la capital federal, puesto que muchas de las alumnas de Pendleton eran hijas de diplomáticos destinados en Washington, D.C., y ella era, como políglota, una de las relaciones públicas del colegio. Y, por poco acostumbrado que él estuviera, tenía que reconocer que un poco más de calidez en la relación con los niños de la mostrada por su difunta esposa, y antes por su difunta madre, no le parecían mal. Y, además, no tenía sentido seguir dándose razones a sí mismo. Estaba obligado a darle una oportunidad. Él había dado por buenas sus referencias, y la había hecho venir desde los Estados Unidos. Si fracasaba, le diría que se fuera, y en paz. Bueno, en paz, no, pero no iba a preocuparse de eso en aquel momento.

Capítulo 4

Concluida la entrevista con Hans… es decir, con el Príncipe Johann, vino Greta de nuevo para conducir a Annie a su habitación, la que ocuparía, si todo iba bien, durante el próximo año.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó Annie, tratando de sujetar mejor una de sus maletas, que cada vez le pesaban más. Apenas podía seguir el paso de Greta por los largos corredores.

—Las niñas están en su cuarto, y enseguida podrá verlas —se volvió hacia ella y le dijo, crítica y cariñosa a la vez—. Debería haber aceptado que alguien la ayudara con las maletas.

—No me daba cuenta del paseo que me esperaba. Esto debe de ser tan grande como Versalles.

—Ya hemos llegado —Greta se detuvo delante de una puerta decorada con molduras y lacada en blanco, que era exactamente igual que otras veinte a uno y otro lado del pasillo. Puso la mano en el picaporte de bronce y abrió, anunciando con un gesto teatral—. Su nueva residencia.

Annie echó un vistazo rápido al pasillo, tratando de calcular cuántas puertas habían recorrido, para poder rehacer el camino sola, pero renunció. Eran demasiadas. Debería haber llevado miguitas de pan, como Pulgarcito. Así que entró rápidamente, y tuvo que pararse igual de rápido, sobrecogida.

Greta sonrió.

Annie la miró un momento, y volvió a contemplar la habitación. Era impresionante. Las dimensiones, la decoración, la luz… Las paredes tenían más de seis metros de altura, y estaban cubiertas con un delicado papel de rayas en rosa y oro. Había un amplio ventanal, con mirador, que daba a las montañas. Los altísimos techos, decorados con escayola con adornos dorados, formaban una falsa

cúpula sobre el lecho, que era enorme, y estaba a su vez elevado sobre el nivel de la habitación, con un escalón a un lado para subir a él, y, naturalmente, cubierto por un espléndido dosel. Era el dormitorio que una lectora le hubiera podido imaginar a Alicia, y Annie sintió que acababa de instalarse en su propio País de las Maravillas.

—Allí, junto al escritorio, está su vestidor —le estaba indicando Greta—, y, atravesándolo, se llega a la habitación de las niñas. Y esta…

—Discúlpenme.

Las dos se volvieron, muy sorprendidas ante la voz grave que venía a interrumpirlas. Annie vio primero el asombro pintado en el rostro de Greta, antes de seguir la dirección de su mirada, y descubrir a Hans, plantado en el umbral. Lo primero que pensó fue que tampoco era para tanto.

—Gracias, Greta. Por ahora, es todo —el tono y el ligero cabezazo que acompañó a esas palabras no dejaban ninguna duda de que la estaba despidiendo.

—Sí, señor —Greta se marchó, echándoles un rápido vistazo al uno y a la otra, y dejando un denso silencio tras de sí.

—Parece —dijo al cabo de unos instantes Annie, tratando de hablar en un tono ligero— que la gente siempre anda a la carrera cuando está usted cerca.

—Pues no me parece verla corriendo —contestó él, en un tono aparentemente serio, aunque a ella le pareció notar un atisbo de sonrisa.

—¿Y debería? —y esta vez, al oírla, él sonrió francamente, causando una deliciosa opresión en el corazón de Annie.

—Pues ha tenido varias oportunidades —dijo, y luego atravesó sosegadamente la habitación, deteniéndose junto al mirador—, como, por ejemplo, al descubrir que iba a trabajar para mí —habló sin volverse hacia ella, de modo que Annie no podía determinar si a él le alegraba o no que no hubiera salido huyendo.

—¿Querría usted que me marchara? —le preguntó directamente, y esta vez él se volvió.

—No me habría sorprendido en absoluto que sintiera ese impulso —contestó, con una expresión inescrutable.

Desde luego, entre el tropel de sensaciones que experimentó al

descubrir a Hans sentado tras aquel escritorio, también había figurado el impulso de salir corriendo. Pero habían prevalecido otras, como la sorpresa, la curiosidad, y el puro alivio de haber vuelto a encontrarlo. Y deseaba quedarse a ver qué sucedería a continuación, cómo evolucionarían las cosas.

—Me he comprometido a desempeñar este puesto —dijo, tratando de hablar con profesionalidad—. No pienso dejarlo en la estacada con sus hijas. Yo no saldría huyendo de una responsabilidad así. Ni de una oportunidad así, dicho sea de paso.

Las miradas de ambos se encontraron por un perturbador y fugaz momento, y él volvió a atravesar la habitación, a grandes zancadas esta vez.

—Me alegro mucho de oír eso.

—Tengo un gran interés por este trabajo —siguió ella—. A pesar de nuestro… de nuestra presentación tan poco convencional, creo que trabajaremos muy bien juntos.

—No precisamente juntos —se erizó él—, pero me parece que la entiendo. —De acuerdo —contestó ella, enrojeciendo. Se produjo un silencio.

—A las niñas —acabó por decir ella— les beneficiará la diversidad de enfoques. —Eso espero.

—Mire, Hans, quiero decir, señor, le ruego que no tenga en cuenta la conversación del tren. Nunca me habría dirigido a usted con esa familiaridad, de haber sabido quién era.

—Entonces me alegro de que no lo supiera. Espero que conmigo y con las niñas sea usted misma, señorita Barimer.

—Por supuesto que lo seré. Ellas se darían cuenta enseguida, si… —se detuvo, sin acabar la frase, lo miró, y cambió de tema—. Tengo muchas ganas de conocerlas. Creo que Greta me ha dicho que están en la habitación contigua.

—Sí, en efecto —él parecía aliviado de haber encontrado otro tema, dio unos pasos más y abrió una puerta—. Besa, Marta, venid, por favor —llamó.

—¿Sí, padre? —se oyó, y, al momento, dos niñas vestidas con blusas blancas y pichis de cuadritos azules, iguales, aparecieron en el umbral.

Las dos tenían el cabello tan claro que parecía blanco, sujeto con cintas azules. Parecían una ilustración de un libro antiguo para

niños: preciosas y etéreas, aunque su ropa habría resultado un verdadero estorbo, si salieran a jugar al parque.

—¿Sí, padre? —dijeron de nuevo al unísono, en alemán, y él les contestó en el mismo idioma.

—Ha llegado vuestra nueva institutriz para enseñaros inglés. Esta es la señorita Barimer —e hizo un ademán hacia ella—, que se ocupará de vosotras, y con la que hablaremos todos a partir de ahora en inglés.

—Yes, Father.

—We will, Father.

Complacido de oírlas, Johann puso una mano sobre el hombro de la niña más alta.

—Señorita Barimer, esta es Marta —Annie vio que la niña tenía los ojos del mismo verde intenso que su padre.

—¿Cómo está usted, señorita? —la saludó, con una graciosa reverencia. —Annie, para vosotras —le contestó, sonriéndole.

—Será señorita Barimer para ellas —zanjó él. —Bien —lo miró sorprendida—, si es ese su deseo.

—Lo es —era evidente que no iba a tolerar ninguna oposición por su parte—. Deben tratar a sus mayores con respeto. No estamos en un campamento de verano.

—Entendido —dolida, Annie se volvió hacia la otra niña, y trató de sonreírle con la misma naturalidad, pero no era fácil, bajo la vigilancia de Hans. Se agachó para estar a la altura de la pequeña y le dijo—. Tú debes de ser Besa, entonces.

—Sí, señorita —Besa tenía los ojos azules como los de una muñeca, y al sonreír se le formaban hoyuelos.

Annie sonrió, y tuvo que contener al mismo tiempo un suspiro. Trabajar con aquellas niñas, si a eso se le podía llamar trabajo, iba a ser un placer. Ojalá se pudiera decir lo mismo del jefe. Se enderezó y miró a Hans directamente a los ojos. No pensaba dejarse intimidar por él.

—Me parece que nos vamos a llevar estupendamente, las niñas y yo.

—Con ello cuento —y, dándoles unas palmaditas a ambas en la cabeza, les dijo—: Espero que obedezcáis a la señorita Barimer —y, luego se dirigió a Annie—. Cenará usted con las niñas a las ocho de

la tarde en el comedor de la familia.

Ella no tenía ni idea de cómo llegar allí, pero prefería recorrer el palacio de punta a punta, antes que pedirle a él ayuda.

—Perfectamente. Hasta las ocho, entonces —las dos princesitas se miraron, sorprendidas al oírla.

—Nuestro padre no cena con nosotras —el tonillo de superioridad de Marta debía de ser contagio de su padre, porque era evidente que la niña no lo hacía a propósito.

—¿Ah, no?

—No, no. Él cena después de que nosotras nos hayamos acostado.

—¿Después de que os hayáis acostado? —Annie miraba a Hans, esperando su confirmación, y él alzó una ceja, al notar la expresión de ella.

—Espero que no tenga usted objeciones, señorita Barimer —y parecía dispuesto a marcharse, dando por concluidas las presentaciones.

—Señor —dijo Annie, y él se volvió de nuevo hacia ella. —¿Qué sucede? —se lo veía impaciente.

—Perdone, pero —miró a las niñas, y luego preguntó—, ¿podría hablar un momento con usted en el pasillo?

—Bien —suspiró él—. Niñas, volved a vuestra habitación. Enseguida irá la señorita Barimer a reunirse con vosotras.

Las niñas asintieron y se marcharon por donde habían venido.

—¿De qué quería hablar? —preguntó Hans en cuanto hubieron desaparecido, pero Annie fue a cerrar la puerta tras ellas, antes de dirigirse a él.

—Verá, la primera vez que nos vimos, me dijo que le interesaba mucho la educación que recibían en mi país los niños. Por eso me atrevo a hacerle esta observación, créame…

—Sí, bien, dígame de una vez qué pasa.

—Pues —Annie se puso roja, pero siguió adelante —sucede que, en los Estados Unidos, las familias comen juntas.

—Pues aquí no.

—Ya, entiendo la diferencia, pero, como usted expresó su interés por los métodos de mi país, esta es precisamente una cosa que no costaría demasiado cambiar, y que podría tener un efecto muy positivo en sus hijas. Quizá no sea algo de lo que tenga noticia, pero

en los Estados Unidos se han llevado a cabo estudios que han demostrado que los niños que se sientan a la mesa con toda la familia todos los días tienen mucha mejor salud y conducta que los niños que comen solos. Sacan mejores notas, hay menos riesgo de que prueben las drogas, y…

—Ni estamos en los Estados Unidos, señorita Barimer —la interrumpió él, con una expresión que debería haberle servido de advertencia—, ni entra dentro de mis planes que yo me someta a la influencia americana, en lugar de mis hijas.

—Bien, pero… —y, sorprendentemente, ella se detuvo, y, renunciando a expresar lo que fuera que iba a decir, prosiguió—. Muy bien, de acuerdo.

El se dijo que había ganado, y estuvo a punto de marcharse. Pero se quedó.

—¿Pero qué, señorita Barimer? —preguntó, con un nuevo suspiro— ¿Qué me iba a decir?

—Únicamente que me llevará un poco de tiempo darme cuenta de cuándo le interesa mi influencia, y cuándo no.

Hubo una larga pausa, durante la cual Annie veía claramente cómo Hans trataba de formular una respuesta a la vez firme y paciente.

—Trataré de ser lo más claro posible con usted —dijo, al fin, en un tono que pretendía ser concluyente.

—Créame, se lo ruego —se apresuró a contestar ella—, no pretendo discutir a cada paso. Quiero hacer bien mi trabajo con las niñas —de repente, Annie se dio cuenta de la soledad que se reflejaba en el hermoso rostro que tenía ante ella—. Quiero ayudarlo a usted.

Y él se quedó en suspenso un momento, sorprendido por una declaración tan ingenua. Qué romanticismo tan… exasperante, se dijo, y encantador. Pero, claro, qué se podía esperar de alguien tan joven.

—Le agradezco la intención, señorita Barimer —dijo, sonriendo levemente—, pero no creo que esté en su mano ayudarme —fue de nuevo hacia la puerta, la abrió, y volvió a mirarla—. La veré a las ocho en el comedor de la familia —dijo, y fue como si le hubiera abierto la puerta de la jaula a un pajarillo.

—¡Cuánto me alegro! Ya verá cómo no se arrepiente, de

verdad…

—Hasta las ocho, entonces —la interrumpió, con aspereza. De su mirada había desaparecido la simpatía, pero había estado allí, ella la había visto—. Sea puntual.

Naturalmente, Annie no fue puntual. No lo hizo a propósito, claro está, y, de hecho, salió de su cuarto cinco minutos antes de lo que calculaba sería preciso para llegar a tiempo. Cinco minutos para localizar el comedor de la familia. Si hubiera estado acompañando a las niñas, ellas la habrían guiado, pero la verdad era que sus obligaciones no empezaban oficialmente hasta el día siguiente. Ese primer día era para que se instalara y se fuera orientando. Y, después de veinte minutos recorriendo el palacio desesperadamente, desde luego que empezó a orientarse.

Al entrar por fin en el comedor, estaba sin aliento, y aún se la oía jadear más, porque todos estaban en absoluto silencio. Por fortuna, no había más que una silla libre. No podía equivocarse.

—Lo siento —dijo, mientras se sentaba—. He tenido algunas… complicaciones —no quería reconocer que se había perdido—, pero le aseguro que no volverá a suceder.

—Tal vez habría que hacer planos para los turistas —dijo Hans.

—No sé de qué me habla —contestó ella, sonriendo sin poderlo remediar.

—Ha dicho nuestro padre que se la oía ir y venir por los pasillos —explicó Besa, con muy buena voluntad, y una gran sonrisa—. Dijo que, si no llegaba pronto, alguien tendría que ir en su pesca.

—Busca —la corrigió Marta, que se dirigió luego a Annie—. Dijo que alguien tendría que ir a buscarla.

—Ya. ¿Y dijo quién iría? —preguntó a la niña, mirando al mismo tiempo por el rabillo del ojo a Hans.

—Habría ido encantado —contestó él. Era evidente que le estaba tomando el pelo, pero resultaba simpático.

—Los suelos y paredes del palacio son demasiado gruesos para que se oigan las pisadas —dijo Annie.

—Pues… —y él se encogió de hombros— habrá sido intuición.

Antes de que pudiera contestarle, se presentó una camarera con un carrito, que se detuvo junto a Hans, y le sirvió, sucesivamente, un tournedos, patatas soufflé y panaché de verduras. Siguió sirviendo a Marta y Besa, y, finalmente, a Annie. Pisándole los

talones llegó un somelier, que sirvió vino a los dos adultos. Las niñas bebían leche.

Annie probó una especie de salsa de nata con hierbas, que también le habían servido, y algo explotó en sus papilas gustativas. Con esto no había contado al pensar en las ventajas de vivir en Europa. Claro que tampoco contaba con cenar todas las noches en un palacio. Probablemente, se marcharía con ocho o diez kilos de más, pero, ¿y lo que iba a disfrutar con cada gramo ganado?

Cuando hubo tragado el primer bocado, dijo:

—Se me ha ocurrido que mañana podríamos ir las tres… Hans la contuvo primero con la mirada, y luego dijo: —Las Princesas no pueden salir de palacio sin autorización.

—Ya —a pesar de todo, Annie estaba sorprendida—. Hay que limitar su contacto con el mundo exterior.

—Las Princesas aparecen en público cuando conviene contar con su presencia —declaró Hans—. Pero no hay por qué exponerlas a riesgos inútiles.

Annie tuvo el buen sentido de callarse. Transcurridos unos minutos, miró a Marta y le preguntó:

—¿Qué estáis estudiando actualmente?

La niña se llevó la servilleta a los labios antes de contestarle: —Estudio la Revolución Francesa y a Napoleón Bonaparte. —Caramba. ¿Te gusta?

—Lo tengo que aprender.

—Y yo estudio las monas —quiso participar la pequeña Besa. —¿Las monas? —repitió Annie, desconcertada.

—Querrá decir los monos —dijo Hans, no muy convencido—. Estarán viendo la teoría de la evolución de las especies.

—Caray. Darwin, nada menos.

—No, padre. Lo que le está enseñando Frau Henson a Besa es el dinero, las divisas de los diferentes países. Lo único que sucede es que Besa se ha equivocado de palabra.

—No me he equivocado —dijo Besa—. Estoy aprendiendo las monas.

—Qué monas —la atajó su hermana—. Los monos no tienen nada que ver con el dinero.

—Ya veo —dijo Annie, viendo a Besa a punto de llorar—: la palabra que tú buscabas es «monedas». Sí, es una palabra parecida.

—¡Qué va a ser parecida! —exclamó Marta, fastidiada porque no se le reconociera su superior saber.

—Se parece lo suficiente para que el que está aprendiendo se confunda. Pero lo que me tiene impresionada, Marta, es lo mucho que sabes tú.

—Hemos tenido muchas profesoras, antes de usted —contestó Marta, y Annie sintió que se le oprimía el corazón.

Hans dejó un momento los cubiertos.

—Señorita Barimer, dejemos la conversación para otro momento, cuando no estemos a la mesa, ¿le parece?

—Sí, por supuesto —se calló un momento, y luego preguntó—. Perdone, pero me gustaría que me aclarase una cuestión. ¿No habla mientras está a la mesa?

—Normalmente, no.

—Normalmente, come solo, así que sería un poco raro que hablase —dijo Annie, tratando de entender la situación—. Me refería a cuando está con otras personas.

—Señorita Barimer —Hans le echó una mirada que la hizo, a su vez, echar de menos el abrigo—, estamos aquí para cenar. Me permito sugerirle que cene.

No tenía nada de sutil, pero Annie agradeció la indicación. Le hacía falta entender cuanto antes cómo se hacían allí las cosas. La verdad era que llevaba ya tantos errores cometidos, antes de empezar oficialmente en su puesto, que no tendría nada de sorprendente que la despidieran al día siguiente.

Estaba a punto de dar la medianoche, y Hans seguía en su despacho, revisando papeles con los que debería haber terminado hacía horas. Le estaba costando mucho concentrarse, desde que había descubierto que Anastasia Barimer era Annie. Estaba casi seguro de que las cosas no iban a funcionar como se esperaba al contratarla, pero

tampoco podía ponerla en la calle, con un solo día de estancia en palacio. Creía conocerla lo suficiente para estar seguro de que su orgullo le impediría aceptar ninguna indemnización. No le quedaba más remedio que tener un poco de paciencia.

Dejó caer el mazo de papeles que tenía en la mano y se puso en pie. Había sido un día muy largo, y el siguiente iba a ser parecido, y el otro, y… Más valía no mirar más allá de esa noche. De momento,

iba a tomarse un café. Salió al pasillo en el preciso instante en que un reloj de cuco daba la hora. Frunció el ceño y se dijo que uno de esos días tenía que hacerlo desaparecer, porque a veces lo sobresaltaba.

Se detuvo en seco. «¿Es eso lo que hago?», se preguntó. ¿Quitarse de encima todo lo que le pudiera alterar, aunque se tratara de cosas valiosas? Lo pensó un momento y se dijo que no, que por supuesto no era tan insensible.

Mientras seguía su marcha hacia las cocinas, volvió a decirse que estaría plenamente justificado en librarse de cualquier estorbo que le impidiera concentrarse en sus altos deberes de Estado, fuera un reloj de cuco, o… o cualquier otra cosa. Eso era lo que le había venido a decir Leo esa tarde, y sin saber nada todavía de sus dificultades con Annie. Viendo únicamente el lamentable efecto que producía sobre su capacidad de concentración, Leo había recomendado, con insistencia, que se la despidiera inmediatamente.

Pero él no estaba preparado para dar ese paso todavía. A fin de cuentas, la incompatibilidad, si era tal, provenía del hecho de pertenecer a un país distinto, a otra cultura, y él había expresado interés por esa cultura. Claro que lo que él buscaba para sus hijas era la actitud, tan prevalente entre los ciudadanos de Estados Unidos, de que todo estaba en sus manos, de que cada uno de ellos podía contribuir a cambiar el mundo, a volverlo mejor. Tendría que explicárselo a Annie. El problema era, en gran medida, culpa de él.

Sintiéndose algo irritado consigo mismo, empujó vigorosamente la puerta batiente de la cocina, pero esta no se abrió más que a medias, porque tropezó con algo sólido, y se oyó un «ay» ahogado. Hans abrió la puerta en el otro sentido y se encontró con Annie, mirándolo un poco amedrentada.

—Lo siento muchísimo —le dijo, inmediatamente, y la tomó de un codo, para conducirla hacia una silla, pero ella solo dio unos pasos antes de soltarse.

—No me pasa nada. No ha sido más que el golpe —se ruborizó un poco al hablar—. Pasaba justo delante de la puerta cuando la empujó, y la he parado… con el pie —y se señaló una zapatilla acolchada.

—¿El pie?

—Bueno… y también la cadera —confesó ella, y trató de

quitarle hierro, añadiendo—. Afortunadamente, una y otro están bien mullidos.

Y él miró hacia sus caderas. Llevaba la bata sin abrochar sobre el camisón, así que su figura podía entreverse, o, más bien, adivinarse. Y, desde luego, no estaba ni demasiado mullida, ni lo contrario. Tenía unas proporciones… perfectas, esa era la palabra. Bien entendido, esto no era más que una observación personal, pero objetiva. Levantó la vista hacia su rostro y le preguntó:

—¿Seguro que está bien? ¡Condenada torpeza, la mía!

—Sí, seguro. Quiero decir, que estoy bien —mientras hablaba, se había cerrado la bata. Pero se la veía demudada, y él se estremeció al pensar en que podía haberle hecho daño de verdad.

—Entonces, le ruego que me perdone.

—Por supuesto. Ya sé que no pretendía liquidarme.

—¿Liquidarla? —no estaba seguro de haber oído esa expresión antes. —Ya sabe, librarse de mí —dijo ella, con una sonrisa.

—Ah, ya. No, claro que no —y se quedaron en pie, el uno frente al otro, en la cocina iluminada únicamente por el resplandor de la nieve, que entraba a raudales por los enormes ventanales. Hasta Hans se daba cuenta de que un momento así habría estado lleno de magia y romanticismo, si las circunstancias hubieran sido otras. Tratando de cambiar la atmósfera, dijo—. Si le apetece, voy a preparar café —y dio unos pasos hacia uno de los frigoríficos.

Pero ella trató de detenerlo, extendiendo un brazo.

—No, se lo ruego, no se moleste… —y, al hacerlo, volvió a abrírsele la bata. Él miró, y luego apartó la vista, por delicadeza. No se trataba de lo que quedaba expuesto, sino de lo que lo expuesto sugería a la imaginación, que era mucho peor.

—¡Oh! —la oyó volverse a atar el cinturón, al darse cuenta de lo sucedido. Cuando la volvió a mirar, estaba sonrojada y confusa—. Lo siento.

—¿Qué me dice del café?

—No, de verdad que no quiero que se moleste.

—Pero si no es ninguna molestia. Yo venía a hacerme uno. O a intentarlo —de repente, lo que más le apetecía en el mundo era abrir la puerta del frigorífico y sentir el frío sobre su cara, un buen rato—. Puedo hacerlo descafeinado, si lo prefiere — vaya tontería que le estaba proponiendo. Ella no quería tomar café, y él había

venido a la cocina, expresamente, a tomar una dosis de cafeína, para seguir trabajando—. O preparar dos cafeteras —concluyó, enfadado consigo mismo por anteponer las preferencias de Annie a las del Jefe del Estado.

—Verá…

—Es decir, siempre que no prefiera volverse a su habitación —no quería que se fuera, y ella dudó, lo miró a él, consultó el reloj, volvió a mirarlo.

—Verá, me gustaría… me gustaría mucho quedarme, pero tengo que acostarme. Las niñas tienen que estar vestidas y desayunadas a las ocho —y, con una sonrisa—. No me gustaría empezar con mal pie.

Oírla era un alivio a su inquietud. Por lo menos, quería hacer su trabajo, y quería hacerlo bien.

—De acuerdo —le dijo, pero ella no se marchaba. —Antes de irme, quizá podría echarle una mano.

—¿Echarme una mano? —preguntó, sorprendido, dejando caer la tapa que había estado sosteniendo todo ese tiempo. Ella sonrió. Tenía una sonrisa maravillosa. Le haría falta sonreír así, para apaciguar a los que antes había sacado de quicio.

—Con el café.

—Ah. no. muchas gracias, no me hace falta.

—Pero… —dijo ella, señalando lo que él llevaba en la mano—, ¿qué va a hacer con eso?

Él miró lo que tenía en la mano. Era una bolsa de verdura congelada. No había estado con la puerta de un frigorífico abierta, sino con la tapa de un arcón levantada, y esto es lo que había sacado, al cerrarla. Se rió sin convicción.

—Un tentempié de medianoche. —Ah.

—¿No quiere quedarse a compartirlo?

—No, gracias —Annie se ajustó más la bata—. Quizá en otra ocasión.

Y él asintió, aunque seguramente no era muy buena idea. No debía surgir tal ocasión, si la famosa y necesaria reserva entre patrono y empleado iba a mantenerse en su sitio.

—En otra ocasión.

Capítulo 5

—¿Celebramos algo hoy? —preguntó Annie, al oler el delicioso aroma del café que le estaba sirviendo Margaret, después de ponerle un bombón en la taza. Volvían a estar las tres sentadas a la mesa en el elegante comedor de la familia, sin Hans esta vez, y sobre la mesa de caoba había fuentes con bollos recién hechos, ensaladas de fruta, yogures, nata, y mermeladas de todo tipo.

—No que yo sepa —le contestó Margaret—. ¿Por qué?

—Pues por todo esto —Annie señaló todas las delicias que la rodeaban—. Este desayuno tan estupendo.

—Ah, que no solías desayunar así en el colegio —Margaret se rió de buena gana—. Pues aquí sí que se desayuna así. Todos los días.

—Pesaré una tonelada cuando termine mi contrato —profetizó Annie, sirviéndose tranquilamente crema hasta dejar el café de un beis clarito—. Y lo malo es que estaré feliz como una lombriz.

—¿Feliz como una lombriz? —Besa, que las estaba escuchando atentamente, repitió esas palabras muy asombrada.

—No es más que una forma de hablar. Una frase hecha —explicó Annie, sonriéndole—, que pretende ser graciosa. Una amiga mía decía, además, «en la punta de tu nariz».

Las dos niñas la miraron consternadas.

—No me gustaría nada tener un gusano en la nariz —declaró Marta, rascándose.

—A mí tampoco.

Annie vio que iba a ser un poco difícil acostumbrarse a hablar con unas personitas que se tomaban todo lo que salía de su boca al pie de la letra.

—Bueno, la imagen es un poco absurda. Pero lo que cuenta es la rima. Y la gente lo dice cuando está contenta. Muy, muy contenta.

—Feliz como una lombriz —repitió Marta, como probando la frase, y miró de reojo a Besa—. No está mal. Me gusta.

—A mí también me gusta —le gritó en alemán su hermana pequeña—. Es solo que no la entendía, al principio…

—Niñas —dijo Annie, con firmeza. Las dos cesaron y la miraron —. Tengo que dejar clara una cosa con las dos. Nadie se va a burlar de nadie por no entender o no saber algo. Las dos podéis y debéis preguntar todo lo que queráis, en cualquier momento. Es la única manera de aprender.

—Muy bien.

—Sí, señorita Barimer.

Complacida, Annie cambió inmediatamente de tema.

—Hoy vamos a leer la historia de Frances Willman, la joven campesina que ayudó a un soldado herido, durante la Primera Guerra Mundial, y detuvo la batalla de Lassberg por un día. ¿La conocéis?

—Nuestro padre dice que esa historia es medio inventada, y que, en todo caso, sería una estupidez que la chica saliera en un momento tan peligroso. Muchos hombres podrían haber muerto por culpa suya.

Annie se contuvo.

—Quizás, pero también es cierto que le salvó la vida a otro ser humano, arriesgando la suya. Eso la convierte en una heroína.

—Ha dicho antes que era una campesina —dijo Besa. —Se puede ser las dos cosas —le explicó Marta.

—Ah —Besa seguía sin entender bien, y le preguntó a Annie—. ¿Qué es «campesina»?

—Es una palabra un poco anticuada… Quiere decir que en la familia de la chica trabajaban todos, y que vivían en el pueblo. Que no tenían títulos nobiliarios, ni una posición social —las niñas seguían mirándola, confusas—. O sea, que no eran princesas, como Marta y tú.

—A mí también me gustaría no ser princesa —dijo entonces Marta, y ni siquiera lo dijo con rebeldía, sino con una resignación que hacía daño oír en su vocecita de diez años.

—¿Por qué, Marta? —a Annie la impresionaron sus palabras.

—Porque no nos dejan jugar con los demás niños, ni hacer nada de lo que hacen otros niños. Los he visto en la televisión —explicó,

y luego, después de una pausa y un suspiro—. Es por nuestro propio bien.

—¿Y qué es lo que te gustaría hacer, si te dejaran?

Marta estuvo un rato reflexionando, como si Annie fuera el genio de la lámpara, y fuera a concederle un único deseo.

—Creo que me gustaría ir al colegio, con otros niños de mi edad.

—¡Y a mí me gustaría comer helados en el parque! —intervino Besa, excitada, antes de que Annie pudiera contestar a su hermana.

—Dudo que pueda hacer algo con respecto a vuestras clases —les dijo, con una sonrisa—, pero quizá podamos algún día pasar un rato en el parque —o hacer cualquier otra excursión que las sacara de los confines del palacio, para que pudieran correr como dos niñas normales, se dijo, y recordó entonces la estatua de la pequeña campesina. Era un pretexto ideal para salir por Lassberg.

Y pasó el resto del desayuno pensando en cómo convencer a Hans para que lo autorizara.

—Me gustaría ver a Su Alteza unos minutos —le pedía Annie a Greta veinte minutos más tarde.

—¿Hay algún problema?

—No, va todo bien, pero quería consultarlo para sacar a las niñas de excursión.

—Ah, ya —Greta estaba examinando las dos páginas siguientes de la agenda que tenía sobre su mesa—. Quizá pueda recibirla esta tarde a las tres —y tomó la pluma, dispuesta a anotar la audiencia de Annie.

Pero Annie estaba desconcertada. No esperaba tener que pedir hora para poder hablar con Hans de sus hijas. Claro que, en realidad, no esperaba nada de lo que la rodeaba.

—¿No habría manera de que pudiese hablar con él un par de minutos, ahora? —preguntó—. Lo siento mucho, de verdad, pero lo considero importante, y sería cosa de un momento.

—Me disculpo por estos inconvenientes —le dijo Greta, sonriendo con paciencia—, pero Su Alteza está ocupado, y ha pedido que no se lo interrumpa.

—Señorita Barimer, supongo —dijo una voz profunda y autoritaria, justo detrás de Annie, que, sobresaltada, giró en redondo y quedó frente a un caballero corpulento, de cabello plateado, que entró en el despacho de Greta—. ¿Algo va mal?

—Señorita Barimer, le presento a Leo Kolbort, Primer Consejero del Príncipe — explicó Greta, con su suave cordialidad, pero dejándole muy claro a Annie que el consejero era de armas tomar, y ella reaccionó adecuadamente.

—Va todo muy bien, señor Kolbort. Lo único que sucede es que necesitaba consultar un momento al Príncipe Johann.

—Creo haberle entendido a Greta que Su Alteza estaba ocupado.

La sequedad con la que Leo se dirigía a ella era desconcertante. Annie se sentía como una niña regañada por el director del colegio.

—Muchas gracias, yo también la he oído, pero esto es importante —y se volvió de nuevo hacia Greta, pero Leo no la iba a dejar así como así.

—Su Alteza no tiene tiempo de supervisar cada paso que usted dé, señorita Barimer. Si se la ha contratado —prosiguió, con su voz campanuda—, es precisamente para que él pueda atender los negocios de estado, sin interrupciones continuas para ocuparse de sus hijas. Y, como es responsabilidad mía facilitar que Su Alteza pueda ejercer sus altas funciones, le sugiero que, en el futuro, caso de que no le baste con el sentido común para decidir por usted misma, me consulte a mí, en lugar de a él. Y, ahora —hizo una pausa dramática—, ¿qué es lo que desea saber?

Pensar en tener que ver a ese individuo cada vez que quisiera consultar algo sobre las niñas era como para echarse a temblar.

—Con el debido respeto, a mí Su Alteza no me ha dicho nada de que lo consulte a usted.

—Señorita Barimer —el consejero estaba rojo como un tomate —, soy el principal asesor del Príncipe Johann, y estoy más que facultado para ocuparme de los pequeños inconvenientes que puedan interrumpirlo en su…

—¿Qué está sucediendo aquí? —la pregunta de Hans cortó la tensión reinante como un cuchillo.

Annie se volvió hacia la puerta de su despacho y lo vio en el umbral, alto, dominando la situación, mirándolos a los tres. Pero su presencia no le resultaba intimidatoria, sino que, al revés, suponía un gran alivio.

—Alteza, necesitaba hablar un momento con usted, y el sargento mayor me ha dicho que no podía…

—Consejero Kolbort —saltó Leo.

—Ha tenido la bondad de recomendarme —Annie habría jurado que Hans sonreía— que me sirviera del sentido común, para decidir por mí misma, y he pensado hacer exactamente eso —sonrió amablemente a Leo—. Es un excelente consejo.

—Entonces, ¿no hay ningún conflicto? —No, ninguno.

Con el ceño aún fruncido, Hans miró a Leo. —¿Y puedo volver al trabajo?

—Por supuesto, señor. Le presento mis más humildes disculpas por la interrupción.

Vaya cambio de tono, el del consejero. Annie estaba pasmada. Greta hizo un discreto ruidito.

—Alteza, tiene una vídeo conferencia dentro de cinco minutos. ¿Empiezo a llamar a los participantes?

Annie sintió una punzada en el corazón al ver la sonrisa franca y luminosa que Hans le dirigía al responderla.

—Muy bien, Greta —ojalá la sonriera así a ella, aunque, también, después de mirar a Leo, su mirada se detuvo un largo momento en Annie—. Si me disculpa…

—Por supuesto —dijo Annie—. Siento haberlo molestado.

Él saludó con una breve inclinación de cabeza, pero esta vez no quedó duda alguna de que una de sus comisuras, por lo menos, se levantó.

Annie no estaba dispuesta a retirarse a toda prisa, como un perrillo que se asusta cuando no está su amo para defenderlo. Volvió a dirigirse a Greta.

—Necesitaría otra cosa. Un ordenador con acceso a Internet.

—Desde luego —respondió la secretaria, como lo más natural del mundo, y le preguntó qué cuenta tenía, y qué navegadores prefería.

Una y otra siguieron hablando, haciendo caso omiso de Leo, que siguió allí todo el tiempo, sin perder de vista a Annie, como si le resultara sumamente sospechosa.

—No tardaré en conseguírselo —dijo Greta, una vez hubo tomado nota de las preferencias de Annie—, y lo haré instalar en su habitación, si le parece bien.

—Perfecto. Muchas gracias —y, con algo más de confianza en sí misma, aunque aún intimidada por Herr Kolbort, Annie salió y se alejó rápidamente. Por lo menos, si le daba un infarto, como parecía

inminente por la taquicardia que tenía, que le diera fuera de la vista de aquel ogro.

—¿Está segura de que nos dejan salir? —preguntó Besa, muy preocupada, cuando habían recorrido la mitad de la colina en la que se alzaba el palacio.

—No incordies —le dijo Marta, dándole un golpecito en la espalda de la trenca—. Es la primera vez que conseguimos salir sin llevar pegados a esos condenados guardias.

Annie sonrió al oír la palabra «condenados» en labios de la niña. La había aprendido de su padre, pero, desde luego, esta vez estaba bien aplicada. Hasta Annie estaba harta de la continua presencia de los guardias en el palacio y los jardines, aunque también sintiera cierta palpitación al alejarse de su mirada. No era que se escondiesen. Sencillamente, habían salido por la puerta de la cocina, en lugar de las puertas delanteras del palacio. Era más rápido.

Bajaron la colina por un camino mantenido en perfecto estado, charlando y riendo. El aire fresco de las montañas nevadas les avivó las caras, y, para cuando llegaron a las primeras casas de la pequeña ciudad, Annie se sentía más llena de vida que nunca antes.

—¿Podemos dar este paseo todos los días? —preguntó Marta, columpiándose en una farola.

—No, todos los días, no —dijo Annie—, pero os prometo que haremos muchas cosas divertidas.

—¡Mirad! —la pequeña Besa daba saltitos, señalando con el dedo la estatua que acababa de descubrir— ¡ Esa debe de ser Frances Willman!

—Sí —confirmó Annie—. Esta es la plaza. Vamos a verla más de cerca —tomó a las dos niñas de la mano y cruzó la calle. La estatua era magnífica, de bronce y de tamaño natural. En la base había una plaquita que decía La niña de la paz.

Se sentaron en un banco de la plaza y Annie sacó el libro y empezó a leer la historia, mientras sus pupilas la escuchaban con gran atención. Tan absorta estaba también Annie, que, hasta que no cerró el libro, no notó la gran afluencia de personas que habían ido llenando la plaza, y las miraban, susurrando entre sí. Estaba guardando el libro en el bolso cuando vio a dos gigantescos policías que se le acercaban.

—¿Qué está usted haciendo con Sus Altezas Reales? —preguntó uno ásperamente, en alemán— ¿Quién es usted?

Y su compañero puso un brazo en los hombros de cada una de las niñas, apartándolas de ella.

—¿Qué pasa, señorita Barimer? —preguntó Besa, asustada.

—No pasa nada, cariño —le contestó Annie, y se dirigió luego en alemán al policía—. Me llamo Anastasia Barimer, y soy la institutriz de las niñas. Hemos venido a la ciudad para hacer una… —buscó un momento la palabra alemana— visita cultural. Para aprender la historia de Lassberg.

El gigantón puso cara de mayor desconfianza todavía, si eso era posible. —Nadie de palacio nos ha prevenido.

Y, al oírlo, Annie se dio cuenta de la grandísima equivocación que había sido el marcharse por las buenas del palacio, sin advertir a nadie. Menudo sentido común el suyo.

—No me he dado cuenta de que era necesario advertirles a ustedes —empezó a explicarse—. Verá, acabo de empezar en este puesto; y, cuando llegué aquí, ni siquiera sabía que era para la Casa Real, así que tengo mucho que aprender —estaba dando demasiados detalles—. Pero la próxima vez les aseguro que se lo notificaré antes de salir de palacio.

—La secretaria se encarga siempre de avisarnos, cuando la familia real sale por cualquier motivo autorizado.

Annie procuró mantener la calma y la sonrisa. Los agentes estaban cumpliendo con su obligación, y el embrollo terminaría en cuanto estuvieran seguros de que ella era quien decía ser.

—Ah, sí, por supuesto, la secretaria de palacio. Y yo debería haberla advertido, antes de salir, pero, la verdad, no se me ocurrió —probó suerte esta vez con el otro policía, el que estaba con Marta y Besa—. Si la telefonean, seguro que ella les confirmará quién soy, y que estoy autorizada a tener a las niñas conmigo —estaba segura de que Greta la respaldaría.

Él miró a su compañero, le dijo algo, y sacó una radio. Habló con su central y les pidió a ellos que llamaran a palacio. En la central les dijeron que esperasen.

—Siento mucho que paséis este mal rato —les dijo Annie a las niñas—. La próxima vez, seré más cuidadosa.

—Estoy harta de los guardias —dijo Besa, tratando de soltarse

del policía—. ¡Creía que les habíamos dado esquinazo!

—Besa —contestó Annie, poniéndose roja—, no nos hemos escapado. Qué van a pensar estos señores.

—¿Nos hemos metido en un lío? —preguntó Marta, muy pálida.

—No, claro que no. Greta, quiero decir, Frau Entemain, aclarará este malentendido, y nos podremos ir todas a casa.

La radio dio unos chasquidos, y el policía contestó. Habló menos de un minuto, y luego cortó la comunicación y la guardó.

—¿Ya podemos irnos? —le preguntó Annie, pero él negó con la cabeza. —Me temo que no.

—Oiga, no quiero discutir con usted. Ya veo que está tratando de cumplir con su deber, pero me parece que lo que hace es una detención ilegal. Yo podría presentar una denuncia por esta… —miró en torno suyo a la gente congregada— esta humillación pública.

—No puede usted denunciar a la policía, señorita. Esto no es como Estados Unidos.

—Entonces —exclamó, perdiendo la cabeza—, el Príncipe Johann les dará su merecido. Se pondrá furioso cuando se entere de lo que están haciendo, y del trago por el que están haciendo pasar a sus hijas.

Pero él no le hizo ningún caso, sino que sacó algo del bolsillo, algo que Annie vio, horrorizada, era un par de esposas. Alguien disparó un flash.

—Llévate a las niñas a la central —dijo el policía a su compañero—. Va a venir alguien a recogerlas.

—¡Un momento! ¿Con quién han hablado ustedes? —Annie ya había captado que, con amenazas, no iba a ninguna parte— Creía que llamaban a la secretaria, Greta Entemain.

—Hemos hablado con alguien responsable —contestó vagamente el policía, mientras le plantaba los grilletes—. Herr Kolbort parecía muy preocupado.

—¿Herr Kolbort? —era como si le hubieran dado a Annie un puñetazo en el estómago.

—Sí —y el policía repitió, muy despacio—. Nos ha dicho que las princesas no estaban autorizadas en absoluto para abandonar el recinto del palacio.

Aquello era increíble.

—No, no, deben de haberlo entendido ustedes mal. Pero el policía la miró fríamente.

—No hubo ningún malentendido —dijo, y empezó a recitar una parrafada, que debía de ser la versión alpina de los derechos que asisten a los detenidos.

—¿Pero esto qué es? —lo interrumpió, y él se detuvo y se puso aún más serio. Debía de pensar que estaba rindiendo un gran servicio a su país y al Príncipe Johann.

—Esto, señorita, es una detención. Está usted detenida por secuestro de Sus Altezas Reales.

Capítulo 6

La celda de la comisaría central de aquella pintoresca ciudad resultó ser un auténtico calabozo de época, con gruesos muros de piedra ennegrecida por el paso del tiempo, y un pequeño ventanuco, a gran altura en la pared, por el que apenas penetraba un poco de luz. Contenía un duro catre, y absolutamente nada más. Ningún sonido llegaba hasta allí, ni se veía nada más allá de los barrotes que formaban la puerta de la prisión.

Quizá debería empezar a preocuparse de lo que la esperaba, porque, si del consejero Kolbort dependía, que había dejado que la arrestaran por secuestro, ¿qué cabía esperar? Pero la preocupaba aún más la situación de Besa y Marta. No hacía más que dar vueltas por la celda, pasando la mano por los barrotes. Estaba segura de que ya estarían a salvo de vuelta en el palacio, pero no sabía si les darían las explicaciones adecuadas para superar el miedo y la confusión, que, de otro modo, durarían mucho más que el impacto momentáneo del incidente. La excursión que les había prometido se había convertido en una pesadilla. Ojalá no sirviera para encerrarlas más todavía en la vida tan apartada que llevaban, pero, si eso sucedía, sería algo que Annie no podría perdonarle al señor Kolbort. Ni a sí misma. ¿Cómo no se había parado a reflexionar? Después de todo, se trataba de la familia real de ese país. Sí, eran niñas, necesitaban jugar. Pero también eran herederas de un trono. No podían llevar la misma vida que unas niñas corrientes.

Por fin se detuvo y se sentó en el catre. Apoyó la espalda en la pared, y se clavó el filo de una piedra. Trató de esquivarlo y acomodarse, pero no había acomodo posible, así que se dejó caer en el jergón. Se preguntó si debería recurrir a la embajada de su país.

El día debía de haberla dejado más agotada de lo que suponía,

porque lo siguiente que pasó por su conciencia fue que la luz del ventanuco había desaparecido y que estaban abriendo una puerta con gran estrépito.

Se incorporó de inmediato, tratando de orientarse en la oscuridad casi absoluta.

Por fin, se abrió la puerta y entró algo de luz. Con ella entraba Hans, seguido por varios policías, no, guardias del palacio. Contaba con su cólera, pero su corazón se alegró sinceramente de verlo. Veía el gesto inflexible de Hans, pero era infinitamente preferible afrontar su ira, y hasta que la expulsara de su lado, antes que seguir en aquel calabozo olvidado.

—Dígame, ese contacto con el mundo exterior que usted preconizaba para mis hijas —empezó él, regodeándose en la situación—, ¿incluía expresamente la cárcel, o se trata de una ampliación imprevista de su programa?

Las pocas fuerzas que pudieran quedarle a Annie la abandonaron.

—No sabe cómo lo siento —le dijo, avergonzada porque estaba a punto de echarse a llorar—. Todo ha sido un enorme y espantoso malentendido. Estoy desolada.

—Creía haberle dejado claro —dijo él, impasible—que las niñas no debían salir de casa.

—Verá —le contestó, sorbiendo por la nariz—, se trataba de una visita educativa.

—Para la que no había solicitado usted autorización. —Fui a su despacho esta mañana para pedírsela.

—Pero —dijo él, poniendo gesto de escepticismo—, como comprendió que no se la daría, se marchó sin hablarme de ello.

—No —dijo ella, en voz baja, pero con firmeza—. No fue así en absoluto. Herr Kolbort me prohibió que hablara con usted. Me dijo que se me había contratado para que el Príncipe no sufriera interrupciones. Me dijo que empleara el sentido común para decidir por mí misma, y que no le hiciera perder el tiempo con minucias.

—Pues vaya con las minucias —replicó él, señalando los barrotes.

—No, han resultado no serlo —Annie suspiró al decirlo—. Como es lógico, yo no pensaba hacerme detener, para que las niñas pasaran una tarde en comisaría. Debería haber sido, sencillamente,

una excursión. Un paseo educativo.

—Lo que fue es un flagrante incumplimiento de lo que yo le había indicado.

—No es cierto —refutó Annie, apartándose de los barrotes—. El señor Kolbort me dijo que decidiera por mí misma. Y, ya que hablamos de él —más valía pasar a la ofensiva, en lugar de seguir a la defensiva—, ¿se puede saber por qué le dijo a la policía que no me conocía, cuando ellos le preguntaron?

—Me ha dicho que, sencillamente, no le sonaba su nombre. Que no lo relacionaba con las niñas.

—Pues a mí me cuesta creerlo, y más después de nuestro intercambio de opiniones de esta misma mañana —después de esto hubo un largo silencio, durante el cual Annie empezó a tener esperanzas de que Hans estuviera ablandándose, pero lo que finalmente hizo él fue dar unos pasos hacia la puerta por la que había entrado.

—Están acabando con el papeleo —le dijo, indicando esa puerta, y, cabía suponer, a los policías que habría más allá de la misma—, y no tardará en venir alguien con la llave.

—Qué bien. Otro silencio.

—Espero que, de ahora en adelante, se atenga a las normas —remachó él, en un tono seco.

—Le prometo —tenía que formular su compromiso con cuidado, porque no pensaba obligarse a cumplir normas que le parecía que atentaban contra el bienestar de las niñas— que no haré nada que pueda poner en peligro a las niñas. Ha sido una estupidez por mi parte sacarlas sin que nadie supiera que salíamos. Sencillamente, no he pensado en las consecuencias, pero le ruego que me crea si le digo que he aprendido la lección.

—Eso espero.

Por fin había llegado un agente con la llave. Abrió la puerta, y Annie estuvo a punto de salir corriendo. Jamás había visto tan de cerca qué podía significar la privación de libertad. Impulsivamente, se acercó a Hans y le dio un abrazo.

—Muchas gracias por venir a rescatarme —él se quedó un momento envarado, pero enseguida le devolvió el abrazo, momento en el que un cálido estremecimiento recorrió a Annie de pies a cabeza.

—Hablar de «rescate» es un poco exagerado —le contestó, y ella se apartó finalmente.

—No, no lo es. Estoy segura de que, de no venir en persona, me habría pasado aquí bastante tiempo. La verdad, creo que, si llega a dejarlo en manos de Leo, una semanita encerrada no me la quita nadie.

—Menos mal que no lo he dejado en manos de Leo, entonces —contestó él, y lo hizo reflexivamente—. Lo tendré en cuenta, para el futuro.

Annie estaba resultando ser un desastre. Peor aún de lo que él se temía. No contenta con desobedecerlo, con poner en peligro a sus hijas, con engañar a la totalidad del personal de palacio, escabullándose con las niñas, había osado abrazarlo.

Al recordarlo, el Príncipe Johann dio un golpe con el puño en su escritorio y se puso en pie. Estaba solo en su despacho y no había nadie en las oficinas próximas. Era ya muy tarde, y tampoco conseguía concentrarse en el trabajo, pero como la alternativa a seguir allí era ir a cenar con Annie y con sus hijas, prefería seguir en su despacho. No deseaba verla en ese momento. Era demasiado irritante. Y demasiado atractiva.

Dio unos pasos y se acercó a la ventana. Caía una ligera nevada, y se asomó, para cambiar al menos de perspectiva. La nieve siempre lo había atraído, desde que era pequeño y la veía caer afuera, mientras estudiaba sus lecciones. Jamás lo dejaban salir cuando nevaba, y a él no se le ocurría discutir las órdenes que recibía. Era el único niño en un palacio lleno de personas mayores, llenas a su vez de planes para él. Su infancia había sido muy solitaria, pero estaba acostumbrado a eso. Lo único que siempre había echado de menos era salir a jugar con la nieve. Entreabrió la ventana y respiró el aire frío, llenándose de energía. Estaba a punto de volverse al escritorio cuando oyó un chillido que venía de abajo, del parque.

—¡Toma! —no cabía duda de que era la voz de Marta, y estaba llena de rabia y urgencia.

Volvió a asomarse y vio, a lo lejos, a Besa que corría y tropezaba, o era empujada, y caía hacia delante, desapareciendo de su vista, tapada por la esquina del palacio.

—¡Nooo! —oyó gritar a la pequeña, y, sin que mediara participación consciente de su cerebro, los músculos de Hans se

pusieron en marcha. Salió corriendo hacia donde sus hijas estaban siendo atacadas.

Ni se le ocurrió pedir ayuda. Ya estaba en la planta baja antes de haber reflexionado, y lo único que se le ocurrió entonces, mientras oía el estruendo de algo que se hacía añicos a sus espaldas, sin molestarse en mirar qué era, fue que esta vez sí que se iba a enterar la americana de quién era él, por no pedir auxilio para las niñas. ¿O es que no estaba con ellas?

Al pisar la nieve, se detuvo en seco. Annie estaba allí. Estaba quitándose nieve del pelo, aunque tenía el abrigo todo salpicado de ella. Y se estaba riendo a carcajadas.

—¡Ahí va eso! —gritó en ese momento Marta, y la adrenalina volvió a dispararse dentro de Hans, pero, al mirar a las niñas, su impulso de protección sufrió un cortocircuito. No había miedo en sus caras, como él esperaba y temía. Había algo todavía menos frecuente en ellas.

Alegría. Pura alegría en sus rostros y voces. Se reían con una risa incontenible, mientras corrían recogiendo nieve, y formaban bolas con ella, y se las arrojaban unas a otras, tratando de esquivar las que les tiraban, y celebrando a grandes gritos cada vez que acertaban de lleno.

Y después las vio correr juntas hacia un enorme montón de nieve virgen. Se pusieron de espaldas y se dejaron caer a la vez sobre él, moviendo brazos y piernas sobre la nieve, como si fueran peces recién sacados del agua. Annie se puso en pie y ayudó luego a levantarse a las dos niñas. Y, cuando se apartaron, lo que vieron les produjo a ellas tanto regocijo como sorpresa a él. Ángeles. Había tres ángeles en la nieve. Para desconcierto de Hans, sintió como si le estrujaran el corazón.

Siguieron jugando con la nieve un rato, sin darse cuenta de su presencia. Besa y Marta mezclaban el inglés y el alemán en sus exclamaciones, pero Annie, pacientemente, las corregía una y otra vez.

—No, Besa, ángeles, no «ángelos».

—¿Es magia? —preguntó la pequeña, que seguía impresionada por el dibujo en la nieve, y Annie se rió. Tenía una risa muy bonita, que parecía irradiar confianza y calor.

—No, no es magia. Son… ángeles de nieve. ¿De verdad no

habíais jugado nunca a esto?

—No. ¿Quién le enseñó a hacerlos?

—No sé —Annie se encogió de hombros y volvió a reírse—. Todos los niños saben. Al menos, en mi país. Es parte de la infancia.

Ahí Hans no pudo contenerse e intervino.

—No estamos —dijo, tratando de que no se le escapara una sonrisa— en su

país.

Las tres se volvieron hacia él, sorprendidas.

—Entonces —dijo, al cabo de un momento Annie, que fue la primera en recobrarse—, considérelo un regalo. ¿Quiere probar? —preguntó, señalándole las siluetas en la nieve.

—No, gracias, no va conmigo —tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistirse.

—A veces —le dijo ella, sonriente, y mirándolo a los ojos—, viene bien hacer algo que uno cree que no va con él. Se puede divertir uno muchísimo.

Él también la miró, y estuvo a punto de devolverle la sonrisa, pero no cedió. Tenía que conservar las distancias a toda costa.

—No estoy de acuerdo —dijo, y sintió un golpe frío en la mejilla, seguido de más frío todavía en el cuello, deslizándose por el interior de su camisa.

Al comprender qué había sido, se dio la vuelta, sin poder creer que hubiera alguien capaz de tanto atrevimiento.

—Tú la llevas —declaró Besa, sonriéndole de oreja a oreja. Ya había caído el crepúsculo, pero, a más de tres metros, Hans veía brillar sus ojitos azules.

—Perdona, ¿decías? —le contestó, despacio, para darse tiempo a pensar cómo recuperar su autoridad.

—Estamos jugando al «tú la llevas» con la nieve —le explicó ella, dispuesta a contarle todas las reglas que acababa de aprender hacía media hora, y, al oírla, algo se derritió dentro de Hans.

—¿Y ganas tú?

Besa asintió entusiasmada.

—Te he dado con la bola de nieve, así que ahora tú la llevas.

Johann hizo una pausa para aumentar el suspense, y declaró luego, muy serio: —Soy el titular de la Corona de Kublenstein, así que siempre la llevo.

Y Annie se dobló de risa. Hans la miraba, secretamente divertido y, a la vez, perplejo. Jamás había visto a nadie reírse así. Era como si las propias paredes grises del palacio retumbaran con las carcajadas. La verdad era que la gente era siempre muy circunspecta cuando estaban cerca de él, y lo habían sido toda su vida. Solo Annie se comportaba de otro modo, e, indudablemente, el cambio en su vida era perceptible.

Y, a pesar de lo mucho que lo descolocaba, ese cambio también le agradaba. La vida se había vuelto menos monótona, y, por las mañanas, se despertaba con interés por saber qué nueva pequeña sorpresa le depararía la jornada. Hasta que ella llegó, no se había dado cuenta de lo muy cansado que estaba de la rutina que él mismo había creado.

—Señorita Barimer —le dijo, lentamente—, ¿está usted riéndose de mí?

—No me río de usted —le contestó, limpiándose la cara de lágrimas mezcladas con nieve—, me río con usted.

—Ah, bueno —dijo, dominándose para no abrazarla—. El caso es que yo no me

río.

—Claro que se ríe —replicó ella, con todo descaro—. Nadie dice en serio «Soy el titular de la Corona de Kublenstein, así que siempre la llevo».

—¿Es que duda de mis palabras? —preguntó, sin apenas sonreír.

—¡No! —exclamó ella, volviendo a estallar de risa —¡No! ¡Por eso mismo es tronchante!

Los brazos de Hans deseaban cerrarse en torno a ella. Apenas podía resistir el impulso de besarla. Pero no podía. No debía.

En lugar de eso, se inclinó y tomó un poco de nieve, todo con mucha calma.

—¿Con que yo la llevo, eh? —preguntó, amasando una bola de buen tamaño. Desde luego, era una de las cosas más impropias que había hecho en su vida. Pero, en ese momento, le daba completamente igual.

—Pues sí, como Besa le acertó, ahora la lleva —contestó Annie, apartándose prudentemente.

—¿Y el objeto del juego es tocar a mi vez a alguien con la nieve, no? —siempre muy despacio, dio unos pasos hacia ella, mirándola

fijamente.

—Sí —Annie se había quedado inmóvil, y respiraba entrecortadamente—. Ese es el propósito del juego. ¿Había pensado en alguien en concreto?

—Pues mire, sí —llevaba un tiempo pensando mucho en alguien en concreto. Estaba a dos pasos de Annie, que, salpicada de aquel polvillo blanco, y encendida por la emoción del juego, parecía un postre, absolutamente tentador. ¡Qué hambre sentía Hans!

—Vamos a hacer más ángeles —gritó Marta, en la distancia.

—¡Sí! ¡Vamos! —contestó Besa, y se oyeron dos golpes amortiguados.

Hans se apartó, mirando a lo lejos, y las vio levantarse al cabo de un momento, sanas y salvas, saltando, y, tan pronto su corazón se hubo tranquilizado, sin previo aviso, volvió a llenarse con la imagen de Annie, irritante, cabezota, y capaz, al mismo tiempo, de cambiar… ¿se atrevería a decirlo? de iluminar su vida. Debería echarla. Dio dos pasos más, y ya estaba frente a ella. Pero había en ella algo a lo que no podía renunciar. La miró, y ella levantó la cara hacia él. Tenía los labios entreabiertos. Hans sentía un calor inaudito en partes de su cuerpo que llevaban demasiado tiempo heladas. Annie se estremeció.

—¿Tiene frío? —No exactamente. —¿Se rinde?

—Nunca —le contestó, con una sonrisa, y. por un instante, Hans pensó que podía llegar a enamorarse de ella. Es decir, si lo de enamorarse fuera con él, que, por supuesto, no iba.

—Pues entonces —tomó la mano de Annie y le puso la bola de nieve en la manopla— me parece que usted la lleva.

Capítulo 7

Aún no se había secado la nieve de la ropa y el pelo de Hans cuando, al cabo de una media hora, regresó a su despacho, para examinar, nada más y nada menos, que el informe de la policía sobre el incidente de aquella tarde. Aunque no había durado más allá de cuatro horas, los concienzudos funcionarios de Kublenstein habían redactado más de cincuenta páginas. Hans hizo una mueca de disgusto al pensar en el esfuerzo dedicado a ello, y luego suspiró al pensar en el que le exigiría a él asimilarlo. Qué pérdida de tiempo.

Pero, a medida que lo iba leyendo, aunque fuera deprisa, empezó a darse cuenta de que la situación era más grave de lo que él creía. La cuestión de las instrucciones dadas a la señorita Barimer por él casi pasaba a ser secundaria. Las amenazas proferidas en público por la susodicha contra la policía tenían bastante más trascendencia. Al leer que había dicho que él, en persona, les daría su merecido a los oficiales de policía, sintió vergüenza ajena y empezó a preguntarse qué tratamiento le daría a esto la prensa, puesto que, a fin de cuentas, él se había presentado en persona en comisaría para sacarla de su encierro, muy en contra de la voluntad de Leo, por supuesto.

Hans dejó de leer y se puso en pie. Había ido personalmente a comisaría porque, en cierto modo, se sentía responsable de la situación de Annie, y se la imaginaba asustada y confusa. Pensaba que su presencia… bueno, la tranquilizaría. Pero ya estaba comprobando que, como era de esperar, tratándose de ella, las cosas no se limitaban a un simple malentendido. Naturalmente, también para cosas como esas amenazas había su explicación. Estaba acostumbrada a su país, y había reaccionado como cualquier

ciudadano de los Estados Unidos. El error no era de ella, sino de él, que deseaba cierta influencia americana en la educación de sus hijas, pero no se había dado cuenta de que era imposible que un americano comprendiera cuál era la relación de una familia real con la sociedad a la que representa. Por no hablar de la independencia con la que estaba habituada a vivir esa americana, y que, probablemente, la incapacitaba para vivir y funcionar en palacio.

No había más solución que dejarla marchar. Volvió a tomar asiento y empezó a escribir.

Estimada señorita Barimer:

Me doy cuenta de que esta comunicación probablemente la sorprenderá, pero, después de considerar atentamente nuestra relación contractual, he llegado a la conclusión de que lo mejor para todas las partes sería que cesara en su puesto. Es evidente que las cosas no funcionan…

Dejó de escribir y arrugó la hoja, que fue a reunirse con otras varias en la papelera. No avanzaba nada. Más valía que esperase hasta la mañana siguiente. La colaboración de Greta facilitaría mucho aquella engorrosa gestión. Lo malo era que no se sentía capaz de esperar hasta el día siguiente. Con Annie, cada vacilación le costaba muy cara. Volvió a tomar la pluma y de nuevo dudó. ¿Y si hablara con ella en persona? No, eso todavía sería peor. Cada vez que hablaban cara a cara, ella se las arreglaba para dar la vuelta a la situación. Era mucho mejor no ver su encantador rostro mientras le comunicaba que tenía que irse.

Y, además, habían suscrito un contrato, en el que estaba prevista la notificación por escrito para rescindirlo. Sus abogados habían tomado todas las precauciones razonables para proteger a la Casa Real de las reclamaciones irracionales de un empleado despedido. Y eso era lo que le preocupaba de Annie. No sus intenciones para con las niñas, que, sin duda, eran inmejorables, sino su falta de juicio. Las cosas habían salido bien esta vez, y la peor librada había sido ella, pero, ¿quién sabía qué sucedería la próxima? No debía haber una próxima. Tomó una nueva hoja de papel y empezó a escribir, pero lo que le salió parecía el anuncio de una traición por parte de un amigo, y tampoco quería hacerle daño sin necesidad. Y, al fin le llegó la inspiración.

Estimada señorita Barimer:

Siento mucho verme obligado a escribir esta carta para rescindir su contrato…

Se oyó un minúsculo golpecito en la puerta, que acabó con su concentración. Disgustado, dejó la pluma y preguntó con irritación qué sucedía. Se abrió una rendija y Annie en persona asomó la cabeza.

—Perdone que lo interrumpa, pero, ¿sería posible que habláramos un momento?

Él se quedó mudo unos momentos, pero enseguida le hizo ademán de que pasara.

—Es posible —estaba perplejo al verla aparecer tan inoportunamente.

Y ella pasó, cerrando la puerta con cuidado tras de sí. Eran más de las once, pero esa noche Annie llevaba puestos un jersey de cuello vuelto negro, y pantalones ajustados, también negros, como si acabara de llegar de las pistas. La verdad era que tenía el aspecto de una modelo publicitaria anunciando cualquier estación de esquí. Salvo que venía descalza. Siempre había algo sorprendente en todo lo que Annie hacía.

—Ya sé que es muy tarde, y que tendrá todavía trabajo, y que, además, ya hemos hablado después de… después de esta tarde, pero… —el primer impulso se le acabó ahí, y dejó caer los brazos, desalentada— Verá, me siento fatal por lo sucedido. No podía acostarme sin volver a disculparme con usted.

Él trató de responder adecuadamente, pero no se le ocurría ninguna respuesta adecuada.

—Señorita Barimer, las disculpas no… —Sí, de verdad que sí.

—¿Cómo dice?

Ella agachó la cabeza, y enseguida volvió a levantarla para mirarlo.

—Ya lo he vuelto a hacer. Lo siento. Mi padre me decía siempre que no paraba de interrumpir a la gente. Perdone. Me ha parecido que iba a decir que las disculpas no eran necesarias.

—Que las disculpas no son necesarias… —repitió él, sin poder creer lo que estaba oyendo. Él había estado a punto de decir que las disculpas no hacían desaparecer nada de lo sucedido, pero no tuvo ocasión de explicarse, porque ella lo volvió a interrumpir.

—Es extremadamente generoso por su parte. Dudo mucho que

haya muchos hombres capaces de tanta comprensión, en circunstancias tan difíciles —Annie lo miró directamente a los ojos, tomó aire, y se lanzó—. Tal vez no debería decirle esto, pero me pareció usted distinto de los demás desde el primer momento de conocerlo. Aunque quizá no me sorprendería tanto si lo conociera mejor. Supongo que esa fe que muestra en las personas es la base de la confianza que su pueblo tiene en usted.

Hans no sabía qué decir, ni cómo hacerla callar. Y no era una cuestión idiomática: si se le hubiera ocurrido algo apropiado en alemán, ella lo habría entendido perfectamente.

—Quizá yo no haya manifestado con la debida claridad qué es lo que se esperaba de usted, al empezar a trabajar aquí, por lo que le presento mis sinceras disculpas. Debo decir, sin embargo, que tampoco podía contar con que se produjeran, no ya emergencias como la de hoy, sino discrepancias tan frecuentes.

—No tiene nada de lo que disculparse —contestó ella, calurosamente—. Sé perfectamente que la culpa de todos los incidentes es mía. Y, de hecho, he llegado a pensar en presentarle mi dimisión.

Qué interesante. Hans se acomodó mejor en su asiento para escucharla. —¿De verdad lo ha pensado?

Ella asintió solemne.

—Sí, lo consideré, entre otras posibilidades. Pero no se preocupe, voy a cumplir mi compromiso con usted, y con Besa y Marta.

Vaya por Dios.

—Entonces, me está diciendo…

—Que me quedo. Por nada del mundo las dejaría en la estacada —y, con igual solemnidad, pero más titubeante, añadió—. Ni a usted.

—Hay algo que tengo un enorme interés en saber —dijo Hans, entrelazando los dedos que tenía apoyados en el escritorio.

—¿Y qué es?

—¿Por qué desafía una y otra vez a la autoridad?

—Herr Kolbort me dijo… —ya se había puesto otra vez a la defensiva, y Hans levantó una mano, en señal de conciliación.

—A ver si me explico mejor. ¿Por qué está tan empeñada en que las niñas lleven lo que usted llama una vida «normal», aunque eso

signifique infringir las normas las tres cuartas partes de las veces?

Annie reflexionó unos instantes antes de responderle.

—Porque no me parece que al establecer las normas se hayan tenido en cuenta necesidades tan fundamentales de los niños como el cariño y el contar con una persona o personas que les enseñen cómo es el mundo y cómo funcionan las cosas, siempre desde el afecto y el interés por su desarrollo.

—Así que cree usted que lo haría mejor. —Sí, lo creo.

—¿Y podría decirme por qué? —al verla vacilar, Hans le señaló una butaca con la mano, diciéndole—. Tengo un gran interés, se lo aseguro. Si tuviera la bondad de tomar asiento y explicármelo, escucharé todo lo que tenga que decirme.

Annie puso la mano en el respaldo del asiento, y permaneció más de un minuto de pie, sumida en lo que debía de ser un debate interno. Finalmente, se sentó.

—Como ya le he dicho en otra ocasión —empezó, con un suspiro —, de pequeña tenía una familia muy unida, y eso me dio una fuerza muy grande.

Él asintió, y ella siguió, después de aclararse la garganta.

—Y el motivo por el que lo valoro tanto es que, cuando yo tenía doce años, mi padre murió de repente —Annie parpadeó y fijó la vista en su regazo.

—Lo siento —era evidente que aquello seguía afectándola, a pesar del tiempo transcurrido.

Annie volvió a mirarlo a la cara. No lloraba, pero su rostro reflejaba el tormento íntimo que sentía.

—Todo cambió a partir de ese momento. Por las buenas, todo mi mundo se vino abajo, y ya no hablemos de lo que supuso para mi madre. Tuvo que empezar a trabajar la jornada completa, tuvimos que dejar la casa en la que vivíamos y mudarnos a un apartamento pequeño, en un barrio en el que ocurrían de vez en cuando cosas bastante desagradables. A mí se me pasaban los días sin verla apenas, y, cuando la veía, siempre estaba agotada —ahí la voz se le enronqueció, y se detuvo.

Hans no sabía qué decir. Estaba todo tan alejado de su experiencia, que se sentía un poco inútil, aunque lleno de un intenso deseo de compensarla por aquello, cosa que, evidentemente, no estaba en su mano.

—¿Y desde entonces tuvo que aprender a cuidarse sola? —preguntó.

—Mi abuela vino a vivir con nosotras —siguió Annie—, pero la verdad es que estaba más bien para que la cuidasen que para cuidar a nadie.

Hans se dijo que, de haberlas conocido entonces, sí que podría haber hecho bastante para ayudarlas, y sintió un extraño dolor por no haberlo hecho.

—En el barrio en el que nos instalamos había muchos padres que trabajaban todo el día fuera de casa, y muchos niños que se pasaban el día solos. No se puede generalizar, pero, desde luego, los niños que estaban solos eran menos felices, y se metían en más problemas. Y lo malo era que, después del trabajo, sus padres tampoco tenían ganas de molestarse. No les dedicaban atención, ni los escuchaban. No hay nada más triste que un niño del que nadie se ocupa.

Hubo unos instantes en los que no se oyó más que el tic tac del reloj de pared.

—Bien —dijo ella, poniendo las manos sobre las rodillas—, no pretendía contarle mi vida. Lo que quería decirle es que he visto las cosas desde los dos lados, y sé que no hay nada tan fundamental para un niño, para una persona, como la atención que le presta alguien que lo quiere. Los cumpleaños y las vacaciones les hacen mucha ilusión, pero pasan inmediatamente y se les olvidan. Lo que cuenta es tener a alguien que les oiga cuando dan un grito porque se han pinchado, o porque se han atascado con un problema de matemáticas.

—Me parece —dijo Hans, volviendo a respirar normalmente— que ahora sí la he entendido —hubo una nueva pausa—. ¿Qué tal está su madre actualmente?

—Murió hace unos años —contestó ella, en voz baja—. Al poco de empezar yo a trabajar en Pendleton. Creo que esperó hasta ver que salía adelante en la vida — siguió con una sonrisa—. Ojalá pudiera verme ahora.

—Estaría muy orgullosa.

Siguieron unos instantes en silencio, mirándose a los ojos.

—Bueno —dijo Annie, juntando las manos—. Esto es todo lo que quería decirle. Mejor dicho, es bastante más de lo que quería

decirle. Lamento mucho lo que he hecho, y le prometo que la confianza que me demuestra no se verá defraudada.

—No lo dudo.

—Gracias —la sonrisa le iluminó la mirada de una forma que a él le hizo sentir un nudo en el pecho y la boca seca.

—Entonces —le dijo—, estamos de acuerdo en que me consultará cualquier duda que tenga respecto a las niñas de ahora en adelante.

—Por supuesto.

—Muy bien —ya podía volver a la máscara de la impersonalidad, puesto que había dejado de sentir la amenaza de que estaba a punto de perderla.

Annie se volvió a mirarlo desde la puerta.

—Por cierto, lo de esta noche ha sido muy divertido. Cómo me alegro de que saliera con nosotras —al cabo de un instante, añadió, a toda prisa—. Fue maravilloso para Besa y Marta.

—Yo también… —a Hans le costaba hablar—. También yo me divertí mucho — carraspeó, y ella volvió a clavar los ojos en los de él—. ¿Quería alguna otra cosa?

—No, nada más.

—Buenas noches, entonces —le dijo, con una breve sonrisa cortés, antes de dirigir la mirada a los papeles emborronados que tenía ante sí.

—Buenas noches —la oyó contestar, inmediatamente antes del ruido de la puerta.

De modo que Annie se quedaba. Mucho mejor así. Claro que a él le tocaba orientarla. Él tendría que convertirla en la maestra que deseaba para sus hijas. Tampoco podía ser tan difícil. Era inteligente, y tenía interés, e incluso afecto, por Marta y Besa. No podía dejar de querer lo mejor para ellas, en cuanto comprendiera qué era. Él se lo mostraría. Una llamita de optimismo se encendió en su mente. Él tenía la clave de la situación.

Transcurridas unas cuantas semanas, Hans y Annie volvían a encontrarse charlando después del desayuno.

—Esta noche voy a la ópera, y me gustaría ir acompañado. —¿Esta noche? Pero es que las niñas madrugan tanto, que…

—No, las niñas no. Solo usted. Considérelo una visita cultural —le dijo, con cierto retintín—. Debe conocer el tipo de compromisos

sociales que deberán atender las Princesas, para poder prepararlas.

—Ah. Ya veo —Annie enrojeció violentamente, y se puso a mirar hacia el suelo, para que él no lo viera. Desde la noche en la que le dio la bola de nieve, no conseguía dejar de pensar en Hans, no en el Príncipe Johann. Y no era precisamente salir por las noches con él lo que la aliviaría de su obsesión.

—¿Tiene ropa adecuada?

—Creo… que sí —como cualquier joven moderna, Annie tenía un vestidito negro de cóctel, que podía resultar más o menos formal, con los complementos apropiados, en lo que ya se encargaría Joy de asesorarla, encantada.

—Bien —Hans ya estaba dando por zanjado el asunto—. Saldremos a las ocho.

—Pero… —al oírla, levantó la cabeza, como si lo sorprendiera que aún siguiera en el despacho.

—¿Sí?

—¿Vamos a cenar, o tengo que salir cenada? —en cuanto se le escapó de la boca, Annie se dio cuenta de que, seguramente, habría una forma más elegante de preguntar eso mismo. Caramba, que estaba hablando con un príncipe. Ojalá él no se diera cuenta de lo coloquial que era la expresión.

Pero la sonrisa que le dirigió Hans no le dejó ninguna duda de que había captado, no solo el mensaje, sino las connotaciones de la pregunta.

—No, no cenamos fuera —respondió, y Annie se dijo que nunca se había dado cuenta de lo sensual que era su boca.

—Perfectamente —dijo, exagerando la formalidad—. Hasta esta noche.

Y él le hizo una pequeña inclinación de cabeza, sin que lo abandonara aquella expresión divertida.

—Hasta la noche. Estaré deseando que llegue.

Al alejarse, Annie se iba preguntando si él la tomaba el pelo. Y, casi simultáneamente, si a ella le importaba que se lo tomase. La verdad era que cualquier muestra de atención por su parte la encantaba. Y ese era el problema. Una cosa es que a una le guste el jefe: dentro de un orden, hasta puede ser divertido, y darle aliciente al trabajo. Pero la cosa cambia mucho cuando se vive en la propia oficina, que, encima, resulta ser el Palacio Real de Kublenstein, y el

«jefe» también lo es del país. Una vez más, se dijo que una cosa así solo podía crearle conflictos, pero no pudo evitar hacer a la carrera el último tramo del pasillo hasta su habitación. Estaba deseando llegar al ordenador para mandarle un mensaje a Joy, con foto digital del vestido negro incluida.

A primera hora de la tarde, Annie volvió a conectarse y se encontró con la respuesta de Joy, que la alegró enormemente.

Asunto: La ópera, nada menos. Fecha: 15—11—00

Hora: 10:06:41

De: JoyS@Pendleton.org

A: AnnieBar@ahi.com

¡No me puedo creer que vayas a la ópera con el Príncipe Johann! ¡Tendré que comprarme todas las revistas, para buscar fotos tuyas! ¡Lástima que no salgáis en la tele!

Bueno, a lo que íbamos. Tu vestido está muy bien, y creo recordar que te sienta de maravilla, ¡así que no se te ocurra ponerte algo suelto por encima! Tienes que llevar medias negras, muy transparentes, y unos zapatos finos, no los tanques que has puesto al lado del vestido en la foto. Como único adorno, esos pequeños pendientes de diamantes que tienes. Te haces un recogido en el pelo, y no me digas que te ves rara, ¡que vas a ir a la ópera! Sigues con un maquillaje sencillito, como siempre, pero, por favor, por favor, por favor, además de un poco de sombra, usa el lápiz de ojos, bien afiladito. Eso te dará el toque llamativo, que supongo que querrás tener esta noche.

No se te ocurra saltarte el informe que espero en cuanto vuelvas. Joy.

P.D.: Ya te estoy viendo, Princesa Anastasia.

Annie se apresuró a mandarle una respuesta, dándole las gracias y prometiéndole que le escribiría al día siguiente. Y se apresuró a preparar todo lo que iba a ponerse, de acuerdo con las recomendaciones de su amiga, antes de meterse en la ducha, que fue muy larga, porque Annie perdió la noción del tiempo, imaginándose cómo sería el tacto del cabello de Hans, cómo sería su piel, cómo serían los dedos de Hans sobre su propia piel…

—Esta noche, quiero sacar el Rolls —le comunicó Hans a Christian antes de irse a cenar.

—¿El Rolls? —dijo su chófer—. Lo siento, señor, había

preparado otro coche. No sabía que se tratara de una ocasión especial.

Y Hans pensó en Annie.

—El Rolls. Repásalo, y sal con el depósito lleno. Para que podamos ir por la carretera de montaña hasta Ginebra.

Christian no sabía qué le sorprendía más, si el cambio de vehículo, o el renunciar a la comodidad de la autopista, pero asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

Hans había dado ya unos pasos alejándose, pero se volvió.

—Ah, Christian, te agradecería que pidieras una botella de champán y la colocaras atrás, con hielo.

—Sí, señor.

Hans se dijo que no tenía nada de raro que su colaboradora y él tomaran una copa después de cenar, camino de uno de tantos actos sociales a los que le obligaba su patrocinio de diversas causas benéficas. Naturalmente, tomarían champán, porque champán sería lo que les sirvieran en el entreacto, y no era cuestión de mezclar bebidas. Era de esperar que Annie no le diera a su elección la misma interpretación torcida que parecía darle Christian.

Se detuvo un momento en medio del patio. Hacía frío, pero él apenas lo notaba. Estaba lleno de entusiasmo, entusiasmo que jamás le había provocado antes la ópera. Miraba el paisaje, que empezaba inmediatamente después de las hileras de árboles plantados por los creadores del parque que rodeaba al palacio, mezclándose sin solución de continuidad con la naturaleza. Todo lo que abarcaba su vista le pertenecía, y el contemplar ese testimonio visible de la seguridad que siempre había presidido su existencia, como la de sus hijas en el presente, le recordaba indefectiblemente la historia de la infancia de Annie, que nunca se apartaba del todo de su mente.

En aquel momento entendía perfectamente la importancia que Annie daba a que los padres pasaran todo el tiempo que les fuera posible con sus hijos. Pero, además, últimamente tenía de vez en cuando fantasías en las que acudía al rescate de la pequeña Annie y su madre, después de la muerte del padre. No en busca de ninguna gloria, sino tratando de despertar la alegría que se había acostumbrado a ver en el rostro de Annie.

Dio una vuelta por el patio. Su aliento formaba nubéculas de

vapor en torno a él. Con cierta mortificación, tuvo que reconocer que de un tiempo a esta parte había empezado a hacer cosas con el exclusivo propósito de encender esa alegría. No solo se pasaba el día esperando los momentos de verla, sino que, a veces, reajustaba los horarios cuando podía, exclusivamente para disponer de más tiempo para pasarlo con ella y con las niñas.

A Leo, por supuesto, le parecería imperdonable, si se enterara. Había iniciado una campaña para acabar con Annie, diciendo que su influencia era nociva para sus hijas, así que, si se diera cuenta de cómo influía en el propio Hans, ¿qué no haría?

Pero eso no preocupaba a Hans. No iba a permitir que sus sentimientos por Annie interfiriesen con el trabajo de ella, ni, menos aún, con las responsabilidades que él tenía para con su país. Y esos sentimientos acabarían por desvanecerse.

Capítulo 8

Hans aguardaba a Annie en uno de los salones, paseándose. No sabía por qué estaba tan nervioso. Era una salida como tantas otras. Sería el café que le había servido Margaret después de cenar. Parecía más fuerte de lo habitual.

Los guardaespaldas lo esperaban en el vestíbulo. Eran una de las cruces de su vida, pero también imprescindibles. Oyó un ruido y levantó la vista. Lo que descubrió en el umbral le puso todo el cuerpo rígido de deseo, y reaccionó contra él con su característica brusquedad.

—Es hora de salir —dijo.

—Sí, ya sé. Perdone… —Annie estaba ante él, con el abrigo en la mano, y lo apartó un momento del cuerpo, para que él la pudiera ver mejor— ¿Le parece que esta ropa es adecuada?

La ropa en cuestión era un vestido negro, entallado, que le llegaba justo por encima de la rodilla, y dejaba al descubierto, por lo tanto, un par de magníficas piernas enfundadas en medias negras. Apenas se podía decir nada del traje, pero ella estaba increíblemente elegante. No llevaba más joyas que dos pequeños diamantes en las orejas. Hans se acordó de una gargantilla de diamantes que llevaba su madre. A Annie le sentaría bien. Como todo lo que se ponía Annie, pensó, burlándose un poco de sí mismo.

—Va bien —dijo, y dio un paso hacia ella, para ayudarla a ponerse el abrigo.

—Gracias —y la vio desinflarse un poco. Comprendió que había sido demasiado tacaño, pero ahora no sabía cómo repararlo sin exagerar su interés, y lo último que deseaba era darle la impresión de que aquella salida era algo diferente a lo que él le había dicho.

Entró Christian, gorra en mano. —El coche está listo, señor.

—Estupendo —Hans tomó a Annie del brazo y la condujo hasta el resplandeciente Rolls Royce plateado.

—¡Caramba, esto sí que es viajar con estilo! —exclamó ella. A Hans le complació oírla.

—No es nada del otro mundo —dijo, y le abrió la puerta trasera, en lugar de esperar a que lo hiciera el chófer.

—Cuánta galantería —dijo ella, con una sonrisa—. Qué fácil sería acostumbrarse a que la traten a una así —y se corrigió de inmediato—. Por supuesto, no se va a repetir, claro —y, al mirar en torno suyo y apreciar el lujoso interior del vehículo, el tacto de guante de los asientos, los gruesos cristales tintados, y hasta un cubo con hielo y una botella dentro, tuvo que reprimir un suspiro.

El cerró la puerta, sin decir nada, y subió por la otra.

—Perdone —dijo entonces—, pero, en su país, una cosa tan sencilla, ¿se considera galantería?

—Y completamente inusitada, en nuestros días —contestó ella, riendo.

El Rolls empezó a rodar lentamente por el enlosado, enfilando el camino de salida del parque.

—Quizás los norteamericanos pudieran aprender un par de cosas de los europeos —dijo Hans—, para variar.

—En Estados Unidos —declaró Annie—, los hombres tendrían muchísimo que aprender —seguía descubriendo cosas sorprendentes en aquel vehículo de lujo. Una televisión. Volvió a concentrarse en la conversación, tratando de no parecer una palurda asombrada por todo lo que veía—. Algo le contaría su mujer de lo distintas que eran allí las cosas. Vivió allí varios años, ¿no? —como Hans tardaba en contestarle, dijo, al cabo de unos segundos—. Lo siento, perdóneme, ¿le duele hablar de ella?

—No, no —respondió él—. Hacía memoria, eso es todo. Verá —echó un vistazo a Annie, y volvió a dirigir la vista hacia delante—, mi esposa y yo no teníamos demasiado en común.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada. Era una unión satisfactoria. —Suena a relación profesional.

—Y eso era —dijo él, asintiendo vigorosamente—. Es la única forma razonable de abordar esa cuestión.

—¿Qué cuestión? ¿El matrimonio? —Sí.

—¿Entonces su matrimonio fue una cuestión profesional? —el tono de asombro de Annie no lo hizo inmutarse: ya habían tropezado con demasiadas divergencias culturales para sorprenderse de una más.

—Naturalmente —respondió—. Mi padre y el padre de Marie lo tenían previsto, desde nuestra adolescencia. Era un excelente medio para fomentar las relaciones entre los dos países.

—¿Y funcionó? —Annie no salía de su extrañeza.

—Pues claro —Hans rió—. Ya le he dicho que era una unión satisfactoria.

—Bueno —dijo ella, meneando la cabeza—. A cada cual le funciona lo que le funciona.

—Claro que no volvería a hacer lo mismo —dijo, y lo dijo para ver cómo reaccionaba ella, lo cual era todavía peor.

Annie levantó rápidamente la vista hacia él.

—¿Volverse a casar? ¿O casarse por cuestión de— intereses?

—Ninguna de las dos cosas —dijo, y, después de mirarla un buen rato, sacó la botella de champán del cubo con hielo que tenían ante ellos—. ¿Le apetece una copa?

A Annie se le dilataron las pupilas y rió de puro contento. —¿Por qué no?

Y tomaron a sorbitos el champán, mientras recorrían la ciudad, con las calles iluminadas y los escaparates decorados para las fiestas. Al adentrarse en Suiza, empezaron a hablar de la ópera que iban a escuchar. A Hans le complació ver que Annie ya conocía el argumento y al compositor. Si alguien la interpelaba después, podría responder sin dificultad alguna, sin necesidad de colaboración por parte suya.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo ella, al cabo de un rato —. Si se trata de que yo vea el tipo de compromisos que deberán afrontar sus hijas, ¿cómo es que no vienen también ellas?

Exactamente la misma pregunta que le había hecho Greta. Solo que Greta, además, tenía una expresión de inmenso escepticismo, que parecía implicar no sé sabía qué cosas.

—Porque ellas —explicó, por segunda vez en el mismo día— son demasiado jóvenes para someterlas a esto. Para apreciar la ópera es necesaria cierta madurez intelectual, y bastante más experiencia de la vida de la que ellas puedan tener ahora. Esta velada no es más

que un ejemplo concreto, para que usted pueda ver el tipo de cosas que aguardan a mis hijas.

—Ya veo —asintió ella lentamente.

—Muy bien —y él asintió, a su vez, animado. A Greta le había costado bastante más convencerla… si es que la había convencido —. Una vez entienda mejor cuáles son las exigencias de la vida de una persona real, entenderá también mejor que los paseos por el pueblo y los cuentos sobre campesinas no son la preparación más adecuada para su vida futura.

—También es bueno para ellas el conocer la vida corriente.

—Es mi deseo —dijo él, fríamente— que se prepare a las niñas para ese tipo de existencia, y así se hará, con su colaboración, o sin ella.

—Tomo nota.

Hubo un pequeño retraso en la aduana, a consecuencia del cual llegaron al teatro cuando no faltaban más que cinco minutos para el comienzo de la representación. Habían perdido así un valioso tiempo para ejercer las relaciones públicas de Estado. Solo dispondrían del intervalo, que tendría que aprovechar para persuadir a una de las grandes favoritas de la prensa internacional, la Princesa Linnea de Borghdach, de que asistiera a la gala de inauguración de una nueva estación de esquí junto a Lassberg. Si conseguía contar con ella en enero, tenía una intensa cobertura de prensa garantizada.

Fueron directamente a sentarse en el palco del Príncipe, y, en cuanto las luces se atenuaron y las cuerdas empezaron con el preludio, él comenzó también a relajarse, y a sentir un grato adormecimiento, que, la verdad, era la reacción más placentera que

jamás le había producido la ópera. Nunca le había gustado el género, pero se había acostumbrado a soportarlo, por razones sociales y diplomáticas. Escudriñó a Annie, cuyo perfil le iluminaban parte de las luces de escena. Ella parecía estar disfrutando. Estupendo. A lo mejor ella les despertaba la afición a Besa y a Marta, y, llegado el momento, podían sustituirlo en esos compromisos. Eso sería magnífico.

De ahí pasó a otros planes, fiscales, de desarrollo del turismo, nuevamente la inauguración de la estación…

Al volver a encenderse las luces de la sala, Annie tardó un

momento en dirigirse a su acompañante. Se secó las lágrimas y dio un suspiro para recuperarse de la emoción.

—Qué obra tan maravillosa —dijo, volviéndose hacia Hans—. Nunca he… ¿Señor? ¿Hans? —le tocó el brazo con la punta de los dedos, pero él no se movió.

Estaba profundamente dormido.

—Hans —le dijo en un susurro, tomándolo del brazo y sacudiéndolo. Inmediatamente, empezaron a oírse voces a la puerta del palco— ¡Despierte! —no se atrevía a levantar la voz, por si entraba alguien—. Tiene que despertarse. Se ha dormido durante la obra.

Antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, Hans le había puesto una mano en la nuca y había acercado su rostro al de él. Tenía los labios en los de Annie, y el contacto fue como un chispazo. No pudo resistirse al beso, y los dos prolongaron la exploración, la caricia, la degustación, podría decirse.

—Hans —dijo, al fin, con los labios aún pegados a los de él.

—Annie —y él volvió a sujetarle la nuca y la besó con más firmeza. Y ella se disolvió en el beso, saboreando el tacto de Hans, su olor, su sabor. Nunca había sentido una atracción parecida por ningún hombre.

Se oyó crujir la puerta del palco, y Annie se apartó de un salto. —¡Viene alguien! —y, al fin, vio a Hans abrir los ojos.

—¿Annie? —preguntó, aún amodorrado. Se irguió en su silla, y trató de recuperar la compostura— Perdone, ¿me decía algo? —lo vio fruncir el ceño, y llevarse la mano a los labios, y se dio cuenta de que el beso había desaparecido de su conciencia.

—Le decía —contestó, con la voz trémula— que debe de haberse dormido durante la obra.

—Buenas noches, Johann —saludó en ese momento un caballero de considerable corpulencia, con el pelo gris, entrando en el palco —. ¿Qué haces que no sales?

Hans se puso en pie al instante, y Annie se asombró de su absoluta recuperación.

—Wolfgang —dijo, saludándolo con una inclinación, y, luego, tendiendo la mano hacia Annie—. Permíteme que te presente a Anastasia Barimer. Anastasia, le presento a Wolfgang Fram, uno de los más queridos amigos de mi difunto padre — no le quitaba a

Annie la mano del codo.

—Anastasia —dijo el señor Fram, sonriéndole de oreja a oreja—, es un enorme placer conocerla —miró a Hans con indudable aprobación—. No había oído nada de esta encantadora joven antes de ahora.

Hans la atrajo aún más cerca de él, como si fuera a conducirla hacia el vestíbulo, pero no se movieron de donde estaban.

—Hace poco que nos conocemos. —¿Le ha gustado la ópera, Anastasia?

—Muchísimo —y sonrió al decirlo, pero el placer que la inundaba tenía más que ver con el contacto de la mano de Hans, contra su codo y su cadera, que con la belleza de la música—. Ha sido una velada maravillosa —dijo, con tanta emoción, que Hans la miró un momento, con recelo.

—A mí me gusta mucho Duccinia —dijo Wolfgang, que parecía sinceramente interesado por el tema—, pero me he preguntado a menudo si su obra resistía el paso del tiempo. Me alegra mucho oír que a alguien joven como usted aún le deleita su música.

—Oh, no creo que sea cuestión de resistir el paso del tiempo. Creo que tiene mucho que decirnos en la actualidad. La lucha de Puglio con el demonio me recuerda la lucha de muchas personas en… —Annie dejó de mirar a su interlocutor, para dirigir la vista hacia la puerta. Una hermosa mujer rubia se asomó un instante, y, al verla, Hans quitó la mano de su brazo, dejando un vacío gélido donde había estado.

—Discúlpenme un momento —dijo, marchándose—. Tengo que hablar con una persona.

A Wolfgang le interesó mucho su observación sobre Puglio, y empezó a elaborarla, y a hablar de la alegoría de la obra, y su relación con la vida moderna, pero Annie apenas podía prestarle atención. Tenía la vista clavada en las altas figuras del Príncipe de Kublenstein y de la esbelta rubia platino, cubierta de diamantes, con la que estaba hablando. El tono era casi confidencial, tenían las cabezas muy juntas, y el Príncipe le dedicaba unas sonrisas que a Annie le agarrotaban el corazón.

—¿Con quién está hablando Hans? —preguntó Wolfgang, amigablemente, porque él estaba de espaldas a la puerta. Se volvió, colocándose el monóculo, y exclamó, con una gran sonrisa— ¡Vaya,

pero si es Linnea! No tenía ni idea de que iba a estar aquí esta noche, ¿y usted?

—¿Linnea? —repitió Annie, sin entender.

—La Princesa de Borghdach —le aclaró él—. Que, por lo que veo, ha conseguido despistar a los papparazzi.

Annie empezó entonces a recordar algunas fotos y algunos titulares. Sí, la Princesa Linnea era famosa en todo el planeta. Había enviudado, jovencísima, de un príncipe europeo, y, desde entonces, las revistas competían por colocarla en sus portadas. Era bella, rica, y aristócrata. Perfecta para Hans. No era sorprendente que él saliera corriendo tan pronto la vio.

—Venga a que se la presente —dijo el oficioso Wolfgang. —Oh, no se mo…

—Vamos, vamos.

Y no tuvo más remedio que ir tras él hasta donde se encontraban Hans y Linnea, que parecían completamente absortos en su conversación.

—Hans, muchacho, me parece que Anastasia y Linnea no se conocen. Linnea sonrió, mirando a Hans, y dijo:

—No, me parece que no —con un elegante acento británico—, pero acababa de preguntarle a Hans con quién había venido esta noche —gentilmente, le tendió la mano a Annie—. Me alegro mucho de conocerte. Anastasia.

Annie se la estrechó, y se preguntó un momento cómo tratarla, en razón de su título.

—Encantada de conocer a Su Alteza.

—Ah, no, ni hablar —dijo la otra, sacudiendo la mano para quitar importancia al asunto—. Línea, por favor.

Así que, con harto dolor de su corazón, a los adjetivos anteriores, Annie tuvo que sumar «simpática» y «natural», lo que acababa de convertirla en una persona muy indicada para Hans. Y, además, parecía llena de vitalidad.

—Me tengo que marchar, Hans, pero te aseguro que iré encantada a la inauguración. Será el día cuatro, ¿verdad?

—Eso es. El cuatro. Cómo me alegraré de verte allí.

—Adiós, Wolfgang —dijo Linnea al anciano caballero, besándolo en la mejilla— , me he alegrado mucho de volver a verte. Anastasia, espero que nos volvamos a ver pronto.

Annie le sonrió, pero se sintió muy torpe, en comparación con la brillantez de la otra. La siguió con la mirada, y vio que todos los varones presentes hacían lo mismo. Con excepción de Hans, que la miraba a ella. Prefería no mirarlo, para no ver su expresión de piedad.

—¿Le parece bien que nos marchemos? —le preguntó cordialmente, pero ella contestó, sin poder contenerse:

—¿Ya ha terminado aquí, no, al marcharse Linnea? —y se puso como la grana, al decirlo.

Pero a él no le debió de molestar la pregunta.

—Sí. Venía con esperanzas de coincidir con ella, y, por suerte, a ella se le ocurrió acercarse al palco antes de irse. Va a asistir a la inauguración de la nueva estación de esquí, en enero.

—Qué bien —dijo Annie, como si entendiese la importancia de aquello, aunque no era así. Pero no deseaba darle la impresión de que estaba celosa, porque, por supuesto, no lo estaba—. Será muy agradable.

—Será bastante más que agradable, será un acontecimiento. Menos mal — habían llegado al guardarropa, y Hans le ayudó a ponerse el abrigo—. Ha sido una salida productiva.

Annie no dijo nada. ¿Qué significado había tenido el beso? ¿Estaba aún dormido? ¿No sabía lo que hacía? Pero había pronunciado su nombre.

Salieron a la calle y se quedaron un momento parados, esperando el coche. Él aire traía el olor dulce y metálico de la nieve, y Annie se sintió reanimada.

—Huele a nieve —dijo Hans, y ella empezó a preocuparse. No era el momento más oportuno para que él empezase a leerle el pensamiento.

—¿Ah, sí? No me había fijado.

Unos minutos más tarde, cuando ya salían de Ginebra, Hans se volvió hacia ella dentro del coche.

—Al terminar la música, cuando me despertó… —¿Sí?

—¿Hubo…? —se detuvo, como si no diera con la palabra que buscaba. Annie nunca lo había visto dudar.

—¿Que si hubo qué? —le dijo, para animarlo a terminar la pregunta.

Y él la miró a los ojos y sostuvo su mirada un momento, antes de

volver a apartar la suya.

—¿Hubo alguien que se diera cuenta? De que me había quedado dormido, quiero decir.

—No, no creo.

—Bien, bien —comentó él, asintiendo, y miró los cristales, que estaban empañándose—. Vaya frío que ha empezado a hacer.

Iba a preguntarle por el beso, pero se había arrepentido. Estaba segura de que había estado a punto de a hacerlo.

—Hans —le dijo, titubeante, pero él se volvió de inmediato hacia ella. —¿Sí?

Estaba decidida a hablarle del beso. No pensaba seguirle el juego, dejándolo pasar para tratar de olvidar que había sucedido.

—Quería darle las gracias por esta noche, que he disfrutado mucho.

—Cuánto me alegro. Ahora que ha visto de cerca lo que se espera de Besa y de Marta, creo que se dará cuenta por sí misma de que no son excursiones por los alrededores lo que necesitan —el tono de Hans era prácticamente de burla, pero Annie no estaba dispuesta a admitir que la idea había sido estúpida desde el primer momento, como él parecía implicar.

—No, lo que necesitan es aprender a dormir sin caerse de la silla, al parecer.

—Le aseguro que no es eso lo habitual —había pasado a un tono serio, y, desde luego, no fingía no haber entendido su alusión.

—¿No le gusta a usted la ópera, verdad? —le preguntó ella, tranquilamente. —Esa no es la cuestión.

Habían alcanzado la autopista y Annie vio un cartel que anunciaba «Lassberg 89 km». Disponían de poco más de una hora juntos antes de que esa portentosa noche se acabara.

Durante la siguiente media hora, Annie procuró charlar amablemente de cuantos temas intrascendentes se le ocurrieron, incluido el tiempo.

—De verdad que lo he pasado maravillosamente —dijo, porque no se le ocurría nada más.

—Me alegro de oírlo.

—¿Y usted? ¿Le gustan este tipo de salidas? —Es parte de mi trabajo.

—Así que no le gustan.

—¿Normalmente? —y la miró directamente—. No mucho. Ya estaban llegando a Lassberg.

—Me da la sensación —dijo Annie— de que las personas reales están obligadas a dedicar una gran parte de su tiempo a cosas que no les gustan, cosas con las que llegan a dormirse de puro aburrimiento —y, entonces, se lanzó y le preguntó—. ¿Con qué cosas se lo pasa bien?

Él dio un suspiro.

—No tengo tiempo para pasarlo bien.

A ella le habría gustado reírse al oírlo, pero tenía la garganta contraída.

—De verdad. ¿Qué hace usted por diversión? —se habían ido aproximando insensiblemente, y estaban ya a menos de veinte centímetros. Le bastaría con extender la mano para tocarlo. Estaba deseando hacerlo. Annie se cruzó de brazos.

El arrugó la frente, y terminó por sacudir la cabeza. —No se me ocurre nada —le contestó, mirándola.

—Venga ya. Cuando lo conocí, viajaba solo en el tren. Iba de incógnito, ¿no? Eso debe de ser divertido, ¿a que sí?

—Eso también es trabajo —Hans inclinó un poco la cabeza, como si tratara de mirarlo desde un nuevo ángulo—; pero lo cierto es que sí, que me lo paso bien a veces. El día que la conocí…

—¿Sí? —preguntó ella, conteniendo el aliento.

—Fue un día estupendo. Había hablado con mucha gente esa mañana —esbozó una sonrisa—. Realmente provechoso.

—Tiene gracia la forma que tuvimos de conocernos, ¿verdad? —preguntó Annie, sonriendo para sí misma.

—Se podría decir que fue la mano del destino —replicó Hans, con una expresión indescifrable para ella.

—Eso parece una frase romántica —no estaba segura de cómo contestarle. —Ciertamente —dijo él con suavidad, sin dejar de mirarla a los ojos.

No se podía negar que se sentían mutuamente atraídos. Si él hubiera sido cualquier otro hombre, bueno, fuera de la docena de monarcas de Europa, Annie habría actuado como le dictaba su instinto, tocándolo, quizá incluso atreviéndose a besarlo. Pero no podía actuar así.

—Nunca habría podido adivinar quién era.

—Ya me di cuenta. Y fue una de las primeras cosas que me gustaron.

—Ah —Annie lo miró por el rabillo del ojo, y alzó una ceja—, ¿pero es que hay varias, Su Alteza?

—Hay muchas —al oírlo, un estremecimiento la sacudió. Era una especie de danza, un flirteo lleno de amagos y retrocesos. ¿Qué deseaba él oírle decir? ¿Y qué quería decir ella?

¿Y si se equivocaba? ¿Y si ella estaba flirteando, y él no? Entonces, no debería decir nada más que resultara provocativo.

—Yo también me pregunto —continuó lentamente Hans— qué piensa usted de

mí.

Annie buscó algo que decir. Se le ocurrían muchas cosas, pero todas ellas eran completamente inapropiadas en una relación entre contratante y contratada, así que se quedó paralizada.

—Ya veo que no es una pregunta fácil de responder —acabó por decir Hans, sonriendo.

—Pienso muchas cosas de usted —dijo Annie, con sinceridad—. Es un magnífico dirigente; a la vista está que todo el mundo lo adora en Kublenstein…

—¿Y usted?

—¿Yo? —la había pillado por sorpresa.

—¿Qué siente usted por mí? —le preguntó, acercándose aún más a ella. Su proximidad la aturdía. Annie se sintió desfallecer.

—Yo… yo…

Hans dejó de esperar esa respuesta y, en su lugar, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Ella también lo rodeó con sus brazos, atrayéndolo hacia sí, respondiendo al beso con toda su alma.

Finalmente, se apartaron, y permanecieron largos instantes mirándose a los

ojos.

—Quizá esto le sirva de respuesta —dijo Annie.

Él volvió a mirarla, pero su mirada parecía en ese momento llegar desde una gran distancia.

—Y nos plantee una nueva pregunta a los dos —contestó.

Capítulo 9

Leo no esperó a que Greta lo introdujera en el despacho de Hans, sino que, de forma insólita en él, irrumpió tras la secretaria.

—Ha llegado a mis oídos que la semana pasada llevó a la señorita Barimer a la ópera —dijo, como si el Príncipe Johann fuera un chiquillo al que acabase de sorprender en una mentira—, y ni siquiera me dijo usted una palabra al respecto.

—Sí —respondió Hans intentando no mostrar desconcierto por la súbita irrupción de Leo y su vehemencia—. ¿Le preocupa eso, Leo?

—Claro que me preocupa. No solo es una mala influencia para las niñas, sino, según parece ahora, también para usted.

Hans rió sin humor, se recostó en la silla y cruzó los dedos ante sí con fuerza para impedir que los puños se le cerrasen.

—¿Una mala influencia sobre mí? ¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Es una americana tosca, una mujer incapaz de respetar las tradiciones de nuestra monarquía. ¡Por amor del cielo, si hasta amenazó con demandar a la policía de Lassberg! —Leo sacudió disgustado la cabeza—. Y, al parecer, ahora usted ha caído bajo su extraño hechizo.

—Está exagerando. Annie enseña bien a las niñas, y ese es el único motivo por el que está aquí.

Eso era cierto, pero no explicaba por qué Hans se había pasado el resto de la semana pensando en el beso que Annie y él compartieron en el coche. Y, si Christian no les hubiera hecho saber que habían llegado a casa, quién sabe lo que hubiera sucedido. Incluso en el momento de irrumpir Leo, Hans estaba enfrascado pensando en enseñarle a Annie el árbol de Navidad de palacio. A él

siempre le había resultado un tanto ostentoso, pero, como a los demás parecía gustarles, pensaba que a Annie seguramente también le gustaría. Deseaba comprobar cómo su cara se iluminaba de alegría al verlo. Y era verdad que él no debería preocuparse con semejantes cosas, estando tan ocupado con otros asuntos. Apartó la idea de su mente. Ya habría alguna otra persona que le pudiera enseñar los adornos de Navidad.

—Solo está aquí por las niñas —volvió a decir, con firmeza. Pero Leo no se iba a rendir fácilmente.

—Mi mayor deseo sería que eso fuese cierto. He visto cómo la mira; he escuchado el cambio que se produce en su voz cuando ella está cerca o cuando sale a relucir su nombre. Se está enamorando de esa mujer, y su influencia americana no puede sino malograr las tradiciones que han hecho grande este país.

Hans se enderezó en el asiento.

—En primer lugar: estoy tan enamorado de esa mujer como pudiera estarlo de… —buscó en su cabeza una posible comparación, pero no encontró ninguna— de cualquier otra. No estoy enamorado.

—Eso es lo que usted dice. Hans pasó aquello por alto.

—En segundo lugar, no tiene ninguna influencia sobre mí, y, aunque así fuera, no creo que una influencia americana fuese tan mala para nuestro país.

Leo lo miró como si hubiese sido golpeado.

—¡No puedo dar crédito a mis oídos! ¡Está usted cegado por ella! ¡Tenemos que poner freno a esto! —el rostro, de natural pálido de Leo se puso sonrosado—. ¡Estamos hablando de mi país!

—Y también del mío —dijo Hans, pronunciando con suma claridad cada palabra. Se puso lentamente en pie, consciente de que, al hacerlo, sobrepasaba con mucho la estatura de Leo—. Confío en que su intención no haya sido insinuar que mi respeto por este país sea inferior al suyo.

El rostro de Leo se puso aún más encendido y, sin llegar a retroceder, su postura cambió visiblemente, como si hubiera dado ese paso atrás.

—Confío en que no sea así, señor. Tengo miedo, pero conservo la esperanza de que no sea así.

Y, sin más palabras, se dio la vuelta y abandonó la habitación.

Cuando hubo salido, Hans se volvió a sentar ante su escritorio y repasó mentalmente la conversación. Leo jamás había tenido un comportamiento como aquel. Decir que Hans estaba enamorado de Annie era… bueno, aquello era ridículo. ¿Es que había perdido Leo su noción de la realidad? ¿Sería por la presión del fin de año? ¿O de verdad creía que Annie era alguna amenaza para las tradiciones nacionales? Si no hubiera sido un asunto tan serio, Hans se habría reído. Tenía que admitir, incluso a pesar de su reticencia, que Annie había mejorado un poco las cosas desde su llegada; todo se había vuelto más animado, al menos. Y no era necesario estar enamorado de ella para observarlo. Las cosas eran más agradables desde la llegada de Annie. En modo alguno habían empeorado, ni parecían apuntar en tal dirección. ¿En qué se basaría Leo?

Y, a todo esto, ¿qué iba a hacer él al respecto, una vez que Leo había manifestado tan a las claras su desaprobación?

—¿Y bien? —preguntó Hans, echándose para atrás y observando el rostro de Annie—. ¿Qué me dice?

Annie miró hacia arriba, al enorme árbol navideño que él le señalaba. Debía de medir como siete metros de altura, y estaba decorado con miles de lucecitas blancas, lacitos dorados y otros adornos, asombrosamente intrincados.

—La deja a una sin aliento, solo con la altura —dijo, sinceramente; luego se puso a buscar algo más que decir. El árbol parecía sacado de una revista o de un programa especial de televisión dedicado a las navidades. Ese era precisamente el problema: estaba desprovisto de un toque humano; no contenía ninguna bola de colorines, nadie había puesto en él golosinas para los niños. Era un árbol adulto, ideal para un salón en el que nunca entrase nadie, y en el que hasta los muebles estuvieran cubiertos con fundas de plástico.

Hans parecía esperar algún otro comentario.

—Y los adornos dorados —acabó por decir Annie—. ¡Es bárbaro! Hans frunció el ceño y la miró fijamente.

—No le gusta.

—No, no: es precioso. De verdad. —A mí tampoco.

—¿No le gusta?

—A decir verdad, de niño lo encontraba un poco amenazador. —¿Amenazador? —rió Annie. Y Hans sonrió también.

—Mírelo. Si le cayera a alguien encima, tendría pocas posibilidades de salir

ileso.

Annie rió todavía más fuerte.

—Sí, supongo que es cierto. Pero, ¿por qué tiene este árbol, si no le gusta?

—Por tradición. Cada año, lo ponen aquí una semana antes de Navidad. Siempre es similar a este, y siempre lo colocan aquí, en el vestíbulo principal del palacio.

—Queda muy bien ahí —dijo Annie, mirando otra vez el árbol —, y, con todos esos ventanales, debe de estar muy bien contemplado desde fuera. ¿Y las niñas le ponen también adornos suyos?

—Las niñas no tienen adornos para poner —respondió Hans, muy sorprendido ante la idea.

—¿Ni siquiera bastoncillos de caramelo? —No.

Annie, a su vez, también estaba extrañada.

—¿Y no preparan nada, como piñas, o farolillos de papel, o algo así? Hans miraba a Annie y al árbol alternativamente.

—¿Se puede imaginar farolillos de papel en este árbol?

No, Annie no podía; pero lo que sí imaginaba era un árbol más pequeño en la habitación de las niñas, decorado con juguetes y adornos hechos a mano.

—Quizá pudiéramos colocar otro… menos imponente, en el cuarto de las niñas. —No es necesario. Estoy seguro de que les gusta este.

Una barrera invisible se había levantado entre ambos.

—Claro, tanto como a usted cuando era un niño. Solamente estaba pensando que podrían divertirse haciendo algo con sus propias manos.

—Si quiere, Barnes, el jardinero, puede subirles un arbolito. —¿Le gustaría ayudar a adornarlo?

El la miró con expresión fulminante. —No, gracias.

Annie se sintió herida un momento, pero algo le decía que aquella frialdad no era malintencionada.

—¿Vendrá a verlo cuando esté terminado?

Annie llevaba razón: la barrera comenzó a descender ligeramente. —Tengo la sensación de que empezaría una discusión

si dijera que no. —Así es.

Hans caminó hacia ella y se detuvo justo delante. —Entonces ya veremos.

Annie tomó aliento y se apoyó con firmeza las manos en las caderas. —¿No podría Su Alteza comprometerse un poco más?

Hans le acarició la mejilla.

—No —respondió, y luego sonrió y echó a andar en dirección a su despacho—. Es hora de que se ocupe de las niñas.

Annie miró el reloj y vio que, en efecto, era la hora a la que acababan diariamente las clases.

—Gracias por haberme enseñado el árbol —le dijo, en voz alta. —De nada —dijo él, alzando una mano, pero sin volverse a mirar. —Lo avisaré cuando el otro esté preparado.

—Seguro que lo hará —dijo, torciendo por un pasillo, y desapareciendo de su

vista.

Annie se quedó parada un momento, mirando por dónde se había marchado. Luego se llevó un dedo al lugar de la mejilla en el que él la acarició.

—Lo haré —murmuró, rememorando por enésima vez el beso en el coche.

Tal y como Hans había dicho, Barnes subió a la mañana siguiente un abeto de poco más de un metro a la habitación de las niñas. Era domingo, y Besa y Marta contemplaban con admiración cómo colocaban el arbolito en un soporte.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Marta, impaciente. —Vais a decorarlo las dos.

—¿En serio? —preguntó Besa, muy sorprendida. —Sí.

—¿Como el que hay abajo?

—No tanto. Este tendrá un aspecto diferente, porque es vuestro. Le podéis poner lo que queráis, aunque yo os haré algunas sugerencias.

Pasaron la mayor parte de la mañana recorriendo el palacio y el jardín, buscando todo lo que sirviera para poner en el árbol. Incluso Margaret encontró en la cocina unos bastoncitos de caramelo. El ama de llaves colaboró también, con una colección de hilos y retales de colores.

A media tarde, buena parte del personal de servicio había

desfilado por la habitación de las niñas, aportando cosas o dándoles consejos, basados en sus respectivos árboles de Navidad cuando eran niños. Para entonces, el día había cobrado un aire festivo que, Annie supo entonces, había estado ausente de palacio; sobre todo teniendo en cuenta que faltaba una semana para Navidad.

Cuando terminó sus quehaceres en la cocina, Margaret subió para ayudar. Dio los toques finales a los bastoncillos de caramelo, y aupó a Besa para que pudiera colocarlos en las ramas más altas.

Cuando terminaron, el árbol había quedado hecho un primor. Era muy diferente del de abajo: de ningún modo se podía decir que fuera grandioso, pero, en su estilo, aguantaba dignamente la comparación.

—Es un noble arbolito —comentó Margaret.

—Sí que lo es —coincidió Annie, sonriendo ante el ambiente alegre que le habían dado a la habitación—. No puedo esperar el momento de que lo vea el Príncipe Johann.

Margaret la miró, boquiabierta. —¿Estarás de broma, claro? —No. ¿Por qué?

Margaret se puso extremadamente seria. Buscó a las niñas con la mirada, y, al verlas entretenidas jugando, le susurró a Annie:

—Porque detesta las navidades. —Vamos, ¿y por qué iba a detestarlas?

—No lo sé —dijo Margaret en un susurro—, pero todos los años por estas fechas está deprimido. Y menudo genio… Estamos todos deseando que llegue el Año Nuevo para que las cosas regresen a la normalidad.

—Es verdad —dijo Marta, que había oído a Margaret—. A papá no le gustan las navidades.

Annie lanzó a la cocinera una mirada recriminatoria, antes de dirigirse a la niña:

—Marta, estoy segura de que no es que a tu padre no le gusten las navidades; seguramente estará muy ocupado en esta época del año.

Marta suspiró y negó con la cabeza, en un gesto demasiado adulto para su edad.

—Me parece que no es eso.

Annie se quedó pensativa: ¿por qué habría de odiar Hans las navidades? Lo lógico sería que el máximo dirigente de un país

estuviera absolutamente feliz de que llegasen las vacaciones. Recordando la historia de que el árbol le daba miedo de niño, pensó que tal vez hubiese tenido en su infancia problemas que no había resuelto. Annie se preguntaba si se le podría ayudar en el presente. Si había algo capaz de hacerlo cambiar de opinión sobre las navidades eran sus hijas. Al verlas tan alegres, él sentiría lo mismo. «Bueno», se dijo resuelta, «entonces tendremos que hacerlo cambiar de opinión».

Pasaron tres días. Dentro de otros tres, sería Nochebuena, la noche del baile anual de máscaras en palacio. Una noche que Hans temía cada año. Una noche que para el mundo significaba tiempo para el amor y la familia, y que para él significó durante la infancia un aluvión de fiestas para sus padres y de niñeras para él. Hans sentía que era la noche más fría del año.

Pero una semana después, entrarían en Año Nuevo con todo el despliegue de que era capaz Kublenstein, y ya se habrían librado, hasta dentro de un año. Hans estaba deseando que pasaran las fiestas.

Iba hacia el comedor, para cenar y, al pasar junto al árbol decorado del vestíbulo, sonrió para sus adentros pensando en la reacción que había tenido Annie. A Hans le resultaba encantador que ella quisiera decorar con las niñas un árbol pequeño, en vez de contentarse con aquella lujosa monstruosidad que otros habían levantado. Lo cierto era que desde que le dio permiso para hacerlo, Hans había tenido poco contacto, tanto con la institutriz como con sus hijas, que se pasaban las comidas mirándose y riendo, como si tuvieran un secreto.

Aquella noche el Príncipe decidió que ya había tenido bastante de eso.

—No puedo evitar tener la impresión de que me ocultáis algo —dijo, mientras tomaban coq au vin—. Vosotras tres tramáis algo —al oírlo, las niñas se sentaron muy derechitas, y pusieron cara de inocentes.

—Nos estamos portando bien —dijo Besa, con tímida vocecita.

—Estando la señorita Barimer de por medio —dijo, sin apartar de ella la mirada y sonriendo apenas—, he aprendido a ser cauteloso.

—Comprendido —contestó ella, y después, dirigiéndose a las

niñas, agregó—. Creo que ya es hora de que le enseñéis a vuestro padre en qué hemos estado trabajando, ¿no os parece?

—¿Podemos? —preguntó Marta— ¿Ya está listo? Annie sonrió.

—Creo que sí.

Hans la miró con suspicacia. —¿Y qué es?

—Pues son varias cosas.

—¿Podemos enseñárselo ahora? —preguntó Besa, saltando de la silla.

—Siéntate —dijo Hans bruscamente—. Sabes muy bien que no te puedes levantar de la mesa hasta que acabes de cenar.

Besa volvió a sentarse, pero, en cuestión de momentos empezó a hacer pucheros y se le llenaron los ojos de lágrimas. A Hans le apesadumbraba la infelicidad de la niña, pero tenía que ponerla en su sitio.

Annie le tocó el brazo a Besa.

—Sé que estás impaciente por enseñárselo, cariño, pero eso puede esperar unos minutos más. ¿No es cierto?

—Sí —contestó la niña, sorbiendo agitadamente. —Buena chica. Sigue cenando, entonces.

Hans presenció aquello con sentimientos que él mismo no podía identificar bien. Una parte de él añoraba haber recibido un trato semejante cuando era niño, mientras que otra parte se rebelaba ante la suavidad de Annie frente a una situación que lo que requería era firmeza. Después de todo, las niñas tenían que aprender a dominarse, y a hacer a la primera lo que se esperaba de ellas. Cuando estuvieran en público, no dispondrían de una segunda oportunidad.

Claro que, por otra parte, quizá la combinación de la dulzura de Annie y su propia firmeza pudiera tener más impacto en las niñas que una sola de esas características por separado. Pero luego se dijo que aquello era una bobada: a él le había ido bien durante años solo, antes de que llegase Annie.

—Señorita Barimer —dijo, en tono duro.

Annie retiró la mano de Besa, se enderezó y miró a Hans. —¿Sí?

Con eso bastaba; la situación volvía a estar bajo su control. Hans sintió una pizca de alivio e hizo un amago de lánguida sonrisa.

—Páseme la sal, por favor.

La imagen de la cena continuaba rondándole a Hans por la

cabeza tiempo después de haberse levantado de la mesa, aunque no sabía por qué. Estaba completamente convencido de que llevaba razón. ¿Cómo había podido Annie hacerlo dudar? ¿Cómo podía haberse metido en su vida y hacerlo dudar, en cuestión de semanas, de cuanto había dado por válido durante toda su vida?

Cuando él era pequeño, a los niños se los trataba como a niños y no como a adultos. No se fomentaban las ocurrencias infantiles, sino que se trataban con frialdad. Con tolerancia, no se conseguía más que aumentasen, en vez de que aprendieran a controlarlas. ¿O no? Hans frunció el ceño. Tal vez. Por otra parte, si los sentimientos infantiles de Hans hubieran encontrado mayor reconocimiento, quizá no hubiera llevado una vida tan solitaria.

Pero entonces, de haber sido educado de otra manera, tal vez no habría llegado a ser un líder eficaz. La mayoría de los monarcas de Europa eran meros representantes, sin poder efectivo para el gobierno, mientras que Hans era elogiado como un gobernante inteligente, que había sabido sacar a su país de la crisis política y económica que arrancaba de finales de la Segunda Guerra Mundial, bajo el reinado de su padre, y que se había extendido hasta la muerte de este, cinco años atrás.

Y Annie había venido a hacerle dudar.

Una voz interior le decía que era probable que Annie no lo hubiera obligado directamente a hacer nada, sino que le había abierto los ojos a la posibilidad de que la forma en que él había sido educado no fuera necesariamente la mejor.

Pensar en tal posibilidad lo hacía sentirse extremadamente incómodo.

Llamaron discretamente a la puerta de la biblioteca, en donde el Príncipe se hallaba, y entró una doncella con un pedazo de papel que le alargó diciendo:

—De las Princesas Besa y Marta —después hizo una ligera reverencia y se marchó.

Esperó a que la doncella hubiese salido antes de mirar el papel, verde y doblado, recortado en forma de algo que parecía un abeto y con unas tiritas rojas y amarillas pegadas, en el que Marta había escrito con cuidadosa caligrafía: Por favor, acude a la habitación para una sorpresa.

Miró el papel durante un minuto, y acabó por dejarlo sobre la

mesa con un suspiro. Una sorpresa. Después salió y caminó solo a través de los corredores vacíos y las escaleras hacia el cuarto de las niñas.

Cuando llegó, oyó un ruido procedente del otro lado de la puerta que hubiera bastado para despertar a los muertos. Se oían risas, mezcladas con susurros de Annie e instrucciones apresuradas de poner cosas en uno u otro sitio. Hans no pudo evitar sonreír al oír aquello y, finalmente, llamó a la puerta.

—Un momento, un momento, ya está aquí —oyó susurrar a Annie, en un tono bastante alto—. Preparadas.

Se oyó una confusión de pasos, y luego Besa dijo: —¡Adelante!

Cuando Hans abrió la puerta, las luces estaban atenuadas, así que lo primero que vio fue un pequeño abeto decorado con bastoncitos de caramelo, adornos recortados en papel de colores, y unas cuantas cosas que no pudo identificar, así como tiras de luces como las que las tiendas de la ciudad ponían en sus escaparates. Era algo notable. Tenía que reconocer, aunque no en voz alta, que aquel era el símbolo navideño más alegre que había visto.

En un rincón sonaba suavemente un radiocassette, en el que un cantante americano interpretaba villancicos.

—¿Qué te parece? —preguntó Marta.

—¿A que es una preciosidad? —preguntó Besa.

Mirando a Annie, que permanecía unos pasos más atrás, recortándose en el suave contraluz, dijo:

—Sí. Es una preciosidad —y, al decirlo, el deseo de ir hasta ella y abrazarla, de perderse en su cálido abrazo era tan fuerte que le dolía.

Annie no se movía ni bajaba la vista con timidez, como él hubiera esperado, sino que enfrentaba su mirada con una fuerza tal, que era casi palpable para Hans.

—Lo hemos hecho para usted. Queríamos que este año disfrutase de las navidades.

—Muy ambicioso por vuestra parte. Annie lo miró con una media sonrisa.

—Puede ser, pero supuse que, haciendo cosas diferentes, era más fácil que cambiara su forma de ver las fiestas.

—Pues esto es, definitivamente, diferente —dijo él, recorriendo el pequeño abeto con la vista.

—Ya es un comienzo —se aventuró Annie a decir, con una sonrisa. Él la miró un instante y terminó asintiendo con la cabeza.

—Es un comienzo.

—Tenemos cosas para ti —gritó Besa, aparentemente cansada de aquella conversación tan sosa. Fue corriendo a por unos paquetes envueltos en papel de regalo, que había bajo el árbol, y se los dio a Hans. Primero le ofreció uno envuelto en papel blanco con un lazo enorme.

—Este es de mi parte —dijo con orgullo.

—¿De tu parte, eh? Veamos qué es —Hans apartó el papel para descubrir una piña pintada, casi toda, de color dorado—. Es muy bonita, Besa, ¿la has hecho tú?

La niña asintió, ansiosa. —Muy buen trabajo. Gracias.

—De nada —dijo Besa, y le alargó el otro regalo.—Este es de Marta. —Lo he hecho yo también, papá.

Hans deseó por un momento ser capaz de detener el tiempo. No recordaba haber visto nunca a sus hijas tan relajadas y felices. Ni tan siquiera en vida de Marie. La atmósfera acogedora que Annie había logrado, y la rapidez con que la había conseguido, eran asombrosas.

No es que el Príncipe se fuera a volver un fanático de las fiestas, pero Annie las había convertido en algo mucho más delicioso para sus hijas, y por ello le estaba inmensamente agradecido. Annie había logrado algo que él nunca habría podido conseguir.

Dejó la piña a un lado para abrir el paquete grande. No supo al principio de qué se trataba; parecía un haz de ramitas. Pero cuando terminó de desenvolverlo y lo miró de cerca, vio que se trataba de un marco hecho con ramitas, que rodeaba una foto de Besa y Marta en los bosques.

—¿Te gusta? —preguntó Marta, en voz baja. Hans sonrió.

—Mucho. Es precioso.

Se agachó y les abrió los brazos a las niñas, que se echaron en ellos riendo para besarle las mejillas. A través de la habitación podía sentir la atenta mirada de Annie. Cuando se incorporó, ella todavía sonreía.

—Entonces, tal vez las navidades no sean tan malas después de todo, ¿no? — dijo, con desenfado.

—No, no del todo —concedió—, pero todavía quedan unos

cuantos días por delante.

Annie se echó a reír.

—Es usted igualito que el señor Scrooge, ¿lo sabía?

—En ese caso, formo parte de la tradición navideña —le contestó sonriente—, como el Cuento de Navidad, de Dickens.

—¿Va a ir Annie al baile de máscaras? —preguntó Marta a su padre. —No, Marta… —empezó a contestar Annie, pero Hans la interrumpió. —Sí, si le apetece.

—Es en Nochebuena —le explicó Marta a Annie—. Todo el mundo va enmascarado, de modo que no se pueda saber quiénes son. Por eso hay que hacerles tres preguntas para averiguar su identidad. Estoy deseando ser mayor para asistir — añadió, con ensoñación.

Annie sintió la mirada del Príncipe en ella mientras decía:

—Bueno, como todavía no sois lo bastante mayores, y estáis a mi cargo, yo pasaré con vosotras esa velada —sintió cómo se le acaloraba el rostro al mirar a Hans—. Más tarde nos contará usted cómo ha sido.

Hans asintió. —Como quiera.

Besa le tiró a Annie del jersey. —¿Podemos ya tomar el chocolate caliente? Annie se alegró de la interrupción.

—Es verdad, casi se me olvida. Margaret ya lo debe tener preparado. Vosotras podéis bajar a traerlo, ¿de acuerdo?

Cuando se hubieron marchado, Hans dijo:

—Se toma usted un montón de molestias por las niñas. Gracias. —No es solamente por ellas —respondió, mirándolo directamente. —¿Qué quiere decir?

—Que también lo he hecho por usted —sonrió, un poco turbada, y bajó la vista por un momento, antes de añadir—. Tal vez no debería decirlo, pero es verdad.

Hans dio unos pasos hasta detenerse delante de ella.

—Por mí —repitió, asombrado—. No estoy seguro de que haya habido nunca nadie que se tomase esas molestias —dijo, con franqueza y sin rastro alguno de autocompasión.

—Razón de más para hacerlo —dijo ella, encogiéndose de hombros ligeramente.

—No —dijo Hans poniendo sus manos sobre los hombros de Annie y mirándola a los ojos con intensidad.

Su intención era decirle que no se molestara por él, sino que se dedicara solo a las niñas, pero cuando ella lo miró con los ojos azules casi líquidos por la pena, Hans no se pudo contener. La besó. Primero con dureza, con hambre y exasperación, y después más suavemente, con todo el anhelo que llevaba tanto tiempo sintiendo por ella. Enterró los dedos en sus cabellos casi con desesperación. La deseaba como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer; no era algo meramente físico, sino espiritual. Deseaba la presencia de Annie en su vida, en su casa, para siempre.

—Hans —murmuró ella contra su boca, abrazándolo y estrechándolo con fuerza.

Él la abrazó entonces y la besó intensamente, descendiendo con la boca hasta el cuello y los hombros.

—Lo siento —dijo, en alemán—. No debiéramos hacer esto — pero no la soltó.

—¿Por qué no? —preguntó Annie débilmente, mientras deslizaba sus manos por la espalda de Hans.

—No querrás complicarte la vida conmigo —dijo, echándose atrás, y mirándola con severidad—. Debemos acabar con esto.

—Yo quiero empezarlo —dijo ella, al tiempo que lo persuadía con una mirada inocente.

Él también lo deseaba. Lo deseaba más que nada. —No querrás una vida como esta.

—¿No la querré yo, o no la quieres tú? —Annie alzó una ceja al decirlo.

—Quizá ninguno de los dos, pero yo no tengo otra opción. Tú serías más feliz con otro hombre, un hombre que tuviera una existencia menos complicada.

—¿Y cómo elige uno de quién se enamora?

Hans sintió como si le hubiese golpeado en el estómago. —¿Estás … enamorada?

Durante un largo momento Annie no respondió. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Él volvió a besarla, y luego la apartó de sí.

—Es imposible.

—¿Por qué? ¿Es que tú no sientes nada por mí?

Al enfrentarse con la pregunta tembló ante la fuerza de sus sentimientos. —La cuestión no es lo que yo sienta —se evadió.

Ella le tomó las manos. —¿Qué sientes? —Como he dicho…

Annie las apretó. —¿Qué sientes?

El regreso de Marta y Besa salvó a Hans de contestar. Aun así, él y Annie seguían juntos, cara a cara, tomados de las manos, cuando entraron las niñas. Era evidente que aquello resultaba mucho más interesante que el tentempié que habían preparado, así que dejaron las tazas de chocolate caliente en la mesa.

—¿Vais a casaros? —preguntó Besa inmediatamente, con ojos iluminados. —No, no, Besa —repuso Annie—. Solo estábamos hablando.

—Parecía como si os estuvierais besando —dijo la niña, y soltó una risita. —¿Ah, sí? —preguntó Annie intentando sonreír.

—Sí. Y eso es lo que la gente hace cuando se casan. Si os casarais, usted podría ser nuestra madre.

Marta presenciaba en silencio el diálogo y Hans la observaba a ella.

—Eeh. Espera un momento, princesita: aquí nadie ha dicho nada de casarse — Annie le lanzó a Hans una mirada que imploraba auxilio.

—¿Qué habéis traído? —preguntó el Príncipe, consciente de que la mirada de Marta estaba pendiente de él.

—Nos gustaría tener una nueva madre —dijo Marta, en voz queda.

Sacudido por aquella declaración, Hans se quedó un momento paralizado, después le revolvió con cariño los cabellos.

—Por eso es por lo que Annie está aquí.

Aunque el Príncipe tratase de quitarle importancia a la situación, no era capaz de ocultar el peso que su corazón estaba soportando.

—Vamos —intervino Annie, tomando las tazas de chocolate—. Hay una para cada uno —le alargó una a Hans y cuando él la tomó sus dedos se rozaron. Se encontraron sus miradas, pero él apartó la vista.

Cuando todos tuvieron su taza, Annie levantó la suya.

—Por unas navidades dichosas —dijo alegremente—, y un feliz Año Nuevo.

Capítulo 10

—Gracias por acudir con tanta presteza, señorita Barimer —dijo Leo, con una suficiencia que hizo que a Annie se le pusiera la carne de gallina. Era el día de Nochebuena y él la había llamado a su despacho por una «emergencia»; Annie había acudido con gran nerviosismo.

Tras estudiar el intercomunicador de su mesa, Leo apretó varios botones llamando a Greta, hasta que por fin dio con el adecuado y esta respondió. Entonces Leo le dijo:

—Que absolutamente nadie me interrumpa mientras dure mi entrevista con la señorita Barimer —a Annie se le formó un nudo en el estómago. Luego, volviéndose hacia ella, añadió—. Iré directamente al asunto. El periódico me ha enviado por adelantado un ejemplar de la edición de mañana. Me temo que será un desagradable regalo de Navidad para Su Alteza.

Leo tomó un gran sobre del cajón de su escritorio y se lo alargó a Annie. —Adelante, échele un vistazo.

Annie tomó el sobre y lo abrió con cuidado. La primera página estaba dedicada exclusivamente a una foto de ella y Hans, besándose en el palco tras la caída del telón. El titular decía en grandes caracteres:

La niñera hace horas extraordinarias como la señorita del Príncipe.

Annie dejó caer en la mesa el sobre y retrocedió, horrorizada: —¡Eso no es verdad!

Leo sonrió satisfecho de sí mismo. —El caso es que ciertamente lo parece.

—¡No lo es! —Annie sintió que la sangre abandonaba sus mejillas— ¿De dónde han sacado una idea semejante?

Pero, al preguntarlo, se dio cuenta de que la respuesta era obvia.

—La pregunta —dijo Leo, con deliberada lentitud— es qué vamos a hacer al respecto. Me temo que la única opción que tiene es marcharse, y hacerlo de manera discreta. El Príncipe Johann no necesita de este tipo de publicidad.

La garganta de Annie se encogió. —Nunca pretendí…

—Tanto si lo pretendía como si no, señorita Barimer, ha venido usted creando problemas de forma repetida, desde su llegada —Annie no podía hablar siquiera—. De manera que, si fuese tan considerada de hacer su equipaje, yo me encargaría de explicarle a Su Alteza el por qué de su partida.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par con estrépito.

Annie dio un respingo y, al volverse, vio a Hans en el umbral, mirándolos a ambos. Fuera cual fuese el impulso que había hecho a Hans irrumpir de aquella manera, lo hacía parecer aún más alto, y, al mismo tiempo, Leo había retrocedido al verlo, mientras que ella tenía que contenerse para no correr hacia el Príncipe en busca de seguridad. Este se abalanzó sobre el escritorio de Leo, plantando una mano sobre el intercomunicador.

—En serio, Leo, debería aprender a desconectarlo, he estado escuchando todo el tiempo desde mi despacho.

—¿Lo ha oído? —preguntó, acobardado, Leo.

—Así es. Y ahora, si la señorita Barimer se va a marchar, me gustaría oírselo decir a ella —dijo, en tono más calmado y bajando la voz.

—Yo no sé si… —titubeó ella. Pero Leo intervino en seguida.

—Hubiera preferido no tener que enseñarle esto, señor. Pero creo que no me queda otro remedio. De todas formas, mañana saldrá a la luz pública —y le entregó a Hans el sobre con tanto cuidado como si fuera de oro.

—¿Qué es esto? —preguntó Hans, abriéndolo y desplegando el periódico. Cuando reparó en la primera página, alzó una ceja y sus ojos parecieron ensombrecerse—. ¿Qué diablos es esto?

—Me temo que esto es el tipo de cosa contra las que le he estado previniendo, señor —contestó Leo con placidez. Era evidente que creía que los acontecimientos venían a darle la razón.

Hans sacudió la cabeza y comenzó a andar de un lado para otro delante de ellos. Se daba golpes de vez en cuando en la pierna con

el periódico doblado.

—No es cierto. Y publicarlo va contra la ley. Llamaré a mi abogado para que se ponga en contacto con el director del periódico. Hace años que lo conozco. No lo creía capaz de una estupidez semejante.

—No va contra la ley si es cierto —dijo Leo, retorciéndose las manos.

—¡No es cierto! —bramó Hans blandiendo el periódico—. Está claro que se trata de una foto trucada.

Annie sintió la sangre afluir a su rostro: —La verdad es que, seguramente, no lo es.

Se hizo el silencio mientras dos pares de ojos se volvían hacia ella.

—¿Lo ve? —preguntó Leo triunfante volviendo a sentarse a su mesa—. Lo más seguro es que ella lo tramara todo. Es una aventurera. La he visto venir desde el primer momento.

Hans mantuvo su mirada sobre Annie, pasando por alto el comentario de Leo.

—¿Cómo que seguramente no lo es? Puede ver por sí misma que en la foto parece como si estuviéramos… como si estuviéramos en una actitud comprometida.

Annie intentó tomar aliento con fuerza, pero le resultó tan difícil como respirar bajo el agua. Nerviosa, miró a Leo y después a Hans.

—Después de que cayera el telón aquella noche —empezó a decir, quedamente—, me di cuenta de que… se había adormilado. Me acerqué a despertarlo, y… —Annie tragó saliva y señaló el periódico— … eso fue lo que ocurrió.

Algo se suavizó en la expresión de Hans. —¿Me besó?

—La verdad es que me besó usted a mí —a Annie aún le ardía más la cara.

Durante un largo y delicioso momento en el que casi se podían imaginar a solas, se sostuvieron la mirada.

—Tal vez se encontrara usted demasiado influida por el cuento de la Bella Durmiente, señorita Barimer —dijo Leo tras ella, recordándole así lo poco romántica que resultaba aquella situación. En su tono había un desagradable tonillo de superioridad—. Hay mejores maneras de despertar a un príncipe.

—¡Ya basta! —bramó Hans, apartándose de Annie y acercándose

al escritorio. Señaló a Leo con un dedo—. Y ya he oído lo suficiente de lo que tenía que decir: por favor, déjenos a solas.

—Pero, señor… si es usted el que está en mi despacho. —Y usted está en mi casa —dijo Hans, tranquilamente.

Annie sintió la emoción agolpársele en la garganta y desde allí subir a los ojos, pero hizo un esfuerzo para mantenerse callada. Al fin y al cabo, lo que estaba sucediendo era un asunto entre esos dos hombres. Había algo en todo aquello que no era capaz de comprender del todo, así que más valía no empeorarlo con su intervención.

—Señor —volvió a decir Leo en un tono de voz diferente: había llegado el momento, se dijo Annie, de probar a ser diplomático—: comprendo perfectamente que esté temporalmente ofuscado ante los trucos de la señorita Barimer; pero, desde mi posición, resulta perfectamente evidente que es ella quien está tras la publicación de estas fotos.

—¿Yo? —exclamó Annie, que había recuperado la voz. —¿Con qué fin? —preguntó Hans.

—Me parece que está intentando atraparlo en una relación más personal — respondió, alzando las cejas.

—¿Atraparlo? —repitió Annie incrédula—. ¿Me supone usted capaz de intentar atrapar al Príncipe de Kublenstein haciendo que se publiquen fotos como esas e insinuaciones de mal gusto en los periódicos? Muy chalada tendría que estar.

—Tal vez —replicó Leo fríamente—, y tal vez no.

—¿Pero tan estúpida me cree? Para empezar, el periódico podrá revelar quién les facilitó la historia.

Leo palideció.

—No es necesario profundizar en eso. Aun cuando usted no hubiera sido la que facilitó la información, sigue siendo un hecho que este tipo de publicidad la sigue a usted por todo el país y que ha convertido la monarquía en una broma de mal gusto —después se volvió hacia Hans—. Señor, su padre no hubiese permitido que esto sucediera.

Hans se enderezó en toda su envergadura.

—Y ese es el problema, ¿verdad, Leo? Yo no soy mi padre. Eso es algo que me ha reprochado desde que murió.

—Era un gran hombre —dijo Leo, con palpable emoción.

—Sí, lo era —dijo Hans, con voz un poco más amable—. Pero ya no está con nosotros, y yo no puedo ser él. Y, desde luego, no lo voy a ser nada más que para complacerle a usted y a una camarilla de nostálgicos, que preferirían continuar con un gobierno como los del siglo diecinueve. Los tiempos han cambiado, Leo. Y le sugiero que haga lo mismo.

—¡No haré tal cosa!

Hans dio un paso hacia Annie, envolviéndola con la protección de su presencia.

—Lamento que piense así, Leo. En tal caso, me veo obligado a aceptar su dimisión.

Leo pareció aturdido.

—Mi… señor, debe de estar confundido. Ella lo está intentando atrapar.

—No le hace falta atraparme —respondió, y Annie contuvo la respiración. ¿Qué había querido decir?

—No puedo escuchar eso —dijo Leo, saliendo de detrás del escritorio. Al llegar a la puerta, se volvió para encararlos con el rostro enrojecido—. Gracias al cielo que su padre no se encuentre aquí para escuchar esto.

—En eso estamos de acuerdo.

Aquello pareció indignar aún más a Leo, quien escupió algunos disparates más y se marchó.

Hans sacudió la cabeza, antes de volverse hacia Annie y tomar entre sus manos las suyas.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esto. Aún temblorosa, ella se encogió de hombros.

—Como has dicho, es un nostálgico. Seguramente, en el fondo, sus intenciones son buenas. De algún modo.

—Su comportamiento podría haber sido catastrófico. Annie juntó los labios y tragó saliva antes de decir: —Tú no tienes la culpa.

Él la miró y sonrió de medio lado.

—Eso no es algo que te haya oído decir a menudo. En aquel momento la puerta se abrió.

—Señor —dijo Greta amablemente—, Herr Lennon, el director del periódico, está al teléfono. Al parecer, quiere comunicarle algo sobre un informante que hay en palacio.

Hans se enderezó, pero dejó la mano en la espalda de Annie, y esta pudo sentir en su mano una tensión que instantes antes no tenía.

—¿Se sabe quién es ese informante? —preguntó Hans. —Me temo que sí —asintió Greta.

—¿Y bien? ¿De quién se trata? —De Herr Kolbort, señor.

—Ya veo —después se volvió a Annie para decirle—. Discúlpeme, quisiera dejar esto resuelto antes del baile de esta noche.

Annie en su vida había visto tan de cerca algo tan fastuoso como aquel baile. A lo largo del día, había ido creciendo la excitación en el palacio, donde se oían tanto las voces y el ajetreo de todo el personal, como los ensayos esporádicos de la orquesta.

Y el momento había llegado.

Las notas agudas de los instrumentos de cuerda rasgaron el aire, y viajaron por el hueco de las escaleras hasta alcanzar el vestíbulo en el que Besa, Marta y Annie estaban asomadas, apoyadas contra la barandilla, para espiar la entrada de los invitados en palacio. Las mujeres iban enguantadas, y cubiertas de pieles y joyas; los hombres iban de frac, y todo el mundo ocultaba su rostro con máscaras. Algunos invitados resultaban fácilmente reconocibles para la mirada de quien los conociera, al tiempo que otros estaban tan bien disfrazados que ni sus propias madres los habrían reconocido.

—Aquella es la Duquesa Rothmore —susurró Marta, señalando a una mujer corpulenta de rubios cabellos recogidos en lo alto de la cabeza—. Normalmente, tiene el pelo negro como el carbón, pero reconocería su figura en cualquier parte.

—¡Y esa es la Princesa Linnea! —dijo Besa, en voz tan alta que le tuvieron que chistar.

—Papá esperaba que asistiera este año —dijo Marta, con aire misterioso. Annie deseaba preguntarle qué quería decir, pero se mordió la lengua. —¿Dónde está papá? —preguntó Besa, con un susurro bastante alto.

—No sé; no lo he visto todavía, aunque todos los años cuesta distinguirlo. ¿Lo ha visto usted, señorita Barimer?

—No, no lo veo —respondió, aunque bien sabía el cielo que lo había estado buscando con la mirada.

—Señorita Barimer —dijo una voz de mujer tras ellas.

Annie se sobresaltó, y, al volverse, vio a Greta, con un elegante vestido de noche azul y una larga peluca rubia. Se puso colorada, al darse cuenta de que Greta sabía que había estado espiando, junto con las niñas.

—Solo queríamos saber cómo era el baile —dijo, con una breve sonrisa.

—Hay mejores sitios para mirar —dijo Greta, sonriendo con calidez—: la pista de baile, por ejemplo.

—Papá le dijo que podía ir, si quería —intervino Marta, excitada, y una pequeña porción de esa excitación se le contagió a Annie, aunque esta logró dominarse.

—Lo dijo para ser amable, cariño.

—Al contrario, señorita Barimer —dijo Greta, con una mirada de complicidad— , yo diría que la está esperando.

—Pero si le dije que no iba a asistir.

—Lo sé, me lo ha dicho. Aún así, me parece que tiene esperanzas de verla. Margaret está en la habitación de las niñas, esperando para acostarlas, y yo he venido para ayudarla a vestirse para el baile.

Y la excitación creció en Annie.

—¡Pero si es una locura! ¿No? Ni siquiera tengo qué ponerme.

—No se preocupe por eso. He dejado sobre su cama dos vestidos para que elija. —Cielos, qué bien hace de hada madrina.

—Quizá. Pero usted no necesitará de ninguna magia esta noche: bastará con que sea usted misma.

Las niñas soltaron unas risitas, e hicieron sus propias alusiones a Cenicienta.

—Papá es como el príncipe del cuento —dijo Besa, ingenuamente ciega a la verdad literal de lo que decía.

Para Annie, desde luego, era un auténtico príncipe azul. Pero le daba miedo entregarse a aquella fantasía, por temor a que se le deshiciera entre los dedos.

—¿Está segura de que debería hacerlo?

Greta asintió, y la tomó del brazo para conducirla hasta su habitación.

—El Príncipe Johann es muy reservado, así que yo no me atreveré a decir que puedo leer sus pensamientos, pero creo

firmemente que la acogerá muy efusivamente.

Media hora después una Annie visiblemente nerviosa descendía por la noble escalinata, vestida con un resplandeciente vestido de noche dorado, con zapatos a juego, que le quedaban perfectamente, largos guantes blancos, una peluca rubio platino y una máscara, también dorada, que ocultaba por completo su identidad. Aquel anonimato era la única razón que le impedía darse la vuelta y salir corriendo escaleras arriba hasta su cuarto, para refugiarse en él. Había demasiados motivos para no descender esa escalera: ¿quería Hans de verdad que ella estuviera allí? ¿Era

adecuado que alguien de la posición de Annie asistiera? Greta le había asegurado que sí, y el que la propia Greta fuese una invitada habitual era lo que más tranquilizaba a Annie.

Lo que de verdad temía era que se le notaran sus sentimientos, que Hans se diera cuenta y llegara a escandalizarse. Pero se dijo a sí misma que no podía remediar que Hans se diese cuenta algún día, si no lo había hecho ya. Nunca había tenido facilidad para ocultar lo que sentía.

—Está preciosa —le dijo Greta cuando llegaron a la puerta del salón de baile.

Era aún más impresionante de lo que había imaginado Annie. Los techos eran increíblemente altos, con bóvedas llenas de adornos acentuados con pan de oro. Y, muy lejos, donde terminaba la sucesión de salones, había dos puertas dobles de cristal, a través de las cuales brillaban las luces de fiesta con las que habían sido engalanados los árboles que circundaban el palacio. La suave música envolvía el salón como un espíritu benévolo, y los invitados reían y sonreían mientras bebían el dorado champán en copas largas y estrechas.

—Yo estoy fuera de lugar aquí —le susurró a Greta, y la otra la miró. —¿De verdad se siente así, o solo lo piensa?

Annie se lo pensó antes de responder. Lo cierto era que se le empezaban a pasar los nervios. De aquella preocupación solo le quedaba una vocecita en el interior que le decía que aquel no era su sitio. Pero su corazón decía lo contrario. Sonrió a Greta.

—Lleva razón. No hago más que decirme que no debiera estar aquí, cuando lo cierto es que no deseo otra cosa.

—Ya me lo parecía. Y ahora, dígame: ¿está al tanto de la regla

de las tres preguntas?

—Algo me han dicho las niñas. Creo que se puede hacer hasta tres preguntas, para adivinar con quién se está hablando.

—Eso es —contestó Greta—. Preguntas a las que la respuesta sea sí o no —le tomó a Annie la mano, y se la estrechó un momento—. Y ahora la dejo, no vaya a descubrirla con mi presencia. Que se divierta.

—Gracias —dijo Annie, y la vio alejarse, convertida en una nube vaporosa de gasa azul.

Casi de inmediato, se le acercó un hombre corpulento, con bigote y antifaz estilo El Zorro.

—Buenas noches —dijo en alemán—, ¿me concede este baile?

Annie solamente dudó un momento antes de sonreír. Estaba dispuesta a aprovechar cada precioso instante de aquella velada.

—Será un honor —respondió, y ambos se dirigieron a la pista.

Una vez allí, mientras trazaban los amplios círculos del vals al son del Danubio Azul, descubrió a Hans, en un rincón lejano. Aunque llevaba una máscara negra que le tapaba completamente el rostro y un sombrero de copa que le ocultaba el cabello,

lo reconoció de inmediato por su porte y su forma de moverse. Pero también, viéndolo solo, comprendió que probablemente los demás huéspedes no lo habían reconocido todavía.

Cuando cesó la música, hubo una oleada de aplausos. —Muchas gracias —dijo Annie, excusándose.

—Espere —dijo su compañero de baile—. Las tres preguntas. —Adelante —respondió, con una ligera sonrisa.

—¿Ha nacido usted en Kublenstein? Esa era fácil.

—No.

—¿Alemana?

—No —dijo, con una risita.

—¿Ha asistido a este baile en otras ocasiones? —No, no lo he hecho.

El dudó un poco, antes de hacer chascar los dedos. —¡Usted es la sobrina de la Duquesa de Rothmore!

—No, lo siento —qué divertido era aquello. En su vida había disfrutado tanto. Lo único que podía hacerla sentir mejor, infinitamente mejor, era estar con Hans—. Pero gracias por el vals.

Annie se alejó, apresurándose a través del gentío, en dirección a

donde Hans estaba momentos antes. Pero ya se había ido. Algo en el interior de Annie se desinfló. Acababa de perder la oportunidad perfecta de hablar con él sin nadie alrededor. Y para aquel entonces ya estaría acaparado por alguna guapa aristócrata, seguramente la Princesa Linnea, que lo tenía en sus garras. Miró la pista de baile, examinando a los bellos asistentes con algo que se parecía mucho al temor.

—¿Está usted buscando a alguien? —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Annie se volvió, y allí estaba él. Aunque de cerca era más difícil reconocerlo que de lejos; sus increíbles ojos verdes, que ella conocía tan bien, quedaban bastante ocultos por la máscara.

—Me limitaba a contemplar a los que bailan —respondió, en su mejor alemán, ya que no quería descubrirse por culpa de su acento.

—¿Le gustaría unirse a ellos, señorita…? —preguntó él, extendiendo su mano enguantada.

¡Entonces no la había reconocido! La emoción recorrió a Annie, que, dándole las gracias por la invitación, tomó su mano para dirigirse con él a la pista.

En aquella ocasión se trataba de un ritmo lento, pero estar tan cerca de Hans la dejó sin respiración, bastante más que el vals anterior.

—¿Está usted disfrutando esta noche, señorita…?

A Annie le encantaba ese juego. —Mucho. ¿Y usted, señor…?

Él estrechó un poco el abrazo, atrayéndola casi imperceptiblemente. —Más de lo habitual.

Annie tomó aliento. —¿Por qué motivo?

Hans hizo una pausa antes de responder:

—Porque no hace mucho que he conocido a la mujer con la que deseo casarme, y está aquí esta noche.

Annie sintió un encogimiento en el pecho. Durante un momento atroz, pensó que tal vez se hubiera equivocado, que no era Hans con quien estaba bailando, pero sabía que era él, y él, en cambio, no la había reconocido. Y como, en realidad, él no podía contar con que ella acudiera, tenía que estar hablando de otra persona.

Annie recordó la exclamación de Besa cuando llegó la Princesa Linnea, así como el comentario de Marta, que Hans esperaba esa llegada. Y al recordarlo sintió que se le hundía el corazón.

—¿Conoce ella sus intenciones? —preguntó, con voz temblorosa.

—Creo que sí. Lo que no sé es cuál será su respuesta.

De pronto, Annie se sintió como una tonta, enfundada en aquel vestido de fantasía y con aquella ridícula peluca, que solamente le habían servido para escuchar confidencias que no deseaba oír.

—Es un lugar muy romántico para declararse a una mujer —dijo, intentando que no le temblara la voz.

—Ojalá se lo parezca a ella. Verá, temo que esté cansada de estos decorados.

Aquello la terminó de convencer: todo el mundo sabía que Linnea era una gran viajera, que no deseaba sentirse atada a ningún lugar. Le habían hecho fotografías por todo el mundo. Pero, ¿era cierto que él la hubiera conocido hacía poco?

—Muchas parejas llegan a algún tipo de acuerdo sobre esas cosas —dijo Annie, deseando poder salir volando de aquel salón.

—Por desgracia, nosotros no tenemos mucho margen para negociar. Tenemos que vivir en Kublenstein, y temo que ella no desee hacerlo: tendría que renunciar a su nacionalidad.

—Ya habrá oído el dicho —comentó Annie, que ya no estaba tan pendiente de disimular su acento americano—: el amor todo lo puede.

¿Cómo había llegado a suceder aquello? No hacía más que unas pocas noches que Hans le había dicho claramente que no deseaba volver a casarse. ¿Y cómo podía haberla animado Greta a asistir al baile, estando Hans a punto de pedirle matrimonio a Linnea?

Pero Greta no le había asegurado nada a Annie. Tal vez había interpretado mal toda la conversación; de hecho, Greta no le dijo que Hans esperase su presencia en el baile por motivos personales.

—Resulta interesante que diga usted eso —replicó Hans—, porque, hasta hace poco, yo no creía que el amor entrara en la ecuación en absoluto. Ha sido una mujer muy sabia quien me lo ha hecho ver —Annie sabía que se refería a ella.

—No será tan sabia. —¿Perdone?

Annie sacó fuerzas de su flaqueza para responder:

—Quiero decir que la mayoría de las personas piensan que el matrimonio es una propuesta romántica. No requiere mucha sabiduría. De hecho, puede que ninguna.

Él se echó a reír.

—Quizá tenga razón. Pero enamorarse es algo que lo puede tomar a uno por sorpresa.

—En eso estoy completamente de acuerdo —le dolía el pecho. El enorme salón le empezaba a parecer pequeño y agobiante.

Por fortuna, cesó la música, y Annie, tras dar unos aplausos por educación, pudo decir:

—Por favor, discúlpeme —y dio la vuelta para marcharse, pero Hans la tomó del brazo.

—Espere un momento. Tengo derecho a hacerle tres preguntas, para adivinar su identidad.

Ella tomó aliento, para tranquilizarse. —Lo siento, pero hay algo que debo hacer. —Está usted aquí por el baile, ¿no es así?

Annie no quería que él la reconociera, si no lo había hecho todavía. Eso solo agravaría su humillación. Se vio obligada a seguir el juego.

—Así es —dijo, lánguidamente—. Haga sus preguntas.

Él la tomó de la mano, y la condujo hacia las altas puertas de cristal. —Una: ¿le gusta vivir en Lassberg?

Annie tragó saliva.

—¿Cómo sabe que vivo en Lassberg?

—Si no es así, supongo que la respuesta será que no.

El pánico empezaba a apoderarse de ella. La había reconocido. —Me gusta, sí.

—Ah, bien. Siguiente pregunta: ¿le sería posible quedarse bastante tiempo, tal vez de manera indefinida?

¡Estaba claro que la había reconocido! ¡Y quería que se quedase y se ocupara de las niñas, cuando él se casara con Linnea! Y, por mucho que Annie las quisiera, no se sentía con fuerzas para soportar el seguir viviendo allí en semejantes circunstancias.

—No lo sé —respondió en una voz que apenas sostenía aquellas palabras. Las lágrimas le quemaban los ojos—. Por favor, perdóneme. De verdad que no puedo quedarme más tiempo. Lo siento.

Y, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó a toda prisa. Corrió escaleras arriba, hasta la soledad de su habitación. Tan pronto como hubo cerrado la puerta, se quitó la careta y se enjugó aquellas estúpidas lágrimas. ¿Por qué lloraba? Por amor del cielo, ¡se había ido a enamorar de un príncipe! Tendría que haber sabido

que de aquello no podía salir nada bueno. Era lo mismo que apasionarse por una estrella de cine, o un cantante famoso de rock. Nunca había llorado porque Mel Gibson tuviera pareja.

Llamaron a la puerta. Sería Greta, que la habría visto salir corriendo, y se preguntaría qué le pasaba. Al pasar junto al espejo, se echó un vistazo, se limpió de debajo del ojo un poco de rímel corrido, dio un suspiro, y abrió la puerta.

No era Greta.

Era Hans, sin careta ni sombrero.

—No me has dejado que te hiciera la tercera pregunta —dijo suavemente, con penetrante mirada. Irradiaba confianza.

—Así que sabías que era yo —dijo ella, con tristeza. Él sonrió brevemente. —Ninguno de los dos somos los maestros del disfraz que creíamos ser. Ante eso, Annie no tuvo más remedio que sonreír.

—De modo que mi siguiente trabajo no va a ser el de actriz. —Esperaba que no tuvieras un siguiente trabajo.

Annie dio un suspiro.

—No puedo pensar en eso en este momento. ¿No tenías que hablar con Linnea? —¿Linnea? Ni siquiera la he visto esta noche.

—¿Que no la has visto? —preguntó Annie, muy sorprendida. Hans negó con la cabeza.

—Bueno, tampoco es que me haya puesto a buscarla… ¿Por qué debería hablar con Linnea?

—Yo… yo… —el desconcierto la había dejado muda. Sentía como si le estuvieran retorciendo juntos estómago y corazón a un tiempo—. Estoy confusa — dijo al fin.

Él alzó una ceja.

—¿Sobre qué?

—¿Con quién tenías que hablar entonces? Esa mujer a la que querías declararte. Él sonrió y alargó una mano para acariciarle a Annie la mejilla.

—¿Tú que crees?

El corazón le latió violentamente.

—Estoy aprendiendo —le contestó—, poco a poco, pero muy a fondo, a no dar nada por sentado en lo que a ti se refiere.

—Ah. Entonces, más vale que me explique con toda claridad —su mirada la penetraba con calor—. Lo que le estoy diciendo, señorita Barimer… lo que te digo, Annie, es que estoy enamorado

de ti. Y creo que llevo enamorado desde que aterrizaste a mis pies en aquel tren —rió con suavidad—, desde que te vi encerrada en aquella celda. Desde que te empeñaste en subir aquel ridículo árbol de Navidad. Y lo más probable es que siga enamorado, durante mil percances más por el estilo en el futuro. Es decir, si me aceptas.

Annie no podía pensar, no conseguía expresar con palabras el tumulto de pensamientos que se agolpaba en su cabeza y en su corazón. ¡Cuanto tiempo había pasado pensando en él, intentando rechazar esos pensamientos, sin saber que él sentía lo mismo!

—No tenía ni idea.

Hans sonrió y eso volvió a dejarla sin aliento.

—Y ahora que ya sabes que mi corazón te pertenece, ¿qué piensas hacer con él? El corazón se le salía por la garganta.

—¿Qué opciones tengo?

—Pues, tal y como yo lo veo, podrías casarte conmigo —hizo una pausa dramática, mientras a Annie las rodillas se le derretían—, o volver a la cárcel.

Se habría echado a reír, de poder permitirse el lujo de respirar. —Por favor, no bromees con eso.

—No estoy bromeando —dijo él, ya completamente en serio—. Aunque he de confesar que la cárcel no es una de tus opciones en realidad.

—¿Entonces me estás haciendo…?

—Mi tercera pregunta —puso una rodilla en tierra, y la miró a los ojos—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—¿Estás seguro? —unas tontas lágrimas llenaban sus ojos y le rodaban por las mejillas.

—Vaya, vaya —Hans chascó la lengua, aunque sonreía—. ¿Vas a seguir poniendo en duda todo lo que yo diga?

—Bueno —bromeó ella—, no siempre has actuado con sentido común. Hans rió y se puso en pie.

—¿No tengo sentido común? Bueno, yo, por lo menos, no he ido a parar a la cárcel.

—Y, si fueras —le contestó Annie, con las manos en jarras—, yo no estaría toda la vida restregándotelo por la cara.

—Lo cual me lleva de nuevo a mi pregunta: ¿vas a quedarte toda la vida, sí o

no?

—Parece que me voy a tener que quedar, aunque solo sea para llevarte por el buen camino. Aunque me lleve toda la vida.

—¿Y quién te llevará a ti por el buen camino? Annie alzó el mentón.

—Por fortuna, soy capaz de hacerlo por mí misma. —No me había dado cuenta.

Ella se echó a reír. —Dame tiempo.

Él la tomó de los hombros y la atrajo hacia sí.

—Tienes todo el tiempo del mundo —su rostro se había puesto serio mientras le deslizaba un dedo por la mejilla—, princesa.

—¿Me van a llamar así? —dijo, en voz tan baja que Hans casi no la pudo oír— ¿Es de verdad todo lo que sucede?

Hans asintió y la estrechó aún más. Cuando sus labios descendieron hasta los de Annie, ella se entregó a aquel beso. Era maravilloso. Era como si la última pieza, la más crucial del rompecabezas de su vida, encajase al fin en su sitio. Todo en él le encantaba, pensó Annie mientras deslizaba las manos por su espalda hasta enlazar los dedos entre los suaves cabellos que se rizaban en su nuca.

Estaba enamorada.

Amaba el sabor de Hans, su olor, su tacto. Amaba la forma en que la hacía sentir cuando la abrazaba: como si fuera la persona más importante del mundo. Su felicidad era perfecta, y habría esperado por ella toda la vida. Lo extraordinario era reconocer que ya era suya.

Cuando por fin se separaron, Hans preguntó:

—¿Se lo decimos ahora a las niñas? Creo que les va a encantar.

—¡Sí! Quiero decírselo al mundo entero —respondió Annie, sonriendo sin poder parar de hacerlo.

—No te preocupes, estoy seguro de que Leo lo hará. Ambos rieron.

—Vamos a contárselo a las niñas —dijo Annie, disfrutando por anticipado con la emoción que sabía que les produciría la noticia. Qué guapas estarían el día de la boda…

—¿A dónde iremos en nuestra luna de miel? —preguntó él—. Tú eliges. Cualquier lugar del mundo que te guste.

—Pues creo que debería ser un lugar en el que las niñas puedan disfrutar también.

—¿Las niñas?

—Bueno, claro. No las podemos dejar aquí solas. —No. Tendremos que contratar una nueva niñera.

—Oh, no, no, no. Mis hijas no van a tener ninguna niñera.

—Tus hijas se van a criar «como gente normal», ¿no es eso? —preguntó Hans, con una sonrisa.

—Puedes apostar a que sí.

—Y también los que vengan, ¿no? Un temblor la recorrió.

—Lo mismo.

Hans asintió con la cabeza, sin comprometerse a nada. —Ya hablaremos de eso más adelante.

—¿Qué es lo que hay que discutir? Como sabes, creo firmemente que…

Pero, en mitad de la frase, vino a interrumpirla un rápido beso que la hizo callar.

Y, en aquel beso, Annie pudo sentir toda la vida de felicidad que la esperaba en brazos de Hans, que desbordó su corazón.

Después de todo, no todos los días se casaban el Príncipe Azul y la Cenicienta.

Epílogo

Reseña publicada en el Washington Post, el 14 de febrero de 2001:

LASSBERG:

Su Alteza Real Ludwig Johann Ambrose George, Príncipe de Kublenstein, tomó hoy a la ciudadana norteamericana Anastasia Barimer como esposa. La Princesa Anastasia, antigua bibliotecaria en el colegio de niñas Pendleton de Virginia, había conocido al Príncipe al ser contratada como profesora de inglés para sus hijas, las Princesas Marta y Besa.

«Es la historia más romántica que haya oído jamás», declaró Joy Simon, la dama de honor de la novia, a este periódico durante una entrevista telefónica sostenida con Lassberg. «Ya le había dicho a Annie que tenía el presentimiento de que algo así iba a suceder, pero aun así me quedé sorprendida del giro que dieron las cosas». También fue una sorpresa para Leonard Kolbort, hasta hace poco consejero del Príncipe, y que, tras su dimisión, ha pasado según parece a trabajar para la prensa local de Lassberg.

La novia, ataviada para la ceremonia con un vestido de seda que perteneciera a su abuela, fue desposada con el anillo que han lucido 10 generaciones de reales consortes kublensteinianas, en oro rosa y con un diamante de diez quilates engarzado. La novia estuvo asistida por la señorita Simon, además de las Princesas Reales, Marta y Besa, que también figuraron como damas de honor.

Entre los quinientos invitados a la ceremonia nupcial,

que tuvo lugar en la Catedral de dicha capital, se encontraba la Princesa Linnea de Borghdach. La ceremonia se desenvolvió de la forma más tradicional, a excepción de la omisión por parte de la novia de la promesa de «obediencia» a su nuevo esposo.

Fin